

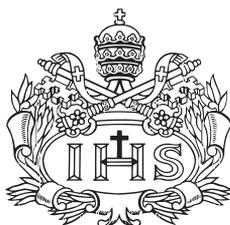


Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá

Orientaciones Universitarias

Homenaje a
Luis Carlos Galán Sarmiento

47



Pontificia Universidad
JAVERIANA
Bogotá

Orientaciones Universitarias

Homenaje a
Luis Carlos Galán Sarmiento



Orientaciones Universitarias

Publicación periódica de la Rectoría de la Pontificia Universidad Javeriana

N° 47

Homenaje a Luis Carlos Galán Sarmiento

Director

JORGE HUMBERTO PELÁEZ PIEDRAHITA, S.J.
Rector Pontificia Universidad Javeriana

Compilación y
Coordinación editorial

JAIRO HUMBERTO CIFUENTES MADRID
Secretario General

CARLOS JULIO CUARTAS CHACÓN
Asistente del Secretario General

Preprensa e impresión

Fundación Cultural Javeriana de Artes Gráficas – JAVEGRAF

Bogotá, D.C., agosto de 2014

CONTENIDO

Presentación <i>Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J., Rector de la Universidad</i>	9
--	---

ESCRITOS DE GALÁN

<i>Las ideas liberales y el cuento de la democracia colombiana</i> <i>4 de abril de 1963</i>	11
<i>Una tribuna en defensa de la dignidad</i> <i>Noviembre de 1963</i>	17
<i>Nuestra pasión es Colombia</i> <i>Mayo de 1964</i>	19
<i>Ante la XVI sesión de la Conferencia General de la Unesco</i> <i>22 de octubre de 1970</i>	23
<i>Una nueva manera de hacer política</i> <i>Marzo de 1976</i>	33
<i>Los privilegios en Colombia</i> <i>13 de julio de 1981</i>	37
<i>“Se acerca la hora del cambio...”</i> <i>1° de febrero de 1982</i>	43
<i>Integración latinoamericana</i> <i>14 de julio de 1987</i>	47
<i>La Educación y la paz</i> <i>29 de septiembre de 1988</i>	57
<i>Lanzamiento de la Candidatura Presidencial</i> <i>4 de julio de 1989</i>	69

ESCRITOS SOBRE GALÁN

Mensaje del Presidente de la República <i>Virgilio Barco Vargas, 20 de agosto de 1989</i>	83
Luis Carlos Galán ¡Un javeriano por excelencia! <i>Carlos Julio Cuartas Chacón, 31 de agosto de 1989</i>	85
Seguir a Galán <i>Juan Camilo Franco, septiembre de 2009</i>	87
Luis Carlos Galán <i>Bernardo Gaitán Mahecha, julio de 2009</i>	93
Evocación de Galán <i>Roberto García Peña (AYAX), 29 de agosto de 1993</i>	95
La Educación y la Política <i>César Gaviria Trujillo, 18 de agosto de 2004</i>	97
La Universidad Javeriana, siente el dolor de Colombia <i>Jorge Hoyos Vásquez, S.J., 22 de agosto de 1989</i>	107
Luis Carlos Galán <i>Juan Diego Jaramillo, 22 de agosto de 1992</i>	111
Declaración <i>Consejo de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Socioeconómicas, 22 de agosto de 1989</i>	113
Un llamado a la reflexión!! <i>Estudiantes de la Facultad de Derecho, 25 de agosto de 1989</i>	115
Sueño y compromiso de un joven universitario <i>Gerardo Remolina Vargas, S.J., 10 de agosto de 2004</i>	119
Fama y grandeza <i>Gerardo Remolina Vargas, S.J., 18 de agosto de 2004</i>	123
La Educación y la Política <i>Gerardo Remolina Vargas, S.J., 19 de agosto de 2004</i>	125
Un estudiante de Derecho más entre nosotros <i>Felipe Rey Salamanca, 10 de agosto de 2004</i>	131

<i>La vida de Luis Carlos Galán, un ejemplo que se ha de seguir</i> <i>Gabriel Rosas Vega, 20 de agosto de 1989</i>	135
<i>Galán el pilo</i> <i>Juan Manuel Santos Calderón, 16 de agosto de 1996</i>	139
<i>La trayectoria de Galán</i> <i>Alfredo Vásquez Carrizosa, 20 de agosto de 1993</i>	143
<i>El sacrificio de Luis Carlos Galán</i> <i>Jaime Vidal Perdomo, 19 de agosto de 1996</i>	145
<i>Carta al Rector de la Pontificia Universidad Javeriana</i> <i>Margarita Vidal, 10 de agosto de 2004</i>	147

GALÁN, UN PORVENIR

<i>Cronología Biográfica Ilustrada</i> <i>Carlos Julio Cuartas Chacón</i>	151
---	-----

PRESENTACIÓN

Con este número de ***Orientaciones Universitarias*** hemos querido rendir homenaje a la memoria del abogado javeriano e insigne colombiano Luis Carlos Galán Sarmiento, en la conmemoración del XXV aniversario de su muerte, suceso que dejó honda huella en la historia reciente de Colombia. Y lo hacemos pensando en él, en su lucha heroica y algo solitaria, en su inmenso sacrificio, así como también en el porvenir de Colombia, un país que cinco lustros después, sigue empeñado en la transformación social, enfrentando inmensos desafíos.

La publicación que el lector tiene ahora en sus manos, se encuentra dividida en tres secciones, la primera de ellas constituida por una selección de textos de Galán. Debe tenerse presente que una de sus principales facetas fue la de escritor, la cual recibió un impulso definitivo durante los años de estudio en nuestra Universidad. En efecto, los primeros artículos de Galán salen a la luz pública en 1963, en su tercer año de Derecho, unos en el periódico ***Autonomía***, otros en ***Vértice***, la “Revista Liberal Javeriana” que funda en ese año, y dirige personalmente. Para algunos este acontecimiento señala el inicio formal de una extraordinaria carrera política que apenas tendrá un poco más de cinco lustros de duración. Luego de su paso por ***El Tiempo***, encontramos a Galán, de 26 años de edad, como Ministro de Educación, cargo que asumió el 7 de agosto de 1970, al día siguiente de recibir su grado de Doctor en Ciencias Jurídicas en la Universidad Javeriana. Su discurso ante la UNESCO da cuenta del pensamiento del joven dirigente que escudriña los caminos para el progreso de su patria. A partir de 1976, Galán regresa al periodismo y en más de 300 columnas que publica en ***Nueva Frontera***, consigna sus reflexiones e inquietudes, en un ejercicio que sirve de preparación para el hombre público que por primera vez resulta elegido senador en 1978, y será protagonista de formidables discursos, entre ellos, el pronunciado con ocasión del lanzamiento de su precandidatura presidencial, el 4 de julio de 1989, seis semanas antes de su muerte. En los “Escritos de Galán” ofrecemos, pues, una muestra valiosa de esas páginas que, por una parte, nos descubren al hombre que estudió con rigor y analizó la situación del país, y por otra, pueden contribuir a nuestra propia reflexión sobre el futuro de Colombia.

En la segunda parte de este número de **Orientaciones Universitarias** presentamos una serie de “Escritos sobre Galán”, que incluyen los de Virgilio Barco Vargas en 1989, siendo Presidente de la República, de César Gaviria Trujillo en 2004, siendo ex Presidente, y de Juan Manuel Santos Calderón en 1996, hoy Presidente; los de Jorge Hoyos, S.J. en 1989 y Gerardo Remolina, S.J. en 2004, Rectores de la Javeriana en los respectivos años; y de Bernardo Gaitán Mahecha en 2009, quien fue Profesor de Galán. En todos se pueden apreciar con claridad el impacto y la huella dejada por el líder que murió en esa trágica noche del viernes 18 de agosto de 1989.

Finalmente, en la última sección de esta publicación, reproducimos con algunos ajustes, los seis afiches que se diseñaron en el año 2004 para la exposición “Galán, un porvenir”, narración ilustrada de su vida, acotada en 17 fechas determinantes de un itinerario histórico que logró trascender su época, que comenzó en Bucaramanga, pasó por Bogotá, Nueva Delhi, Roma, Rionegro, y terminó abruptamente en Soacha. Cabe destacar que una colección de estos afiches se encuentra en exhibición permanente en uno de los salones del Capitolio Nacional, dedicado a honrar la memoria de este connotado congresista de Colombia. En esas hojas, precedidas por la reproducción de la obra, hasta ahora inédita, de la maestra Adriana Espinosa, profesora de la Facultad de Artes, se pueden admirar fotografías, documentos, así como carátulas de libros y revistas, y las primeras páginas de los periódicos con la noticia de su muerte.

De esta forma la Pontificia Universidad Javeriana quiere hacer un aporte a la bibliografía sobre Galán, que facilite, especialmente a las nuevas generaciones, su aproximación a la figura de este hombre grande, cuyo testimonio debe ser estudiado y reconocido. Con igual propósito la Fundación Luis Carlos Galán y la Editorial Pontificia Universidad Javeriana han preparado el índice de todas las columnas de Galán publicadas en **Nueva Frontera** (1976-1982), y el de los 40 fascículos de la colección **Documentos Nuevo Liberalismo** (1984-1992), los dos últimos titulados **Documentos Fundación Luis Carlos Galán**. Por otra parte, hemos iniciado el trabajo de catalogación de la importante colección de documentos que constituyen el Fondo Luis Carlos Galán que se conserva en el Archivo Histórico Javeriano Juan Manuel Pacheco, S.J., proyecto de gran envergadura que será fundamental para la digitalización de todo el material correspondiente.

Sin duda alguna, vale la pena seguir a Galán, mantener levantadas sus banderas e insistir en la realización de sus ideales porque al hacerlo, servimos al país y ayudamos a la construcción de una mejor sociedad. Este es el homenaje que tributamos a Galán, “nuestro dilecto alumno” y catedrático, al conmemorar el XXV aniversario de su muerte.

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.
Rector

ESCRITOS DE GALÁN

LAS IDEAS LIBERALES Y EL CUENTO DE LA DEMOCRACIA COLOMBIANA

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

Estos párrafos —para dos entregas y quizás un poco desordenados— los he escrito pensando exclusivamente en los jóvenes que mantienen su certidumbre en el destino de Colombia, en aquellos jóvenes que desean sinceramente para la patria una mejor vocación, pero que al apreciar todos los matices de la crisis colombiana, se manifiestan renuentes a decidirse por una posición determinada en la vida política del país.

Me refiero a los jóvenes que no se consideran incorporados en ninguna ideología, porque no se sienten comprendidos, ni explicados por los principios que puedan presentar actualmente nuestros partidos políticos. Hablo de los jóvenes que se hallan a la expectativa de un nuevo

camino, de una nueva alternativa porque presumen fosilizados a los partidos colombianos. Se trata de jóvenes que por la misma generosidad e independencia que poseen, tienen por egoístas, infructuosos y extemporáneos a los sectores de la actual política colombiana.

La tramoya de los partidos

Sucede lo siguiente: en las universidades colombianas se discurre a diario sobre esta crisis de los partidos y de las ideologías. Los universitarios anotan frecuentemente que no hay tesis de fondo en ninguno de los partidos, que ambos están girando en torno de hombres —hombres que no tienen programa distinto de las virtudes que ordinariamente les son atribuidas— y que si en alguna ocasión se escucha algún llamado —simultáneamente altruista— desde

* **Autonomía** (periódico universitario) Bogotá, 4 de abril de 1963.

los partidos, en el fondo hay intereses personales que sólo quieren mantener entre telones la curatela de sus privilegios y desequilibrios.

Pero no es esto lo único que origina y fomenta la desconfianza de los jóvenes respecto de los partidos y de sus dirigentes; la juventud universitaria ve a diario estimulado su volterianismo político por muchas circunstancias; entre otras, la viciosa organización establecida por los partidos, que hace de nuestra democracia una irrisión; la proliferación del demagogo que hace carrera mediante la incitación del humilde y el halago al poderoso; la persistencia en los bizantinismos parlamentarios, mientras se agudizan los males de la República; la reducida visión de la mayoría de los dirigentes que obran exclusivamente en función de posiciones burocráticas; la debilidad económica —comprobada en los tremendos traumatismos del reciente reajuste monetario— que desbarata toda pretendida independencia y soberanía política y cultural.

La esterilidad del escepticismo

Bajo todo aspecto los universitarios tenían la razón en su actitud crítica. Sin embargo, si la crítica no se hace con sincera intención constructiva no conduce a nada. Al insistir en un nihilismo disolvente y obstinado, lo único que se logra es aumentar la confusión y la desesperanza; desesperanza para el país, cuya única ilusión en un futuro mejor está reducida a aquello que la juventud le ofrezca. Por eso los jóvenes estamos obligados —más que nadie— a no marginarnos en

ningún momento de la realidad, de los problemas y de la crisis contemporánea. No tenemos derecho a volverle la espalda a la inmensa tragedia que agobia a Colombia. Nos comprometemos a reflexionar sobre los males de la República y prepararnos para aplicar la debida terapéutica en el momento oportuno, y sólo nos será oportuno el momento en que fundemos nuestra autoridad para solucionar los problemas colombianos en el hecho de conocer tales problemas. Antes todo será prematuro y extravagante.

Los jóvenes estamos en el período de la preparación. Aún no hemos llegado al de la acción. Somos espectadores, aún no somos actores. Es prudente esperar. Estamos en el período del robustecimiento ideológico; primero debemos consolidar un criterio inteligente, denso e independiente. Una vez definamos nuestro criterio de análisis y de juicio, nos corresponde estudiar con él los problemas nacionales; después de examinar con esas consideraciones los problemas colombianos, ya podremos ofrecer soluciones objetivas y seremos capaces de afrontar esa responsabilidad tremenda que se nos va a venir encima: la responsabilidad de reconstruir un país que hoy se halla en lo moral anárquico; en lo económico, colonial; en lo político, demagógico y en lo social, absurdamente injusto.

Lo que quiero proponer

Yo quiero destinar estas anotaciones —hechas en dos contados por lo vasto del tema— sobre el liberalismo y el cuento de la demo-

cracia colombiana, a persuadir a los jóvenes de la inteligencia de la democracia liberal para ofrecerle al país una óptima alternativa en la crisis que ha venido padeciendo y que en vista de las circunstancias se va a prolongar más.

En ese plan de ideas, corresponde demostrar dos cosas; por una parte, que el liberalismo colombiano no corresponde a las verdaderas ideas liberales y, por otra parte, que la llamada democracia colombiana, no es la verdadera democracia.

El antiliberalismo del Partido Liberal Colombiano

Una cosa es el Partido Liberal contemporáneo —sea oficialista o lopista— y otra cosa es la democracia liberal. El llamado Partido Liberal oficialista es una organización al servicio de la minoría que controla lo político, lo económico y lo moral en Colombia. El llamado Movimiento Revolucionario Liberal es un mosaico de ambigüedades en el que quieren coexistir los revolucionarios que creen en la libertad y los que la toman por una ficción, una irrealidad. La democracia liberal, en cambio, es la vocación de Colombia y de todos los pueblos americanos, es aquella democracia que garantiza la libertad, para que cada hombre realice su destino y que asegure la justicia, para que lo realicen todos los hombres. Esa sería la definición de Castelar si hubiera conocido nuestros tiempos.

Los ideales del liberalismo han sido frustrados permanentemente, no sólo en Colombia, sino en toda

la América Latina, se les tergiversa con los hechos, la teoría de los políticos respecto a ellos, no es más que eso, teoría.

No estamos obligados por ningún motivo a asumir la responsabilidad de esos retruécanos de la vida del liberalismo colombiano. Será más positiva nuestra labor si analizamos al desnudo los subterfugios de que han sido objeto las ideas liberales. Será una magnífica lección el hecho de hacer una sincera disección de las ambigüedades del Partido Liberal colombiano.

Una frustración desoladora

Fueron las ideas liberales las que inspiraron la lucha emancipadora de 1810 y bajo su tutela como se inició la estructuración de las instituciones políticas americanas. Sin embargo, a esas consecuencias positivas que se derivaron de la influencia liberal, hay que añadir lamentablemente una utilización funesta que se hizo de los planteamientos, con el lúgubre propósito de apuntalar privilegios.

No es —ni mucho menos— nuevo y original mi punto de vista. El discutible liberalismo de los partidos liberales americanos y específicamente del nuestro, ya ha sido advertido y señalado por personas más autorizadas que un simple estudiante de derecho. El liberalismo anticlerical de hecho está revaluado, primero, porque no es una actitud liberal y, segundo, porque no es al clero a quien se debe combatir; la lucha es con la intolerancia, sea católica, sea comunista, sea budista, sea confucionista, sea mahometana y viniere

de donde viniere. El *laissez faire*, *laissez passer*, evidentemente, si no tiene la medida de la justicia y de la responsabilidad, es antagónico con la libertad. El Estado gendarme fue una reacción frente al absolutismo, pero es tan extremista como él.

Sobre estas cosas de los principios imputados al liberalismo, es urgente aclararle la situación a un inmenso número de jóvenes liberales, para que no renieguen de sus principios y, más bien, se persuadan de la necesidad de transformar este Partido Liberal anémico, descomunal pero vacío, que se nos volvió arcaico, antediluviano y vetusto. No esperemos que los actuales dirigentes del liberalismo colombiano hagan esas transformaciones, cuando ellos están interesados en mantener la situación privilegiada que les favorece.

Tal vez sea irónico, pero en Colombia las oligarquías del dinero, las del nacimiento y las de la política adoptaron, para defender sus intereses, el amparo de las teorías más refractarias a los privilegios que querían mantener. La verdadera democracia es francamente antónima a la consolidación de las oligarquías. Las oligarquías repararon en el peligro de oponerse abiertamente a la democracia y por eso prefirieron veladamente tergiversarla y presumir de intérpretes infalibles del espíritu liberal, ante las contingencias político-sociales. De ahí que nuestro liberalismo se nos quedó enmarañado entre: el *laissez faire*, *laissez passer*, la estrategia anticlerical, las libertades teóricas y la democracia de opereta.

El liberalismo y el conservatismo también no han sido sino simples instrumentos de una minoría para encauzar, según su conveniencia, las aspiraciones populares. Al campesino conservador se le amedrentó con razones religiosas para resignarlo a admitir como inmodificable su penuria y al liberal se le ilusionó con una democracia que no ha pasado de ser una pantomima, para usufructo de la misma minoría, que interesada en mantenerse no le ha importado utilizar procedimientos nominalmente opuestos.

Las conciencias se tranquilizaron con frases como aquella de Juan Lozano y Lozano: “El conservatismo tiende a la aristocracia, aun cuando parta de las filas del pueblo; el liberalismo, a la democracia, aun cuando parta de la oligarquía”. Y ahí en las tendencias y en los buenos deseos se nos quedó de nuevo el liberalismo.

Ese remedo de democracia, esa seudodemocracia, esa pantomima de democracia fue la obra de los oligarcas americanos, con la cual afianzaron sus monopolios y establecieron sus inmunidades.

Las oligarquías sedujeron al pueblo con la libertad, reservándose, eso sí, el derecho a interpretar la libertad como la simple seguridad de la persona y el reconocimiento nominal de algunas libertades públicas.

Reiteradamente, por un complejo funesto, han querido imitar sistemas óptimos en el extranjero, sin tener en cuenta que la bondad de las leyes es relativa al espacio y al tiempo. Permanentemente han procurado

que la democracia falle por su base. Por eso se obstaculiza la educación entre nosotros. Se sabe que el funcionamiento de la democracia presupone un pueblo preparado y unos conductores capaces. Si se quieren complementar realmente las dos versiones de la democracia —de un lado la fundada en la justicia y de otro lado la fundada en la libertad— es necesario impulsar la educación en todos los niveles y con una libertad garantizada y responsable. Por eso, las oligarquías se han empeñado en someter la educación y en evitar que ella esté al alcance de personas distintas de las beneficiadas por el sistema.

Es muy claro que mientras subsista la ignorancia, no habrá manera de combatir con eficacia el núcleo económico absorbente y exclusivista: por la falta de preparación, fracasarán todas las instituciones que se inventen, entre la burocracia, el arribismo, el manzanillaje y la improbidad personal y política.

Parábolas las hay recientes

Son repetidas las circunstancias de la historia colombiana en las cuales la minoría dominante emplea ideas altruistas para amparar con ellas sendos privilegios; la más reciente es la del Frente Nacional. Creado para derrocar la dictadura y dar fin a la guerra de sectarismos, se convirtió en un instrumento de las oligarquías —constitucionalizado— con el cual, fácilmente, declaran hereje a todo aquel que se les enfrente. Está tan bien establecida la maquinaria, que aquel a quien declaran hereje, se le confunde

irremediablemente con el rojismo pecaminoso o con el comunismo espeluznante. No hay otra posibilidad para las oligarquías. Todo aquel que se oponga al Frente Nacional de los plutócratas, es un esbirro de la dictadura, o es un agente traidor a la patria, según ellos —del comunismo internacional.

Es el régimen del terror intelectual: el poderío de la prensa y de los intelectuales del sistema, enfocado a sostener injusticias de un régimen de minorías. Con un abismo de diferencias y proporciones, la actitud de muchos de los intelectuales colombianos es comparable a la de los escritores austríacos que condena Zweig en su autobiografía, a aquellos pobres diablos que se dedicaron a alabar la guerra y el patriotismo prusiano, sin apreciar la barbaridad que cometían. Tan serviles como ellos. Tan débiles como ellos. Venden el pensamiento y se venden a sí mismos, quizá venden algo más de sí mismos, algo que ya no les pertenece.

Esas minorías se defienden con todo: no respetaron ni siquiera la Constitución. La ley la colocaron al servicio del sistema, para sostenerlo, para demorar su agonía.

Ellos, los que desataron la violencia desde el gobierno y el parlamento utilizando la prensa gobiernista y de oposición; los dirigentes liberales y conservadores: los mismos que la aprovecharon económicamente; los que no respetaron las tumbas de miles de compatriotas abiertas por su culpa intelectual; los maquiavélicos de la política que apasionaron al

pueblo por objetivos estúpidos como la hegemonía; todos ellos, están hoy en el Frente Nacional por un tácito acuerdo de encubrimiento recíproco de culpas y hoy también, pretextando arrepentimiento de sus faltas, y perdón y olvido de los demás, se creen dignos de estar dirigiendo la nación, de estar conformando sus cuerpos directivos en lo político, en lo económico, en lo social y en lo moral, que es lo más cínico.

Ellos son los que hoy han conformado una inquisición velada, hipócrita. Los que se han arrogado el derecho a ejercer justicia, la misma justicia que para serlo, debería empezar por obrar sobre ellos.

Pregonando la paz, pregonando la justicia, pregonando el entendimiento han embaucado al pueblo quien, patidifuso por la violencia que desataron sobre él, les ha creído.

UNA TRIBUNA EN DEFENSA DE LA DIGNIDAD

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

Nos hemos propuesto preparar y publicar esta revista por un imperativo moral ineludible. Es necesario que conste públicamente el esfuerzo firme y concienzudo de un grupo de universitarios javerianos de la Facultad de Derecho que tiene una serie de convicciones sobre los deberes de la juventud universitaria liberal.

Nuestros convencimientos son muy claros.

Tenemos fe en el liberalismo, en su filosofía dinámica, en su concepción de la sociedad y del Estado. Estamos persuadidos de la eficacia de sus procedimientos y de su vasto panorama de acción.

Nos preocupa la actual preparación de la juventud liberal para

afrontar las responsabilidades que le depara el porvenir del país.

Consideramos que las ideas liberales son trascendentes a los hombres liberales y que existen principios de solidaridad para toda juventud liberal que superan la división actual.

Creemos en la necesidad de marginar a la juventud liberal de la fascinación de la fama prematura y efímera, representada por posiciones políticas que comprometen su independencia de los intereses creados y condicionan su posibilidad de prepararse competentemente en el servicio de las aspiraciones colombianas.

Convidamos a la juventud a estudiar los problemas y las cosas colombianas y a reflexionar en el alcance de las indispensables mutaciones del Estado y la sociedad actuales.

* Revista *Vértice*, Editorial Volumen I, número 1, Bogotá, noviembre de 1963.

Sabemos que nuestras tesis no son las más complacientes y que los cometidos que le proponemos a la juventud son los más arduos. Sin embargo, creemos que el heroísmo es la vocación de la juventud de hoy y que sólo con él se pueden preparar las facultades de los futuros servidores públicos.

Publicamos la revista con la convicción de que el ideal de la humanidad es la libertad del hombre en todas las latitudes. Por eso la revista será de todos, dentro de la amplitud de un humanismo sabio, sin confusiones.

Somos la generación que no hizo la guerra civil iniciada en 1948, pero que sí la vivió y vive muchas de sus consecuencias, estamos dispuestos a cerrar el ciclo de las luchas civiles de origen político o de estirpe clasista y postulamos la convivencia de todos los colombianos. Queremos una Colombia donde quepan todas las ideas y donde la discusión pacífica de los problemas colombianos sustituya a la violencia.

Queremos el diálogo de la concordia y de la reconciliación dentro de una libre discusión de los asuntos colombianos, queremos en fin, que todos los colombianos volvamos a reunirnos en el ámbito de la patria, para reincorporarla al ejercicio de la verdadera libertad y de la verdadera democracia. Queremos que en nuestro suelo no se pueda hallar rastros de dolor y de muerte.

Coincidimos con la rebeldía social de nuestro pueblo, con su anhelo por resolver los graves problemas seculares que siempre aquejaron a Colombia. Nuestro propósito con *Vértice* es el de contribuir a elevar y humanizar la vida colombiana.

Ofrecemos al país el primer número de *Vértice* con el ánimo de hacer de nuestra revista una tribuna en defensa de la dignidad humana, una voz clara en permanente rebeldía, que exija siempre, sin descanso, una irrestricta libertad humana.

NUESTRA PASIÓN ES COLOMBIA

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

Cuando en el editorial pasado convidábamos a los universitarios liberales a marginarse del fraccionamiento actual del liberalismo y a reflexionar en las indispensables mutaciones de la sociedad y del Estado colombiano, pensábamos en nuestra generación, pensábamos que le corresponderá incorporarse plenamente al que hacer nacional para actuar en Colombia y sobre Colombia en un momento histórico singular.

Medio siglo de fracaso y de desconocimiento del destino nacional señalan la frustración rotunda de todas las generaciones posteriores a la llamada “Generación del centenario”: generaciones que no estuvieron a la altura de su respon-

sabilidad histórica; que entendieron la política como la acción agresiva de perturbación social, demoledora de instituciones, de polémicas estériles que sólo servían para el descrédito de la libertad ideológica; generaciones que no quisieron reconocer cómo la política es un debate auténtico en el cual se buscan soluciones con partidos nacionalmente responsables, cómo presupone aprendizaje, educación e instrucción para discutir los sentimientos, el destino, los deseos de un pueblo en su afán de mejorar o ver mejorar a sus hijos; cómo es en el fondo un arte que por su naturaleza exige métodos para el funcionamiento de las instituciones según los cambios en el tiempo y en los acontecimientos; generaciones que se resistieron a creer cómo con la política se buscan soluciones de modo que los intereses nacionales, en países democráticos, no permanezcan en manos de las clases dirigentes,

* Revista **Vértice**, Editorial Volumen I, número 2, Bogotá, mayo de 1964.

los círculos de familia, los advenedizos políticos y los oportunistas.

No sólo se malograron las posibilidades de estas generaciones sino que por las equivocaciones de quienes las dirigieron, el hombre colombiano siente un principio de frustración que ensombrece aún más el panorama del país. Un principio de frustración que se origina en la convicción cierta de que podemos ser y no somos, en la convicción cierta de épocas pasadas debidas a los próceres que construyeron la patria y liberaron naciones sin otro respaldo que la voluntad inquebrantable de hacerlo. Era la época en que Colombia tenía iniciativa propia y capacidad creadora. Teníamos soluciones nuestras para nuestros propios problemas.

Compensar la frustración de estas generaciones constituye una tarea inmensa, significa que una sola generación logre los cometidos que se le encomendaron a varias. Pero nadie elige su deber, éste se impone al hombre por la circunstancia en que nace y el nuestro consiste en llenar el vacío generacional que se aprecia en Colombia. Este deber es intransferible porque es nuestro destino. Cumplirlo o no depende únicamente de nosotros.

¿De qué manera se puede cumplir este deber con el país y con nosotros mismos? Es difícil, acaso imposible que logremos nuestro propósito histórico si no nos rebelamos contra el balance de las generaciones pasadas, si no señalamos sus grandes equivocaciones y no nos cuidamos de establecer las condicio-

rias para no cometerlas también. Los jóvenes liberales y conservadores no traicionamos nuestras convicciones porque nos rebelamos unidos contra quienes provocaron la violencia por indolentes o por haber convertido el odio al adversario político en un deber moral, mediante falsos argumentos de la lógica y la filosofía de los partidos. No acusamos a nadie individualmente porque conocemos demasiado la impotencia del individuo frente al poder de las obsesiones colectivas; pero si acusamos a las generaciones en general que toleraron la confusión en sus filas y pusieron su inteligencia y su preparación al servicio de la beligerancia partidista. Las acusamos para demostrar que no somos herederos de sus errores y que aprendemos del pasado para nuestro porvenir.

No buscamos subrayar la importancia de nuestra generación mediante una rebelión injusta contra las precedentes, lo que buscamos es demostrar que nuestra lucha pertenece a un tiempo diferente, la movilizan otros valores y tiene una concepción del destino nacional distinta. Estamos enriquecidos por las experiencias de otras generaciones pero nos moviliza el anhelo de ir más lejos que ellas. Ahora la lucha es más ardua y nuestra generación, la generación que hace estudios universitarios en la década del sesenta, tiene que entenderlo ya, pues el vertiginoso ritmo de transformación que predomina en el mundo contemporáneo nos ha dejado atrás; (advertimos que al ubicar en el tiempo a nuestra generación no queremos reducirla a un concepto simplemente cronológico,

pues lo que define una generación son ciertamente sus ideales, sus realizaciones y en general su actitud ante el país).

Los culpables de la frustración de las generaciones vencidas fueron sus conductores y sus intelectuales, quienes por su instrucción y experiencia debieron conocer el destino nacional y lo negaron con sus actos y contradicciones por debilidad y por conveniencia. Nosotros no podemos cometer el mismo error. Nuestra generación debe recorrer una trayectoria concatenada y lógica desde todas las posiciones de servicio y durante toda su intervención en la vida nacional. La trayectoria de un gran viaje que le exige sólida preparación a la juventud para dirigir hacia él al país; que le demanda estudiar constantemente los problemas colombianos; que la obliga a marginarse siempre de los intereses creados; que le ordena conocer las tesis expuestas por todos los hombres verdaderamente notables del país, sin discriminar arbitrariamente los méritos de sus análisis, aunque su ideología sea una u otra; un gran viraje que tiene como uno de sus fundamentos las nuevas perspectivas de la integración económica y la solidaridad política en los países americanos, con las cuales se superarán definitivamente el aislamiento y las fronteras artificiales que predominan en el continente; un gran viraje que le establece a la juventud como su primer deber, valorizar la nación sin que ello sea un impedimento para apreciar también las acciones y los valores grandes de todos los pueblos; que la llama a sacrificar su comodidad

y su seguridad personal con tal de contribuir a aquellos fines; que le exige merecer por su preparación y sus esfuerzos el derecho a servir a Colombia; que le aclara el condicionamiento recíproco que existe entre la libertad, la justicia, la solidaridad y la paz en una nación; que en fin le manda saber dar soluciones originales para realidades propias y recuperar así la iniciativa, para no ser simple y rutinaria imitadora de otros aspectos revolucionarios sin capacidad de creación.

Si nuestra generación entiende estos llamamientos y estas exigencias, si aprecia el valor de la trayectoria de este gran cambio transformará a Colombia, si no lo hace, será otra esperanza fallida.

Tenemos fe en nuestra generación y si desde ahora depositamos nuestra confianza en ella, no quiere decir que hipervaloremos la juventud; nuestra fe se origina en que creemos posible movilizarla y obligarla sin necesidad de promesas, sino con imposiciones y llamamientos a su espíritu de sacrificio y su voluntad de entrega. Convidamos a nuestra generación a la lucha, o sea al heroísmo y al sacrificio, porque creemos en la gigantesca fuerza que encierra el desinterés, el entusiasmo y la acción dirigida a un objetivo suprapersonal, fuerza esta que es capaz de realizar una verdadera revolución; una revolución con sólo recursos morales. Estamos ciertos de que al país y a su juventud, no lo mueven sólo y ni siquiera primordialmente, sus intereses de clase, sino, simultáneamente sentimientos y juicios de carácter general y elemental—como

el deseo de la paz, la solidaridad y la libertad—sin los cuales no es posible que subsista la nación.

Aspiramos a que nuestra generación cuente en la historia, en donde sólo cuenta lo logrado en plenitud, a que la vida y la obra de esta nueva juventud consista en encender confianza y solidaridad en la nación, pues nada existe realmente entre nosotros si no apoyamos a Colombia que vuelve escéptica y resignada de la confusión y la violencia de los últimos 16 años.

Ahora el hombre colombiano vuelve a apasionarse; pero su pasión no es la de los partidos que pervirtió los espíritus y empujó a millares de compatriotas a la muerte en aras de los fantasmas de ideales egoístas. Ahora nuestra pasión es Colombia y creemos en este ideal como el único capaz de unir a todo el país. Pero el amor a un ideal no exige el odio a los creyentes que aman el suyo; no creemos en aquellas modalidades del nacionalismo que desataron

las guerras de este siglo; amamos nuestra patria y respetamos y admiramos la voluntad de los demás de amar la suya, porque esto es lo verdaderamente humano y en ningún momento significa contradictorio.

La pasión por levantar a Colombia representa el común ideal que anima a nuestra generación. Apoyémosla en su generoso empeño, apartándola de lo inestable y fugaz y levantándola hacia lo duradero o inmutable. Busquemos que sea animosa y libre, que no se deje avejentar por el ambiente y que no sea servil con los ungidos, para que demuestre cómo Colombia también es joven porque tiene corrientes vivas entre sus hijos, capaces de conducirla en la lucha colectiva, en esta cruzada por la dignificación del hombre colombiano.

Encomendémosle a nuestra generación la responsabilidad del destino nacional para que sea grande y defienda la grandeza en Colombia.

**ANTE LA XVI SESIÓN
DE LA CONFERENCIA GENERAL DE LA UNESCO**

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

Señor Presidente, señores delegados, señoras y señores:

Deseo unirme a los jefes de delegación que han expresado al Sr. Presidente sinceras felicitaciones por la merecida elección para dirigir esta Décima Sexta Conferencia General de la Unesco. Asimismo, quiero manifestar mi admiración por los documentos y programas presentados por el Director General.

Hemos escuchado en esta Conferencia numerosas e importantes intervenciones sobre política y filosofía de la Unesco. Es muy poco lo que puedo agregar como Ministro de

Educación Nacional de Colombia. Hace menos de tres meses inicié mis funciones de Ministro, cargo para el cual fui nombrado por el Presidente Misael Pastrana Borrero, un gobernante joven que tiene confianza en la intuición de las nuevas generaciones. En la mitad del decenio anterior estuve en la universidad como estudiante y allí fui testigo inmediato de las actitudes asumidas por la nueva generación. Participé en varias manifestaciones y asambleas de los jóvenes e inclusive, por una coincidencia afortunada para mí, me encontraba en París el día que comenzaron los acontecimientos de mayo de 1968. Me acompañaban varios estudiantes franceses y extranjeros, con los cuales conviví en el Barrio Latino cuando se generalizaban las manifestaciones. Allí escuché íntimamente a la juventud europea en días muy especiales.

* Discurso del Ministro de Educación, París, 22 de octubre de 1970, en la **Crisis de la Educación 1970 - 1972**, Fundación Luis Carlos Galán Sarmiento - Ministerio de Educación Nacional, Bogotá, 1993.

Creo sinceramente y sin ninguna presunción que mi testimonio sobre la juventud contemporánea puede tener alguna utilidad para esta Conferencia y por eso me atrevo a dedicar mi exposición a este tema.

La visión de un joven

Deseo hablarles sobre mi generación. No pretendo asumir la representación de los jóvenes porque considero que las distintas tendencias y orientaciones existentes en la juventud necesitan voceros específicos. Mis palabras deben entenderse apenas como la visión de un joven acerca de la responsabilidad, las posibilidades y las circunstancias de su propia generación.

No creo que mi generación sea ni superior ni inferior a las anteriores. Probablemente tenemos defectos y virtudes semejantes. Sin embargo, en términos generales mis contemporáneos poseen un grado de conciencia mayor sobre sí mismos. Es decir, partimos de una base más alta para obrar en el planeta. Y la altura de esta base nos la proporciona el esfuerzo de la ciencia y del pensamiento realizado por las generaciones anteriores. En nosotros sigue madurando la mente humana solo que ahora se expresa con una visión menos confusa del pasado y el porvenir de toda la especie.

La tercera generación del siglo XX

Creo que nadie debe sorprenderse por el abismo que separa a las generaciones actuales. Este impresionante siglo XX que llevó la vida

terrestre al espacio por primera vez, tenía que producir en el último tercio una generación sacudida y conmovida por tantos hechos científicos, políticos, sociales, económicos y religiosos, acumulados y concatenados desde el comienzo de la centuria.

Cuanto se sembró desde la Primera Guerra Mundial comienza a dar cosecha casi dos generaciones más tarde. La simiente no ha podido ser más explosiva. En este siglo la guerra alcanzó por primera vez y simultáneamente todos los rincones del planeta. Los nuevos instrumentos ofensivos crearon la posibilidad de provocar en pocos minutos el final apocalíptico. Los medios de comunicación multiplicaron la aproximación física entre todos los hombres. Nació la sociedad internacional y aparecieron algunos indicios, aún débiles, de una comunidad mundial y una economía mundial. En todas las naciones empezó el derrumbe de clases superiores autoelegidas que siempre habían obrado con la idea de que tenían derecho nato para gozar del poder y la riqueza. El sexo dejó de ser tema intocable. Se inició la emancipación de la mujer. En la creciente urbanización no solo aparecieron nuevas condiciones de vida y organización para millones de seres sino que evolucionaron las formas del dolor y de lucha por la supervivencia. Un siglo después de la abolición formal de la esclavitud, el racismo reveló la profundidad de la separación existente entre las razas. Las estructuras familiares sufrieron crisis y desfiguraciones profundas mientras se descubrían nuevos criterios e instrumentos para programar la procreación de

los hombres. El problema del hambre fue reconocido como una de las preocupaciones fundamentales del planeta. La industrialización, provocada por la transformación de los medios de producción, creó sociedades opulentas y el abismo entre países ricos y pobres adquirió proporciones vergonzosas para la dignidad de la especie. El imperialismo mostró formas e instrumentos nuevos, mientras se multiplicaba la libertad simplemente política de las antiguas colonias. En fin, ustedes conocen mejor que yo el itinerario histórico de este siglo.

Para algunos jóvenes, esta enumeración apresurada de los hechos del siglo XX que se han reflejado en mi generación, puede resumirse en una sola cosa: la evolución de la especie está viviendo una fase de aceleración. Avanzamos hacia otros niveles de conciencia. Está terminando no solo una época histórica sino una época espiritual. Es muy explicable que la velocidad del proceso y el instinto de conservación de las cosas moribundas originen temores, desajustes y angustias.

Dos actitudes: conciencia y evasión

Bastantes jóvenes queremos vivir conscientemente este doloroso alumbramiento de nuevos valores, instituciones y sistemas. Otros prefieren huir para no sentirse, para evitar el desasosiego de un espíritu humano que aparentemente no tiene meta ni principio unificador que lo guíe. Muchos desean fugarse hacia el silencio y la soledad de las drogas y los alucinógenos. No son la mayoría

pero su drama impresiona y provoca generalizaciones apresuradas. En el fondo todos los jóvenes, y creo que los adultos también, hemos sentido temor y desesperanza al hallarnos solos ante los últimos problemas y los grandes misterios que plantea el alma –en este siglo con mayor franqueza– misterios que nadie sabe resolver.

De lo individual a lo colectivo

En cualquier intento para encontrar una explicación y un sentido a lo que sucede, es indispensable la observación cuidadosa de lo que está muriendo. Hasta hace poco tiempo, cada hombre solo podía ver en sí mismo la razón y el fin de su existencia, salvarse eternamente y solos era el anhelo de muchos. En este siglo, cuando la ciencia comprobó que el planeta ha sido escenario de la lenta evolución de la vida y que cada uno de nosotros es fruto de lo que Teilhard de Chardin llamó “el ascenso de la materia hacia la conciencia”, nadie puede desconocer, si obra con objetividad científica, que no se basta a sí mismo y en cambio, como lo han dicho espíritus superiores del presente siglo, existen infinitas prolongaciones hacia el pasado y hacia el porvenir en todo lo que somos y en todo lo que hacemos.

Por este motivo la perspectiva ha cambiado para las dos últimas generaciones. La antigua conciencia humana individual ha comenzado a ceder frente a una conciencia humana colectiva de modo que cada hombre se ha visto obligado a comprender cada vez más que su vida debe integrarse a la de toda

la especie. En otras palabras, lo que está moribundo –aun cuando desconozcamos cuánto durará la agonía– es el egoísmo, vale decir, el concepto de que cada hombre tiene en sí mismo la razón y el sentido de su existencia. Ha surgido, sin embargo, un nuevo egoísmo que trasciende al individuo y se ubica en el nivel de las naciones. Por eso algunos países se consideran centro exclusivo de la Tierra y contemplan la miseria, el hambre, la ignorancia y la violencia en el resto del planeta como problemas ajenos que solo cuentan cuando amenazan los factores de poder político mundial. En el ambiente interno de los países, la situación no es muy diferente y allí el antiguo egoísmo todavía se manifiesta en diversas formas; las clases sociales que se creen superiores no renuncian fácilmente a sus privilegios e insisten en la supervivencia de las discriminaciones económicas y sociales. En fin, muchos hombres y muchas naciones todavía creen que cuanto les rodea está simplemente yuxtapuesto a ellos o a ellas, sin vínculo real y profundo.

La paradoja de nuestro siglo

Nuestra época sufre una paradoja que no por conocida puede olvidarse en estos momentos y en esta Asamblea. Mientras la ciencia y la técnica han favorecido los factores materiales de una posible comunidad mundial, todavía no nace un orden mundial que guarde proporción con las nuevas posibilidades del progreso científico. La antinomia del mundo contemporáneo consiste en que estos avances físicos que nos han permitido controlar y dominar

la naturaleza, no han tenido en el interior del hombre y menos en el ambiente de las naciones el mismo avance hacia la unidad. La evolución moral y espiritual ha sido inferior al progreso científico, sin el mismo aliento universal y por eso el desconcerto y el caos en que vivimos.

Yo creo que la juventud –más por intuición que por conocimiento– está captando la urgente necesidad de profundos movimientos renovadores. La rebelión de los jóvenes no nace simplemente del afán de convertirse en grupo de presión política, aun cuando algunos jóvenes así lo quieran y varios adultos procuren utilizarlos para esos fines. Hoy el aspecto cuantitativo puede darles a los jóvenes opciones políticas nuevas en sus países, pero ese no es el factor sustantivo. Cada joven tiene una idea –buena o deficiente– sobre lo que debe ser la sociedad y no sobre lo que es la sociedad. Por esa razón, cuando no se ha comprometido con intereses egoístas, cuando mira con altruismo al horizonte de la especie, necesariamente se considera insatisfecho con la realidad. Esta inconformidad ya es un aporte útil. Numerosas veces el joven no puede concretar su insatisfacción en fórmulas superiores a las vigentes en cada país y en múltiples casos está seducido por utopías, pero su actitud crítica sobre lo existente es honesta y tiene el inmenso beneficio de recordarles a los adultos que la evolución de la especie no ha cesado nunca y que continúa en cada generación y en cada hombre. Todo cambia y todo debe seguir cambiando, aun cuando no podamos imaginar qué sucederá, ni siquiera dentro de veinte o treinta años cuando los jóvenes de hoy se-

remos interpelados y criticados por los adolescentes del año 2000, ojalá con menos agresividad, escepticismo y violencia.

La educación: primera herramienta

En este propósito inmediato de acelerar la agonía del egoísmo —en los individuos y en las naciones— la educación, la cultura y la ciencia son instrumentos esenciales. La educación especialmente debe ser la primera herramienta de un orden mundial nuevo. Para ese fin debe purificarse de todo clasismo y dejar de ser privilegio de los hombres y las naciones que tienen determinadas ventajas económicas y sociales. No podemos seguir educando para conservar privilegios, cuando lo que se necesita es eliminarlos. Tampoco debe subsistir una educación que discrimine y divida cuando la evolución de la especie reclama la integración y la unidad. Los satélites y los medios modernos de comunicación ofrecen una posibilidad excelente de favorecer esa integración, inclusive con dimensión internacional; eso sí, es necesario como lo ha sostenido Colombia en varias oportunidades, que el uso de estos recursos modernos no se limite a programas y contenidos unilateralmente establecidos por la Nación que coloca los satélites en el espacio.

En todo caso, de la educación que ha estimulado en cada individuo el aislamiento, para que busque en sí mismo la razón de su existencia, tenemos que avanzar hacia la educación que incorpora a cada individuo en el consorcio humano y estimula sus actividades y sentimientos de

socialización y, por consiguiente, de interdependencia respecto al resto de los hombres. La educación antigua, orientada a despertar en el joven el ánimo de lucro, como primer motor vital, debemos reemplazarla por una educación moderna que forme y alimente el espíritu de solidaridad. Como ya lo han señalado muchos jóvenes, durante los últimos años, la sociedad de consumo no puede ser el ideal de la especie. Y si lo ha sido, después de la Segunda Guerra Mundial, buena parte de la responsabilidad le incumbe a la ausencia de la filosofía de la educación.

El incesante nacimiento

La nueva educación debe ser integral y completa. Integral en cuanto al desarrollo de los integrantes del hombre (cuerpo, mente y sentimiento) y completa porque debe abarcar todas las edades y estamentos sociales. En el fondo, la educación debe ser el incesante nacimiento espiritual del hombre; el sendero que le abra los caminos hacia el interior de su ser, en donde está su fuerza creadora, su poder liberador. De ahí que la acción y papel de la educación no termina nunca y debe cubrir todas las etapas de la vida del hombre. De ahí, también, que la libertad de pensamiento sea condición indispensable de la educación moderna, donde no caben dogmas, verdades indiscutibles, afirmaciones incontrovertibles, ni esquemas rígidos definidos por una institución o doctrina.

Durante los últimos siglos los hombres creímos que las leyes formales y exteriores eran la única garantía del orden y progreso de

la especie. Ahora sabemos que lo importante son las leyes interiores, aquellas que establece la educación en la conciencia de cada hombre. Por eso, la primera condición de cualquier propósito serio de paz perdurable en la humanidad es conseguir que los hombres no obren por coacción sino por convicción y esto solo se consigue a través de esfuerzos educativos. Esta verdad evidente se olvida, por ejemplo, cuando los presupuestos militares crecen en la misma medida en que disminuye o se paraliza la proporción de los presupuestos para la educación. Cuando la paz mundial se garantiza armando a los hombres y no educándolos.

Para mí fue sorprendente que un presupuesto tan bajo como el de la Unesco, frente a la tarea que esperamos de ella, hubiera originado en esta Conferencia un debate sobre límite a los aportes de los países, especialmente en algunas de las naciones más avanzadas. Es decepcionante que se limite el gasto de unos pocos millones de dólares en desarrollo de la educación, la ciencia y la cultura, cuando no se escatima ninguna intervención en la guerra y el armamentismo. En ese debate se demostró hasta qué extremo el enfoque predominante en algunas mentes de las generaciones actuales es equivocado y cómo la educación sigue encerrada por el egoísmo. Resulta inconsecuente, entonces, que las generaciones dominantes se pregunten por qué los jóvenes obran con violencia.

La ciencia: mecanismo de ascensión

Pero no es solo la educación lo que está al servicio del egoísmo.

La ciencia también. La ciencia está estimulada por la preocupación de darles bienestar a las minorías que tienen los recursos para buscar comodidades y cuando no es por esto, la ciencia avanza impulsada tan solo por el interés de algunas naciones de perfeccionar medios ofensivos. Muchos jóvenes pensamos que la ciencia debe ser mecanismo de ascensión de la vida y no otro instrumento para destruirla. La ciencia tampoco debe existir apenas para mostrarse soberbia e independiente de los valores éticos, cuando le corresponde precisamente la responsabilidad moral de orientar las conciencias.

En cuanto a la cultura es claro que no puede seguir reservada a las élites. Como si el refinamiento estético fuera derecho exclusivo de los opulentos, como si todo ser humano no pudiera participar en el goce y perfeccionamiento de obras y valores artísticos acumulados en muchos siglos por miles de hombres de todas las razas y todos los continentes.

¿La econometría o el hombre?

Es necesario que vinculemos estas ideas generales a lo inmediato. Dentro de poco tiempo comenzaremos el Segundo Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo. El primero abrió un vasto horizonte, si bien es cierto que a la mayoría nos dejó insatisfechos. Los problemas son tan serios y apremiantes que las estrategias concebidas para el plazo de diez años deberían ser mucho más ambiciosas. De lo contrario empezaremos el próximo milenio sin cambiar sensiblemente las discriminaciones e injusticias del mundo

contemporáneo. En el decenio pasado las metas fueron primordialmente cuantitativas y resultaron inferiores a las necesidades. En el próximo, el acento de lo cualitativo tendrá que ser mayor. En el primer decenio lo importante fue la econometría, en el segundo tiene que ser el hombre; de modo específico, los avances en educación calificarán la profundidad de los progresos del Segundo Decenio. Cada día es más ostensible que los aumentos de la productividad nacional y la redistribución del ingreso son inconsistentes si no están acompañados o determinados por la renovación de los sistemas educativos. Por otra parte, cualquier plan de reforma al comercio internacional —como la idea de crear un sistema de preferencias— resultará insuficiente si no se mejora la educación para capacitar a los países que gozarán de ventajas arancelarias. La misma asistencia financiera a largo plazo debe dirigirse en mayor volumen hacia la educación y no al financiamiento de las exportaciones de los grandes países industriales, como sucede ahora. En el caso concreto de la transferencia de tecnología, ningún esfuerzo será significativo si no se transforman los programas educativos para multiplicar las posibilidades de asimilación de una ciencia más exigente y complicada.

Una mayor responsabilidad

En los últimos diez años, numerosos universitarios de países pertenecientes al Grupo de los 77, jamás supieron que Naciones Unidas había convocado a todos sus miembros para trabajar durante un decenio entero en los problemas de la coo-

peración internacional en función del desarrollo. El llamamiento solo lo conocieron los medios diplomáticos y los sectores especializados de los gobiernos. Ahora empieza un decenio muy distinto y en esta ocasión la juventud observará más conscientemente lo que se haga o se deje de hacer en la articulación de una estrategia internacional hacia el desarrollo, inspirada en la necesidad de elevar el nivel material y espiritual del hombre. Este representa una responsabilidad mayor para todos los instrumentos de Naciones Unidas porque muchos jóvenes solo reconocerán la importancia de la misma organización si contribuye realmente a las tareas del desarrollo económico y el cambio social y no se limita a la labor esencialmente política de apagar los incendios sin retirar los combustibles que los provocan y estimulan.

Esta labor de defensa de la paz que cumplen todos los organismos de las Naciones Unidas ha merecido el reconocimiento general; sin embargo, quisiéramos que la sociedad internacional se justificara no solo por la preservación de la paz sino como instrumento de solidaridad entre los hombres frente a los graves problemas existentes en las tres cuartas partes de la tierra.

El horizonte de la Unesco

En el caso específico de la Unesco quisiéramos ver un horizonte más dilatado y participar en un programa de trabajo más ambicioso. Comprendemos, sin embargo, que la Unesco solo podrá ofrecer este panorama y cumplir esa labor cuan-

do la cooperación internacional y la ayuda multilateral se multipliquen. Muchos jóvenes creemos que si cada Nación mira el planeta con una perspectiva superior a sus propios intereses, todavía es posible que la humanidad comience el próximo milenio en un nivel de conciencia colectiva más propicia para la unidad y la solidaridad de la especie. Hoy los jóvenes pedimos un mundo diferente y estamos inconformes por el abismo que separa lo que proclaman las naciones y lo que realmente hacen. Bastantes jóvenes desafortunadamente piensan que la violencia es el único instrumento eficaz para los cambios sociales. Hoy algunos de ellos están en las guerrillas y muchas inteligencias honestas se han frustrado en las selvas donde las guerrillas intentan una subversión inútil y contraproducente. Sin embargo, muchos jóvenes mantenemos la esperanza en conseguir las transformaciones mediante la evolución mental y espiritual que determina la educación. Por eso nos hemos incorporado a las instituciones que dirigen la educación.

Esta labor es menos espectacular, pero sin duda alguna más profunda y perdurable.

Muchos de ustedes pensarán que todo lo que he dicho son utopías. Probablemente lo son a corto plazo, pero, si los jóvenes no soñamos con una realidad superior para el planeta, ¿quién puede soñar en medio de una humanidad confundida, escéptica, angustiada y egoísta? A la juventud, y lo digo con la objetividad de quien pronto dejará de ser joven, le corresponde reflejar las nuevas si-

tuaciones de la especie que muchas veces resultan incomprensibles para quienes pasaron la plenitud de sus vidas y llegaron a la edad donde se debilita la intuición y predomina la experiencia.

El criterio de Pablo VI

Permítanme decirles finalmente que considero muy objetivo el criterio para observar a la juventud que me expuso Su Santidad Pablo VI, en una audiencia privada el sábado último y que el Papa ha reiterado en varias oportunidades: “En la inconformidad de los jóvenes, en su impaciencia y en todas sus actitudes, hay un fondo bueno; por este motivo, la primera obligación de quien tiene la responsabilidad de los jóvenes es saber buscar y entender ese fondo bueno”.

Como persona joven que tiene la responsabilidad de los jóvenes en Colombia, he creído que mi aporte en este debate general debía ser la exposición de un punto de vista sobre lo que piensa y siente mi generación. Probablemente, y soy el primero en reconocerlo, lo que he hecho ha sido presentar lo que sueña la juventud. Pero, insisto, el presente no se supera si no existe la capacidad de imaginar el porvenir que lo trascienda. Imaginarlo es no solo un derecho de las nuevas generaciones, sino uno de sus principales deberes con el resto de la especie.

Y todo esto lo digo con franqueza en este escenario, porque la Unesco es un organismo internacional que ha merecido la confianza de los jóvenes a pesar de sus fallas y limita-

ciones. La Unesco nos inspiró fe por su visión progresista de la evolución del planeta, por su valor en la lucha contra el colonialismo y todo lo que atropelle la dignidad humana, por la abnegación de sus funcionarios y expertos, por su interés en los problemas y circunstancias de los jóvenes, por su deseo sincero de fomentar la participación de la juventud y dialogar con ella.

Quiero expresar, como funcionario, pero sobre todo como joven, mis esperanzas en la Unesco. Aquí debe reflejarse, como en ningún otro organismo internacional, la aparición de una nueva mentalidad de las clases dirigentes en todo el mundo. El fortalecimiento decidido de la Unesco

es esencial para el porvenir de los principios e ideales que dieron origen a las Naciones Unidas. Los países menos desarrollados solo podemos dar aportes financieros modestos, pero ello nos obliga más a contribuir con nuestros mejores talentos para que en la Unesco se recoja lo mejor del espíritu humano en el más noble de los esfuerzos humanos: el esfuerzo por saber más, para crear más, por investigar más para ser más conscientes y en términos de síntesis, el esfuerzo por descubrir el destino de la especie para que todas las naciones puedan alcanzarlo solidariamente.

Mil gracias.

UNA NUEVA MANERA DE HACER POLÍTICA

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

En este momento es imposible calcular las proporciones de la participación electoral en el presente año y si la abstención será mayor o menor ahora que en 1972, o en 1968, o en 1964, cuando hubo consultas similares. Tampoco se sabe qué tendencias mostrarán los electores de 18 años y si el total de jóvenes que alcanzaron a obtener cédula, será suficientemente representativo para una interpretación objetiva de lo que piensan las nuevas generaciones acerca de la política, el sistema, el gobierno, los partidos y los dirigentes políticos. Por ahora no hay otro elemento de juicio que los indicios de la campaña electoral, especialmente, los que pueden observarse en la acción proselitista de los diversos sectores que compiten

por una victoria en abril próximo.

Es evidente que los jóvenes están participando en política y ello se aprecia en cualquier gira que se realice. No se puede decir en términos relativos cuál es la proporción de su presencia, pero resulta innegable que los colombianos nacidos durante o después de la Segunda Guerra Mundial, no son indiferentes a la política y que ya hay muchos jóvenes nacidos en el gobierno de Laureano Gómez o en el de Rojas que se han presentado como candidatos a los concejos y asambleas.

En la democratización liberal la presencia de los jóvenes es real creciente. Un número elevado aspira a ingresar en las asambleas y concejos con buenas posibilidades; varios de ellos ya cuentan con experiencia muy respetable en problemas locales y regionales, algunos han trabajado

* *Nueva Frontera*, número 72, Bogotá, marzo de 1976.

en posiciones administrativas importantes en los departamentos y municipios y todos han demostrado que contemplan los asuntos públicos con criterios nuevos, esperanzas también nuevas y una perspectiva diferente de la sociedad y de la vida. Se escuchan con frecuencia, entre los jóvenes de la Democratización, oradores serios, buenos expositores, gentes que hablan con franqueza, que aplican honestamente los criterios liberales y no se acomplejan ante los “barones electorales” que abundan y sobreviven en todas las regiones. En su inmensa mayoría los nuevos políticos están conscientes de que su papel en la campaña no se puede reducir a gritar en las manifestaciones en honor del “barón” del respectivo feudo político, “cargar ladrillo” y pegar carteles, sino que es su derecho presentar su nombre para someterlo al juicio de los electores.

El Moir basa toda su fuerza y posibilidades en los universitarios. Se puede estar en desacuerdo con los “moirianos”, pero no se puede negar que tienen prosélitos con mística—casi fanáticos— y en su inmensa mayoría gente nueva.

En los dominios conservadores la presencia juvenil es real pero ostensiblemente más modesta y menos activa. En la Anapo ha disminuido notablemente y en el partido comunista las cosas con la juventud son muy diferentes de como eran hace una década.

No es fácil para la vieja guardia de los partidos, en los departamentos y municipios, aceptar y comprender

el derecho de la nueva generación a buscar poder y representación políticos. Quienes se sienten inseguros de sí mismos miran a los jóvenes con recelo y desconfianza. Al fin y al cabo la explosión de aspirantes guarda proporción con el crecimiento de la población, mientras que los puestos en las corporaciones no aumentan al mismo ritmo. La competencia para algunos es más difícil y no abundan los líderes nacionales y regionales que tengan la inteligencia para advertir que si no se rodean de gente nueva, si no confían en los políticos menores de 40 años, muy pronto serán desplazados.

A propósito de indicios sobre lo que puede suceder, desde este punto de vista, en las elecciones de abril, algunos, sinceramente no nos convencen. La nueva generación está dispersa mientras que la vieja guardia, en casi todos los departamentos, está prevenida y organizada para aplazar el acceso de nuevas gentes a la política. Los jóvenes deben comprender que el poder no se obtiene por concesión generosa del que lo posee. Sólo el pueblo puede y debe otorgarlo y solo lo hace cuando el aspirante a merecerlo se organiza debidamente. En la mayoría de las regiones —y obviamente en Bogotá— se ha seguido de cerca la acción de parejas y hasta tríos de jóvenes que luchan solidarios por ir a un concejo o una asamblea. Si bien es así como se debe comenzar, resulta indispensable pasar a grados más altos de organización de modo que se afirme, no solo la aparición de gente nueva, sino que se pruebe cómo su manera de hacer política también es nueva. Comprenderlo a tiempo,

especialmente en el partido liberal, es indispensable para que el partido defienda su credibilidad ante y entre los jóvenes, pero sobre todo, es fundamental para que la victoria que lograrán las tesis de Carlos Lleras Restrepo en las próximas elecciones tengan verdaderas y profundas consecuencias en la organización del partido, en su vida interna, en su funcionamiento y en su capacidad de movilización y orientación de los sectores populares del país. La meta de la nueva generación liberal debe ser, en 1978, que por lo menos la mitad de los parlamentarios del partido tengan menos de 40 años.

Ese será uno de los factores claves para demostrar y garantizar una profunda y perdurable renovación de las clases dirigentes del liberalismo. Tal objetivo solo se consigue saliendo a las plazas públicas y participando, sin temor a las zancadillas, en la tarea de reorganización liberal que acometerá Carlos Lleras después de la victoria de abril. En esa forma, el gobierno que presidirá Lleras Restrepo conciliará la experiencia del ilustre estadista, con el entusiasmo de por lo menos un centenar de parlamentarios liberales jóvenes en torno de su política y su administración.

LOS PRIVILEGIOS DE COLOMBIA

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

El Nuevo Liberalismo resume en cuatro puntos fundamentales su programa político: primero, defensa de la soberanía nacional; segundo, conquista y fortalecimiento de la identidad cultural de los colombianos; tercero, lucha contra los privilegios existentes en nuestra sociedad y cuarto, diseño de una nueva estrategia para lograr el crecimiento económico y la transformación social. Si se nos preguntara cuál es el punto que nos vincula a la historia de las ideas liberales en Colombia, responderíamos que es la lucha contra el privilegio. Todo el pasado del liberalismo en Colombia se explica en torno de esa idea y ahora, cuando algunos sectores del área liberal se ocupan de la tarea de definir las nuevas tareas del partido,

basta contemplar la sociedad para establecer, sin mayores misterios, qué es lo que debe hacer el Nuevo Liberalismo en las dos próximas décadas.

¿Cuáles son los privilegios de nuestra época? Aun cuando resulte doloroso decirlo, tenemos una sociedad en la cual los derechos humanos se han convertido en privilegios y tales derechos solo se obtienen, entre nosotros, si se nace en una cuna especial o dentro de una clase social alta o media alta. El privilegio en Colombia comienza por el derecho al desarrollo de un cerebro normal que, a su vez, depende de la nutrición. El niño que no recibió la cantidad adecuada de proteínas en sus primeros años de vida, no podrá lograr una buena capacidad intelectual y a partir de su infancia será discriminado por esa desventaja. Los programas de

* *Nueva Frontera*, número 340, Bogotá, 13 de julio de 1981.

alimentos en Colombia, para atender las necesidades de la población infantil y de las madres lactantes, tienen que convertirse en el asunto de mayor interés para el Estado, por encima de cualquier otro gasto o inversión públicos. De lo contrario el futuro de la Nación será estrecho y subalterno. Los colombianos del siglo XXI ya empezaron a nacer y su desempeño, en la tremenda competencia intelectual que les espera dentro de la sociedad de información, dependerá fundamentalmente del desarrollo normal de su cerebro y por lo mismo de su adecuada nutrición.

El segundo privilegio en nuestra sociedad es el de la salud. Está reservado a quienes gozan de condiciones ambientales sanas porque al menos tienen agua potable y a quienes pueden recibir atención médica adecuada porque están inscritos en los servicios de seguridad social o pueden pagar la medicina privada. Cerca de la mitad de los municipios del país carece de agua potable; ésta es la principal causa de las enfermedades parasitarias y gastrointestinales que diezman a la población infantil. Naturalmente el problema se localiza, en las clases populares y, en los sectores campesinos desprovistos de este elemental servicio público. En cuanto a la cobertura de los servicios de salud es suficiente acercarse a cualquiera de los servicios seccionales para verificar la mediocridad del sistema nacional de salud.

El tercer privilegio es el del acceso al conocimiento que, a pesar de los progresos en la democratización educativa logrados en los

últimos lustros, sigue reservado a las minorías y constituye otro factor de discriminación entre los colombianos, lo cual acentúa la riqueza de unos pocos y la pobreza de la mayoría. La escolaridad promedio de la población nacional apenas supera los cuatro años de estudio, un índice muy modesto pues ya es evidente, en el mundo que ningún ser humano puede adaptarse fácilmente a las realidades de nuestra época si no tiene al menos nueve años de educación básica. El privilegio se agudiza al comparar las oportunidades de la educación rural con las de la zona urbana pues un campesino promedio no alcanza a realizar un año y medio de estudio. Colombia tiene que conseguir una organización social en la que se asegure la meta de nueve años de educación básica, gratuita y obligatoria para todos sus habitantes. Mientras ello no sea posible, nuestra sociedad será desigual, discriminatoria e injusta.

El cuarto privilegio que presenta nuestra nación es el de lograr empleo, un trabajo que permita una vida decorosa, especialmente si se trata de una persona menor de 25 años de edad. Casi se puede decir que la mitad de los jóvenes de esa edad o están totalmente desocupados o se hallan subempleados. Nos espera, en el primer quinquenio de los años ochenta, un período especialmente difícil desde el punto de vista del desempleo de los jóvenes; sin embargo, en ninguna parte se aprecia la más leve preocupación gubernamental por el problema. Ahora sí que será un verdadero privilegio entre la juventud colombiana tener posibilidad de trabajar al llegar a los

16 años o al salir de las aulas, y ello sucede en un país que cuenta con importantes ventajas económicas comparativas en relación con el resto de América Latina por su potencial agropecuario y su extraordinaria canasta de recursos energéticos. Un privilegio concomitante es el de estar sindicalizado y contar con la protección efectiva de la legislación laboral.

El quinto privilegio, vinculado notoriamente con el anterior, es el de la propiedad de la tierra en las zonas rurales. En el país se impusieron los adversarios de toda política de reformas al sistema de tenencia de tierra. Predominó una mentalidad miope y egoísta. El latifundio, en ciertas zonas, sigue siendo muy alto y aun cuando centenares de miles de campesinos sin tierra se marcharon a los tugurios urbanos, la población absoluta en nuestras zonas rurales ha crecido sin que haya programa alguno de distribución de tierras que signifique algo distinto de la simple titulación de predios o de baldíos. La experiencia salvadoreña debería suscitar ciertas reflexiones. Allí tampoco querían la transformación del régimen de tenencia. Cuando la presión popular los obligó, hicieron expropiaciones radicales pero ya fue tarde y los resultados están a la vista. Los problemas de orden público en nuestro país tienen causas agrarias que siguen sin soluciones y respuestas efectivas.

El sexto privilegio es el de la vivienda. Por lo menos 800.000 hogares colombianos no tienen vivienda y el doble o el triple de esa cifra carece de vivienda adecuada. Las

clases medias ya virtualmente han renunciado a la lucha por la casa propia porque la especulación con la tierra urbana volvió inaccesibles los precios de los más modestos apartamentos o las casitas más sencillas. Quien no tuvo la suerte de adquirir vivienda antes de los primeros años del decenio pasado, difícilmente podrá lograrlo ahora. Se necesita una intervención eficaz y enérgica del Estado en el precio de la tierra urbana; mediante la adquisición estatal de los terrenos de potencial crecimiento de las ciudades. Es preciso establecer bancos de tierras o instituciones similares que permitan controlar el precio del suelo en las veinte principales ciudades del país, de lo contrario no habrá ninguna posibilidad de realizar una verdadera política de vivienda popular que permita cambiar las condiciones actuales del conflicto.

La realidad jurídica y los problemas fundamentales de la familia colombiana constituyen el séptimo escenario del privilegio en nuestra sociedad. A pesar de todos los esfuerzos cumplidos por el Estado en los últimos lustros, las madres y los hijos siguen sin protección eficaz. El divorcio y el aborto son privilegios igualmente subordinados a la capacidad económica de las personas. La educación sexual también es un derecho restringido en nuestro país y la mayoría de la población sufre por frustraciones y problemas de este orden por la escasa información sobre la materia.

La seguridad en la vejez es el octavo privilegio social en Colombia. Las personas de edad que cuentan

con protección económica y médica en esa compleja época de la vida representan una ínfima minoría. El panorama en esta década y en la próxima no puede ser más sombrío. Todos los balances indican que el Instituto de Seguros Sociales no podrá cumplir con las pensiones de jubilación a su cargo en 1985 y en las Cajas de Previsión Social la situación no es muy diferente. Las jubilaciones se han convertido en otro privilegio y si faltaran pruebas para ello, basta observar los casos de las jubilaciones fantásticas de altas personalidades de la justicia colombiana para apreciar la gravedad del problema. Las perspectivas en el decenio de los noventa, para los futuros jubilados son muy serias. El millón y medio de personas mayores de 50 años de edad que registran las estadísticas actuales, se convertirá en cinco millones en tan breve plazo. Esta nueva composición de edades de la población nacional tendrá profundas repercusiones en la sociedad colombiana y agravará los problemas que hoy afrontan, indefensos, los compatriotas que se encuentran en la tercera edad. La vejez segura es hoy un privilegio. Los indicios sobre el mañana son alarmantes. En el año 2000, la seguridad económica y la salud para las personas de mayor edad puede ser una utopía.

Los privilegios institucionales

A los privilegios anteriormente enunciados, los cuales reflejan realidades humanas, es decir, la dura condición del hombre colombiano en relación con sus derechos y necesidades fundamentales, se agrega otro tipo de privilegios, los que podrían

denominarse privilegios institucionales como el de participar en el proceso de toma de decisiones en el manejo de los asuntos públicos; la posibilidad de participar en la administración pública; el derecho a que se imparta justicia; el derecho a estar informado etcétera. En Colombia estas son otras formas de privilegio. Las decisiones sobre el gobierno del país no solo están en manos de muy pocas personas sino que ya casi se puede hablar del privilegio del voto en una Nación donde no participa en las elecciones casi el 60 por ciento de las personas con derecho al sufragio y donde, además, quienes lo hacen, en una elevada proporción no votan libremente.

El segundo privilegio institucional es el de tener acceso a los cargos de la administración pública. Aun cuando todos tenemos la obligación de pagar impuestos y de ello no se escapa nadie pues hasta el más humilde compatriota paga impuestos indirectos, esto no significa que todo colombiano tenga derecho a ingresar a un cargo público. Tales empleos están reservados a quien forma parte de las clientelas políticas y ha hecho acto de fe y sumisión al gobierno. Por esa razón, millones de colombianos están proscritos de la administración estatal y así lo proclaman ya, sin rubor alguno, los parlamentarios de todos los pelambres y partidos que todos los días se reparten en los ministerios, en los establecimientos públicos y en las gobernaciones los empleos oficiales que pagamos todos los colombianos con los impuestos, las contribuciones y las tarifas de los servicios públicos que están a nuestro cargo.

La posibilidad de acudir a la justicia es otro privilegio institucional. Es el tercero en este otro capítulo de los privilegios en Colombia. Quien tiene dinero puede esperar, hasta cierto punto, pronta y cumplida justicia. Quien carece de recursos económicos está perdido. La justicia es lenta para la mayoría de los colombianos. La gente no conoce sus derechos y desconfía de todo lo que tiene que pasar por los estrados judiciales.

El cuarto privilegio institucional es el de la información que también permanece reservada en poder de las minorías por múltiples motivos, a veces por razones educativas y a veces, también, por problemas especiales como la manipulación de los grandes medios de comunicación.

Al liberalismo, si quiere sobrevivir, si desea mantener su identidad histórica, le corresponde luchar contra estos privilegios y contra muchísimos otros que convendría enumerar en otra ocasión. Como el acceso al crédito, la propiedad de los medios de producción y el control de las principales fuentes de poder político, económico y social. Infortunadamente nos hallamos desde hace varios años en una encrucijada política en la cual el Partido Liberal está aliado con los privilegios de Colombia y en tales condiciones no puede continuar sus luchas fundamentales. Estos grupos privilegiados no se hallan tan solo en el conser-

vatismo; en el propio Partido Liberal existe una influencia creciente de tales intereses y grupos, hasta el punto de haberse convertido cada vez más en un partido de centro derecha. Decir que el liberalismo es el partido de los humildes y de los débiles es algo que debe concretarse para ir más allá de las simples declaraciones que se producen de vez en cuando por motivos electorales. Es preciso definir, en términos exactos, la causa de los humildes en estos momentos, para colocar todo el peso político del Partido Liberal a favor de sus necesidades. De lo contrario no será sincera la conducta de los líderes y voceros del liberalismo y esto quedará en evidencia tarde o temprano. Los pueblos, siempre se ha dicho, están dispuestos a soportar sacrificios y restricciones en aras de bien nacional. Lo que no acepta un pueblo digno y libre es que tales sacrificios no se repartan por igual y que mientras la mayoría de los colombianos afronta precarias condiciones de vida, los grupos minoritarios vivan en la opulencia y el derroche. Estamos en una época en la cual se agudizan los contrastes y los privilegios se han vuelto irritantes. Si el liberalismo no lucha por convertir en derecho de todos lo que hoy es privilegio de algunos perderá su razón de ser y desaparecerá como fuerza política decisoria y de nada servirá la cantidad de cargos públicos que controlen sus jefes regionales.

"SE ACERCA LA HORA DEL CAMBIO..."

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

Con respeto, admiración y gratitud nos acercamos hoy a este lugar que fue escenario hace doscientos años del holocausto de José Antonio Galán, Isidro Molina, Lorenzo Alcantuz y Manuel Ortiz. Fueron los primeros sacrificados por defender a su pueblo de la arbitrariedad y el despotismo y su martirio constituyó principio y raíz de nuestra historia. De ahí que sean los verdaderos precursores de la independencia nacional y la expresión más auténtica de nuestro pueblo. Como precursores iniciaron la lucha contra la injusticia y la opresión y defendieron con valor la dignidad humana.

Un campesino altivo, un artesano laborioso y dos exponentes de la clase media inconforme y progresista, formaron, desde entonces, el cuadrilátero sobre el cual descansan las bases de nuestro progreso y devenir histórico y las raíces profundas del alma nacional. Verdaderos varones de entereza y coraje, no claudicaron nunca en la defensa de sus ideales de justicia y de cambio.

En esa época la injusticia tenía el nombre de servidumbre, esclavitud, impuestos agobiadores, alcabalas y pechos, discriminación contra los criollos, prepotencia de los peninsulares, explotación de los de arriba y pobreza y miseria de los de abajo.

* *Nueva Frontera*, número 368, Bogotá, 1° de febrero de 1982. Palabras pronunciadas en la Plaza de Bolívar de Bogotá, luego de la "marcha comunera" con la cual el Nuevo Liberalismo rindió homenaje a José Antonio Galán y a sus compañeros ejecutados el 1° de febrero de 1782.

El despotismo lo representaban el Regente visitador, sus guardas y alcabaleros, junto con los oidores, gobernadores, alcaldes y demás autoridades del imperio español.

Se había arrebatado a los indios sus tierras y resguardos para reducirlos a la servidumbre de los encomenderos y terratenientes. Se esquilmaaba el fruto de su trabajo al agricultor, al artesano y al comerciante, con diezmos y exenciones, mientras que el negro esclavo, el mulato y el zambo padecían las cadenas y sufrían la humillación. Sólo el burgués criollo y el chapetón engreído compartían los gajes de la explotación reinante y por eso estaban siempre de acuerdo con el sistema y con el déspota de turno.

Pero un día la cigarrera altiva del Socorro inició la insurgencia y el pueblo oprimido se levantó como un solo hombre, arrollando y abatiendo con la fuerza de su presencia y de su número la soberbia de un imperio que se creía invencible.

El pueblo se desbordó como un río por todos los caminos, veredas y poblados a reclamar sus derechos y a imponer la justicia de su causa. Infortunadamente no supo escoger a sus voceros y capitanes; confió ingenuamente en éstos y en las promesas de unas autoridades que utilizaron el engaño y apelaron a los ritos sagrados para encubrir su tradición.

Solo un capitán salido de la entraña fecunda del pueblo, José Antonio Galán, se irguió altivo para denunciar el engaño y descubrir la traición. En dos meses de lucha demostró dónde estaban los verdaderos enemigos de sus gentes y cuáles debían ser las estrategias y las metas económicas y sociales para conseguir el cambio que buscaban.

Por eso, con Galán, el motín y el alzamiento se transforman en revo-

lución y el grito de combate cambia de táctica. ¡Viva Túpac Amaru y muera el mal gobierno!, fue la nueva consigna que le sirvió de bandera para levantar a los pueblos oprimidos por el despotismo.

Su iniciativa de liberar a los esclavos; su defensa del mestizo, del mulato, del zambo y el cuarterón; el nombramiento de capitanes de extracción popular en todos pueblos por donde pasó durante su campaña admirable y desdén con que trató después de las Capitulaciones a los Capitanes que entregaron el movimiento, más que la rebeldía contra los impuestos y las autoridades españolas, fueron la causa para que se desatara contra él la furia de los poderosos intereses amenazados por su lucha revolucionaria y para que se decretara su prisión y su muerte junto con la de sus compañeros que lo siguieron hasta el cadalso, siete meses antes de que se dictara la inicua y bárbara sentencia y de que se consumara su último suplicio en esta plaza, escenario de nuestros grandes hechos históricos.

Han pasado 200 años de lucha popular desde ese entonces y todavía las metas de cambio capaces de integrar nuestra nacionalidad no se han conseguido. Por eso continúa la injusticia devorando o aniquilando el fruto del trabajo honrado, y su nombre se llama ahora especulación, tráfico de influencias, explotación del hombre, clientelismo, inflación. Los impuestos son ahora más agobiantes y numerosos que en la época colonial y el despotismo y la corrupción de los nuevos alcahaleros más irritantes. Los nuevos déspotas se ponen ahora la máscara democrática y el engaño y la falsía

se han vuelto la moneda de los que detentan el poder para usufructuarlo en provecho propio y no para servir a su pueblo.

La corrupción en todas sus formas está destruyendo la moral y la dignidad, y la ineficiencia y el abuso de los funcionarios hacen aún más amarga la miseria del pueblo. Estamos llegando al fondo del oprobio y de la desvergüenza, y por eso los poderosos creen con arrogancia que pueden continuar abusando sin límites de la paciencia y de la dignidad de un pueblo como el nuestro.

Empero, no será así por mucho tiempo. La hora del cambio se acerca y las condiciones sociales y económicas de la coyuntura actual están maduras para la insurgencia y la rebeldía civil. Por eso, como decía Kennedy y lo advertimos nosotros, "los que hacen imposible la revolución pacífica, harán inevitable la revolución violenta...".

En este día, el mejor homenaje que podemos rendir a estos protomártires de la Patria es continuar con valor y con fe la obra renovadora que ellos iniciaron, para lograr el cambio social, moral y político que el país requiere con urgencia, si queremos conservar y fortalecer nuestra unidad como nación y realizar un destino histórico de significación y mérito.

La justicia, como la libertad y la vida, hay necesidad de conquistarlas todos los días, para que se afiancen y puedan dar sus frutos de paz y plenitud. La lucha por estos ideales no termina nunca, porque en esencia dichos bienes constituyen la íntima y constante aspiración de nuestro ser.

Hace pocas horas he firmado en la Registraduría Nacional del Estado Civil, la inscripción de mi candidatura a la Presidencia de la República para el período de 1982-1986. La fecha escogida para hacer este acto tiene inmenso significado en estos momentos porque corresponde a la naturaleza de nuestros ideales y ratifica la trascendencia de mi compromiso ante el pueblo colombiano. No claudicaré en la defensa de esta inmensa responsabilidad, porque me siento guiado y respaldado en mi actitud por el ejemplo de los primeros mártires de la historia nacional.

En la misma plaza del sacrificio de José Antonio Galán y sus compañeros, invoco su memoria para demostrar que su holocausto no fue vano y que dos siglos más tarde, cuando han pasado ocho generaciones desde la época de la revolución comunera, sus ideales están vigentes y en las circunstancias especiales de nuestro tiempo representan para el pueblo de Colombia la primera y decisiva expresión histórica de la conciencia colectiva.

A pocos metros del lugar donde fue descuartizado el cuerpo de José Antonio Galán, en mi condición de candidato a la Presidencia de la República prometo a los colombianos que seré leal a los ideales del pueblo y que lucharé por ellos con devoción y sinceridad todo el tiempo que sea necesario para transformar la vida de los oprimidos, alcanzar la paz y la libertad para mis compatriotas y rescatar la fe colectiva en un destino superior y trascendente para toda la Nación.

INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

La situación actual de Colombia y sus perspectivas deben ser analizadas a partir de las circunstancias en que se halla América Latina. Colombia, como toda América Latina, vive la crisis generada por un cambio de estructuras. Es necesario, entonces, comprender las dimensiones de esta crisis histórica para que podamos identificar el destino de la Nación, los objetivos que deben aglutinarnos y las estrategias que debemos seguir los colombianos durante los próximos años.

Desde el descubrimiento, hace cinco siglos, en América Latina solo han tenido lugar dos cambios estructurales. El primero fue la con-

solidación de los imperios coloniales de España y Portugal, entre 1500 y 1650, y el segundo, el nacimiento de las repúblicas latinoamericanas al producirse su independencia durante el siglo XIX. Cada uno de estos cambios estructurales fue el fruto de factores internacionales, intereses económicos, motivaciones ideológicas y descubrimientos científicos y tecnológicos; cada uno comprometió los esfuerzos de tres o cuatro generaciones y culminó después de dolorosos enfrentamientos y terribles episodios de violencia, que afectaron inmensos territorios e involucraron a todos los sectores sociales. Los cambios estructurales son aquellos que determinan la transformación de la conciencia colectiva; cuando tienen lugar todo se modifica: los sistemas productivos, las formas de organización social y económica, los objetivos y procedimientos políticos, las instituciones,

* Discurso en la X Convocatoria Nacional del Nuevo Liberalismo, julio 14 de 1987, en **Encuentro Latinoamericano por la Democracia y la Integración**, Fundación Luis Carlos Galán Sarmiento, Bogotá, 1991.

las conductas y los valores de los pueblos. Los cambios estructurales no se producen repentinamente: en verdad, son desesperadamente lentos. Tampoco los realizan pocos hombres, pues son el resultado de profundas evoluciones sociales que a veces afloran en la superficie con especial dramatismo; en realidad, se han ido gestando por la suma de numerosos elementos y la acción de millones de protagonistas durante muchos años.

El tercer cambio estructural

El tercer cambio estructural en nuestro país y en nuestra región está en curso desde hace varios decenios, por lo menos desde la crisis de 1929. Se trata de la modernización de América Latina. La modernización tiene por objeto convertir nuestros pueblos en sociedades justas e integradas, en las que se garanticen los derechos fundamentales a toda la población y se coordinen los países para asegurar la presencia digna e independiente de América Latina en la civilización moderna.

A lo largo del siglo, especialmente durante los últimos cuarenta años, en toda América Latina se han presentado profundas conmociones que solo pueden ser comprendidas en la medida en que se les reconozca como expresiones del gigantesco y prolongado cambio estructural que vivimos.

Las dos guerras mundiales del presente siglo modificaron las estructuras de la mayor parte de las naciones del globo. En algunos casos, porque esos países fueron

los protagonistas y los escenarios de tales conflagraciones. En otros, porque la guerra desintegró imperios centenarios y generó nuevos poderes en el planeta. América Latina no puede escaparse de esta evolución mundial. Ningún país latinoamericano podrá resolver aislado del hemisferio y por su propia cuenta las contradicciones políticas, sociales y económicas de nuestro tiempo. Dentro de las peculiaridades de cada país las crisis son fundamentalmente similares. Desempleo, narcotráfico, miseria, deuda externa, explotación, desigualdades sociales, especulación, feudalismo, latifundio y desnutrición son problemas comunes a todos los países latinoamericanos.

Esta lista demuestra que los nubarrones y las tempestades son inevitables. Vivimos y viviremos profundas conmociones, y la situación latinoamericana será más compleja de lo que podemos imaginar en estos momentos. Sería más grato pronosticar soluciones fáciles y rápidas, pero ello no es posible: la vía de la modernización es dolorosa y difícil; el cambio se merece, nunca es gratuito.

América Latina no puede esperar que su redención provenga de la ayuda de alguna potencia extranjera, ni antigua ni nueva en su influencia dentro de la región. Nuestra transformación y nuestro progreso son metas que solo pueden obtenerse gracias a nuestros propios esfuerzos y nuestra capacidad para organizarnos políticamente y para darle otro rumbo a nuestras economías.

El cambio pacífico es lo ideal, pero no podemos ignorar la naturaleza

humana ni la impaciencia de quienes quieren cambiarlo todo de la noche a la mañana, ni la sordera de quienes piensan que pueden continuar apertrechados en los privilegios como si no fueran el resultado de graves y seculares injusticias. Es preciso templar el espíritu para sortear serenamente innumerables horas de prueba.

Un demócrata auténtico no quiere la violencia, pero tampoco puede aceptar cruzado de brazos que las fuerzas extremas promuevan la anarquía e impongan su voluntad por medio de las armas. Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para conseguir que el cambio pacífico sea posible, pero no podemos ser sorprendidos inermes por quienes sólo creen en el cambio por medio de la violencia o por quienes acuden también a la violencia para obstaculizar o impedir las transformaciones sociales.

Lo que hoy afecta a Centroamérica, mañana puede extenderse al resto de América Latina. Esto es lo que quieren los extremistas, sin reparar en el holocausto colectivo que podrían generar y, sobre todo, sin admitir honestamente que todas las opciones totalitarias de izquierda o derecha significarían nuevas y sucesivas catástrofes para América Latina.

No al extremismo de izquierda o derecha

El peligro mayor está en la polarización que empezó a manifestarse en Colombia durante los últimos años. El extremismo aumenta los sacrificios en el proceso de cambio

y hace más costosas las transformaciones, siendo incapaz de orientarlas y concretarlas. El extremismo, si no logramos contenerlo donde quiera que se manifieste, condenaría a los colombianos a poner los muertos, mientras serían las superpotencias quienes decidirían el destino de nuestros países.

El fascismo fue vencido por los aliados en la Segunda Guerra Mundial, pero en América Latina no ha desaparecido. Aquí sobrevivieron peligrosas versiones, que han ejercido excesivo y prolongado influjo en los gobiernos del hemisferio durante las últimas décadas.

En cuanto al comunismo totalitario, carece por completo de sentido creer que allí está la salida para nuestros pueblos. Los grandes procesos de renovación en la Unión Soviética y la modernización en China indican que las viejas doctrinas comunistas ortodoxas han fracasado. Todos los países que se inspiraron en la ideología marxista-leninista conocen ahora sus limitaciones ideológicas y prácticas. La burocratización, el centralismo autoritario, la corrupción, el despotismo, la inercia, los métodos caducos, el anquilosamiento, los ánimos parasitarios, el servilismo y la adulación son problemas que se presentan en todos los sistemas políticos, pero son más difíciles de resolver en el sistema comunista donde se ahoga la crítica y sólo existe la verdad oficial.

La propuesta política

En medio de este cuadro latinoamericano, y con los elementos

internos de nuestra crisis que todos conocemos, cabe preguntarnos: ¿cuáles deben ser los objetivos políticos de Colombia y cómo podremos alcanzarlos?

La política que propongo será la que armonice la democracia, la seguridad y el desarrollo. Esta trilogía de valores es indispensable para aglutinar las fuerzas y reconstruir el consenso nacional.

La democracia

El ideal de la democracia ha inspirado seis o siete generaciones desde el nacimiento de la República; sin embargo, falta mucho para que sea una realidad en nuestro país. Por lo menos la mitad de la población colombiana no tiene vínculo alguno, ni siquiera el más remoto, con el sistema de gobierno. Siete u ocho millones de colombianos continúan sin acceso al proceso electoral y están al margen de los partidos y las organizaciones políticas. Viven en la miseria, como si pertenecieran a otra Nación, y sus posibilidades de participación en nuestro sistema político han sido prácticamente nulas. Tampoco creen en la violencia y no se identifican con los grupos extremistas, ni por sus objetivos inciertos ni por sus procedimientos criminales.

¿Están los partidos políticos colombianos y todas las demás fuerzas, incluida la nuestra, en condiciones de vincular a esta media Colombia en un proceso de participación política y económica? Yo no creo que un solo partido, por importante que sea, lo pueda lograr, y pienso que tampoco

es posible esperar que la resurrección de los esquemas simplemente bipartidistas pudiera conseguirlo. Si bien los partidos políticos son instrumentos necesarios para organizar la voluntad colectiva dentro de un sistema democrático, su labor ha sido suficiente para superar los vicios y corruptelas tantas veces denunciadas ante los graves problemas que aquejan a la Nación. Se necesitan proyecciones patrióticas que vayan más allá de los partidos, para que la democracia registre un progreso real y se multipliquen los procesos de participación, no solo por identificaciones partidistas sino por la movilización de todas las fuerzas sociales.

La democracia local

La democracia colombiana necesita instituciones nuevas para expresarse y para conseguir un nivel de desarrollo más alto y auténtico. Las nuevas instituciones municipales, que establecen la elección popular de alcaldes y le dieron una dimensión concreta a la descentralización fiscal, deben consolidarse en 1988. Si bien es legítimo que cada fuerza política aspire a lograr los mejores resultados en tales elecciones, lo más importante es conseguir una gigantesca, consciente y pacífica movilización de los colombianos para elegir los mejores alcaldes por su honestidad y capacidad. La democracia local es el primer paso de una nueva época en la democracia colombiana. A través de ella se modernizará y se transformará el liderazgo local, de modo que el poder en los municipios no se ejerza en forma abusiva. A partir de ahora

se formará una nueva generación de dirigentes de la comunidad, cuya experiencia tendrá como punto de partida los escenarios municipales. Antes de que termine el siglo, el Congreso Nacional estará integrado en su inmensa mayoría por líderes políticos que habrán pasado por experiencias concretas como alcaldes y concejales, lo cual significará mayor conocimiento de los problemas básicos de la población y, por consiguiente, mejores posibilidades de modernización política.

La elección de alcaldes

Es muy importante que en el año próximo Colombia realice las elecciones más participantes de su historia. No sólo porque ello demostrará progreso cuantitativo y cualitativo de la democracia, sino porque cada colombiano tendrá la oportunidad de expresar con su voto, cualquiera que sea su preferencia política, que confía en la solución pacífica de los problemas nacionales, que apoya el sistema democrático y que repudia los procedimientos extremistas y todas las manifestaciones de barbarie.

Llamamiento a la juventud

Para que progrese la democracia es fundamental convocar a la juventud, a los colombianos que nacieron durante el Frente Nacional, quienes representan la abrumadora mayoría de la población y son los llamados a generar las energías renovadoras más importantes en esta etapa crucial de Colombia. Siempre he creído que el punto clave de la crisis, como causa y como solución, está en la juventud. Son los jóvenes que no

llegan a 25 años de edad las primeras víctimas de las actuales contradicciones sociales. El desempleo es mayor en esa edad que en cualquier otra. Los soldados, los guerrilleros y los propios delincuentes que perecen en este angustioso baño de sangre son también jóvenes. Así mismo son jóvenes los que trafican con droga y quienes la consumen. Un programa especial para la juventud se justifica no sólo para apoyar su integración a la sociedad, sino para hacerle frente a esta explosiva realidad demográfica en virtud de la cual 7 millones de colombianos tienen entre 14 y 25 años de edad.

Los jóvenes deben ejercer sus derechos políticos con decisión e idealismo. Deben organizarse para ir a los cabildos a iniciar el aprendizaje en el servicio público y, entre ellos, centenares de profesionales pueden ser alcaldes que impriman energía a la conducción de municipios estancados que agonizaban sin esperanza.

Es la juventud quien puede infundirle un nuevo espíritu a Colombia, y yo espero que lo haga a través de estas nuevas instituciones, sin reparar en las preferencias políticas que quiera favorecer.

Si bien me dirijo de manera especial a los más jóvenes, pienso que las nuevas generaciones en su conjunto deben asumir la conducción de la Nación en lo público y en lo privado. Lo deben hacer por su energía potencial, por su capacidad de innovación y su disponibilidad para asumir los riesgos propios del cambio. El compromiso de las nuevas generaciones es el futuro

y no el pasado. Mi generación, por ejemplo, se aproxima a la hora de su mayor responsabilidad. Será en el próximo decenio cuando afronte su principal reto, pero lo vivido en los años ochenta ha sido fundamental en su formación y su madurez. Empezamos en el lugar a donde llegaron las generaciones anteriores, cuyos esfuerzos respetamos, pero tenemos el deber de realizar en los próximos 15 ó 20 años lo que antes se hacía en 40 ó 50, porque ese es el ritmo de nuestro tiempo y esa es la única manera de recuperar siquiera una parte de la ventaja colosal que nos han tomado los pueblos desarrollados del planeta.

Los valores de la democracia

Construir la democracia es no sólo un problema político y jurídico. Siempre he creído que es un problema de conciencia, una cuestión fundamentalmente cultural relacionada con los valores, los hábitos y el comportamiento cotidiano.

No hay democracia si no se entiende la Nación como una misión colectiva, un compromiso de todos, en donde cada cual tiene una tarea y una responsabilidad. Tampoco la hay si no sabemos colocar primero la lealtad a la Nación y luego la lealtad al partido o a la organización política o social de nuestras simpatías.

La democracia funciona si hay voluntad de vivir en conjunto y disposición a encontrar una armonía en medio de las diferencias naturales entre los seres humanos. La democracia sobrevive si una Nación logra identificar un fin colectivo que nos interprete a todos y no a sectores privilegiados. Los derechos

de la democracia sólo existen si se cumplen las responsabilidades de los demócratas: esfuerzo personal, disciplina individual y colectiva, laboriosidad y solidaridad.

No podemos esperar que los demás pueblos nos respeten si antes no nos respetamos entre nosotros mismos. Es necesario alcanzar la unidad interna de la Nación para que podamos recuperar un estado de ánimo positivo y la fe indispensable para sortear todas las dificultades que plantea el actual proceso de cambios estructurales. Para merecer la paz siempre será necesario insistir en valores como la honradez, el respeto a la autoridad y a las leyes, la vida modesta y sencilla en armonía con la realidad económica colectiva. También es preciso demandar que quienes encarnan la autoridad, custodian las leyes y representan a las instituciones en las tres ramas del poder público se hagan merecedores del respeto y del acatamiento por la responsabilidad con que adelantan su trabajo y la pulcritud de su comportamiento.

Los derechos humanos

La democracia está indisolublemente ligada a los derechos humanos como mandato de la civilización y como respeto a la especie y dignidad humanas. El mandato de los derechos humanos es universal y obliga a todos los hombres por igual, al margen del poder que tengan en sus manos o de la causa que representen. Todo indica que la "guerra sucia" continúa y crece en nuestro país. No sólo es bárbara porque ultraja la dignidad humana sino que favorece las cadenas inter-

minables de venganzas. La guerra sucia es la tentación de quienes se desesperan en este doloroso conflicto, pero es el camino directo a la destrucción del Estado de Derecho y, por consiguiente, a la repetición multiplicada de tragedias como la que vivió Colombia a mediados del siglo y que ya condujo a la muerte a centenares de miles de compatriotas.

La seguridad

La seguridad es el segundo elemento indispensable de la trilogía que propongo, porque no puede haber democracia sin seguridad del Estado y de los individuos. El punto de partida de la seguridad es la justicia. Este es hoy el primer problema de la Nación, porque no solo amenaza su estabilidad sino su propia supervivencia. Este es otro tema que solo puede ser afrontado con espíritu y procedimientos que deben proyectarse más allá de los partidos. Para reconstruir la justicia colombiana necesitamos obrar bajo la coordinación del gobierno, en acuerdo y comunión que comprometa a todos los colombianos con la misma solidaridad que se necesita cuando se intenta un salvamento en medio de una catástrofe. Pienso que las reflexiones sobre el Estado de Derecho y las iniciativas del expresidente Carlos Lleras Restrepo, así como lo propuesto por el expresidente Alfonso López Michelsen hace diez años sobre las mismas materias, son puntos de referencia indispensables para reorganizar la rama jurisdiccional y ponerle fin a la impunidad que asfixia a Colombia. Los líderes del conservatismo han expresado su disposición a cooperar en fórmulas concretas frente a este

problema prioritario, y las diversas fuerzas políticas tenemos el deber de consagrarle la máxima atención al inmediato futuro. Si bien la recuperación de la justicia no depende únicamente de la legislación y del aparato judicial, en todo caso es evidente que ambos se encuentran en grave descomposición porque los jueces están amenazados, las normas son incompletas, la ciudadanía tiene miedo a comprometerse en los testimonios contra los delincuentes y los órganos de seguridad del Estado presentan deficiencias técnicas, presupuestales, y, en algunos casos, alcanzan a ser contaminados por la crisis moral que agobia a la Nación.

Colombia y Venezuela

La seguridad de Colombia tiene especial relación con diversos problemas latinoamericanos, frente a los cuales se requiere una política exterior compartida por todos los sectores y ejecutada con la participación de las diversas fuerzas políticas. Nada es más fácil, pero a la vez más irresponsable, que fomentar recelos entre Colombia y Venezuela. Quienes aquí y allá tenemos algún tipo de representación política, debemos superar la retórica de la fraternidad para multiplicar vínculos entre dos países cuyos destinos están indisolublemente interrelacionados. El presidente Barco tiene el respaldo de todos los colombianos en los esfuerzos que adelanta para evitar que el litigio fronterizo siga causando tanto daño a la coordinación de programas y proyectos de interés vital para los dos países. Sé que los líderes más representativos de Venezuela tienen conciencia de la importancia de la amistad entre las

naciones. Ellos y nosotros tenemos el deber de fortalecer esa amistad, y la responsabilidad de buscar fórmulas y procedimientos para que el litigio se resuelva en forma justa y clara para los dos países. En cualquier hipótesis no puede haber circunstancia más lamentable y mediocre que este empantanamiento de las relaciones por la irritación prolongada de un problema, que es importante pero jamás tanto como para haber perturbado durante los últimos 25 años estas relaciones fundamentales en una de las épocas más trascendentales para la vida de Colombia y Venezuela.

Las Fuerzas Armadas

La seguridad del Estado y de todos los colombianos depende de las Fuerzas Armadas. Ellas tienen una inmensa responsabilidad ante el pueblo y merecen la solidaridad de la Nación, cuya libertad y tranquilidad depende de su buena organización, de su dotación adecuada y de su desempeño eficiente. No son ni pueden ser un poder paralelo de las autoridades civiles, pero su fortaleza física, psicológica y moral es condición indispensable para la seguridad de los colombianos. El apoyo a las Fuerzas Armadas y la defensa de los principios que deben inspirarlas y limitarlas en el uso de la fuerza también son puntos fundamentales de la vida nacional, que en este momento deben ser entendidos con criterio patriótico que trascienda los intereses exclusivos de los partidos.

El desarrollo y sus retos

La trilogía de la política que propongo se complementa con el desa-

rollo no limitado a lo económico sino a la plenitud de los recursos materiales y espirituales de la Nación. No es esta una tarea exclusiva de un gobierno, de un partido y ni siquiera de una generación. Necesitamos que la Nación consagre sus energías a modernizar la economía con la alta tecnología que nos permita conquistar una posición competitiva en la economía internacional con productos distintos de los tradicionales y los del sector primario.

Quien mire atrás los últimos treinta o cuarenta años reconocerá que el avance material ha sido importante, pero no basta: ahora tenemos que hacer, tan sólo en lo que resta de este siglo, algo semejante o mayor. La población de Colombia crecerá alrededor de ocho millones de personas en lo que resta del siglo, y además en este plazo los colombianos debemos triunfar en la lucha contra la miseria, como lo propusimos desde hace ocho años, o lo que es igual, la lucha contra la pobreza absoluta, como lo denomina el presidente Barco. La integración plena del territorio a la economía sigue siendo una meta muy ambiciosa para un país como el nuestro, cuya densidad de población es cinco veces menor que la de los franceses en su propio territorio. Pero además tenemos que modernizar la economía, como único camino para rescatar del desempleo a la gigantesca masa de desocupados de los centros urbanos. Esta tarea vuelve a plantearnos las verdaderas dimensiones de la modernización de Colombia más allá de los esquemas de confrontación partidista. En un sistema de economía mixta, como es el nuestro, se necesita defender la eficiencia del Estado y la responsa-

bilidad y el sentido de iniciativa del empresario. Es preciso perfeccionar la administración y profesionalizar el servicio civil, o de lo contrario el peso de la burocracia impreparada y corrupta obstaculizará permanentemente los procesos económicos y afectará la competitividad de nuestros productos en el comercio internacional. Sin permitir que se desmantele la propiedad estatal de importantes empresas en sectores vitales de la economía, es necesario

abrir el camino a nuevas opciones administrativas que preserven la eficacia en el manejo de los recursos públicos.

A su turno los empresarios, si quieren preservar la libertad y la democracia en Colombia, tienen el deber moral de invertir sus recursos en actividades productivas en nuestro país y asumir los riesgos que ello implique dentro del interés general de la Nación.

LA EDUCACIÓN Y LA PAZ

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

Quiero ubicar un poco las perspectivas que me guían en la interpretación del momento o de la época que vive Colombia para que se encuentre más lógico el sentido de la transformación educativa desde el punto de vista de la búsqueda de la paz. Desde una perspectiva filosófica, lo educativo tiene que ver con los fundamentos mismos de la sociedad, con la naturaleza y las características del Estado y, por lo tanto, los cambios tienen que proyectarse en temas como las relaciones culturales dentro de los colombianos, como la transformación de los sistemas de producción, como la modificación de las relaciones entre gobernantes y gobernados, como las relaciones entre empleadores y trabajadores, como la distribución del ingreso y

como las propias relaciones internacionales de Colombia.

Los Grandes Cambios

Cambios en profundidad, de magnitud, se vieron en el siglo XVI cuando llegó España con su cultura y sus valores, con sus criterios de organización social, económica y política; no se establecieron de manera fácil, requirieron en ese siglo profundas contradicciones con lo que aquí existía. Implicaron actos de violencia numerosos y terribles y se tradujeron en un compromiso o en un problema en el cual llegaron a participar por lo menos dos o tres generaciones. Después los cambios que pudieron darse en el siglo XVII y en el siglo XVIII, al menos hasta la última parte, ya no fueron estructurales, eran ajustes normales dentro de las estructuras establecidas a partir del siglo XVI. De allí a fines del siglo XVIII comienza la segunda eta-

* 29 de septiembre de 1988. Conferencia en la Pontificia Universidad Javeriana. Adaptación realizada por la Redacción de REVISTA JAVERIANA.

pa de cambios estructurales que se tradujo en modificaciones sobre todo en los temas mencionados y que solo vinieron a realizarse y a madurar al cabo también de varias generaciones en torno de la Independencia y en el comienzo de la República. La tercera etapa de cambios estructurales es la que estamos viviendo. Yo diría, para tratar de ubicar una referencia que tiene que ver con realidades externas o internas, que esto comenzó hace por lo menos sesenta años; que ya ha afectado varias generaciones y afectará la presente en la medida en que la actual generación sea capaz de interpretar esas realidades y de diseñar las nuevas estructuras sociales y políticas; así podremos ahorrarle sacrificios a la próxima generación. Los tres períodos de cambios estructurales se han dado simultáneamente en América Latina y todo este sector del mundo se encuentra sacudido hoy por profundas transformaciones que requieren ser conducidas, para poder avanzar como sociedad, para poder tener un papel en el mundo y para poder satisfacer las necesidades de quienes integramos estos países.

Veamos un poco el panorama: Se sacude Centroamérica, se conmueve México, en el Caribe hay turbulencia general; la región del Perú se encuentra en un abismo muy profundo; Chile se estremece como una nación virtualmente dividida; Argentina, Brasil, Uruguay, a su turno, sienten el impacto de cambios profundos que no han acabado de definirse ni desarrollarse. Venezuela comenzó a vivir otra fase, de su evolución política, social y económica, y allí no es difícil predecir que habrá contradicciones mayores, más serias que las vividas en otras épocas. Ecuador y

Bolivia tienen serios problemas en la organización de la sociedad y el Estado. Tenemos que mirar también esa perspectiva porque está relacionada con nosotros, influye en nuestra propia evolución y la solución que requerimos tiene que darse con elementos colombianos pero con perspectivas, menciones y proyecciones latinoamericanas para que pueda satisfacer los interrogantes y los requerimientos que están planteados en las contradicciones actuales de nuestra sociedad y de nuestro país.

La deuda externa, el narcotráfico, la revolución urbana, la revolución demográfica, la transformación de los sistemas políticos, la dificultad para definir instituciones perdurables, eficaces, los obstáculos para dominar inclusive los territorios, son problemas comunes a los latinoamericanos, que pueden darse dentro de nuestro país, en especiales manifestaciones, más agudas y serias y más dramáticas de lo que se están presentando en el resto de los países de América Latina. No son cambios fáciles; son dolorosos porque son cambios, además, de conciencia colectiva, y estos, como ocurre con los individuales, generalmente solo se producen después de tener vivencias dolorosas.

Dentro de ese marco de la naturaleza de los cambios que están en curso en nuestro país, podemos explicarnos mejor por qué es tan difícil encontrar soluciones eficaces y por qué el reto es tan complejo y tan grande. La nación tiene que estar preparada para vivir y seguir viviendo durante un buen número de años con nociones difíciles. No podemos caer en la tentación de

pensar que de manera simple y fácil encontraremos las respuestas y las soluciones que permitirán superar esta clase de dificultades y estas crisis. Hay cambios, pero en contraste con todos los que se vieron en el pasado, los de nuestro tiempo tienen un ritmo mucho más acelerado como no se había dado probablemente en ninguna otra época de la historia y por eso la interpretación de estos cambios se hace tan difícil, tan compleja y no puede ser la obra de un partido, de unos dirigentes, sino tiene que ser un proceso de toda una nación con el concurso de todos sus protagonistas e integrantes y de todos sus factores.

Educación y Paz

Establecido ese marco paso al tema que me fue propuesto, porque naturalmente la agenda que se desprende de un marco de esa naturaleza supondría tratar muchísimos otros temas, y lo que voy a hacer después de proponer esa visión telescópica es pasar un poco a la visión, no voy a decir microscópica, pero sí específicamente limitada, de lo que ocurre en el sistema educativo o en la realidad de la educación colombiana incluyendo dentro de ella lo formal y lo informal.

¿Qué tiene que ver el sistema educativo, la educación colombiana con la violencia, con la dificultad para lograr la paz? Yo creo que para contestar esa pregunta habría que plantear otra simultánea: ¿Por qué el ser humano es violento? Cuando el ser humano decide ser hostil y cuando en él se multiplican los deseos de destrucción y en qué medida el sistema educativo puede ayudar a que eso no ocurra o a que esas

energías se canalicen con un sentido no destructivo sino constructivo. El ser humano es agresivo, es violento, cuando se siente frustrado, cuando ha fracasado, cuando percibe algún tipo de complejo de inferioridad. Al contrario, cuando se siente seguro, con todo lo que pueda implicar seguridad, cuando se siente realizado, no es violento.

¿Hasta qué punto el sistema educativo colombiano o la realidad de la educación colombiana frustra, o hasta qué punto por lo satisfactorio o no de la oportunidad educativa se fracasa en nuestra sociedad o se dan elementos que se traducen en complejo de inferioridad? La violencia está ligada con este proceso, no en forma proporcional, pero sí como uno de sus ingredientes. La violencia está ligada con la crisis de valores, con la descomposición de la sociedad, con la crisis de la familia y todo esto tiene que ver con el sistema educativo. La violencia está ligada también, en el caso colombiano, con el ciclo demográfico: con el hecho de que nunca como ahora en Colombia había habido tanta gente menor de veintinueve años, entre dieciséis y veintinueve años, que se encuentran en una fase especial de su existencia de integración a la sociedad en donde empiezan a comprobar qué tan idóneos fueron los instrumentos que les otorgó la sociedad educadora en el sentido más general, para desempeñarse en la vida, y qué tan grandes son las oportunidades que se les ofrece para trabajar.

Nunca como ahora Colombia había tenido, en términos absolutos y en términos relativos, tanta población ubicada en esta etapa demográfica y por eso la violencia

también tiene una relación muy estrecha con la juventud. Son jóvenes la abrumadora mayoría de los guerrilleros, de los desempleados, de las personas involucradas en el problema del narcotráfico, como productores, como distribuidores, como consumidores. Son jóvenes, además, la inmensa mayoría de los presos existentes en el país; yo siempre he tenido presente un dato que me dieron cuando fueron ministros de Justicia Rodrigo Lara y Enrique Parejo: el promedio de edad de los presos del país oscila entre veintiuno y veintidós años, lo cual indica cómo está de relacionada la crisis de la nación con una franja generacional y la dificultad de la sociedad para integrarla y para darles garantía de una realización como seres humanos en el conjunto de los procesos colectivos, y también el sistema educativo se acerca al problema por otro camino en la medida en que existe inmenso desempleo profesional, una inmensa incertidumbre en la juventud por lo que será su porvenir, por lo que será la calidad de la educación que ha recibido para poderse vincular al mercado laboral, y para poder tener una realización en el trabajo.

Un replanteamiento total de la educación

¿Qué se puede hacer frente a todo este cuadro? Creo que hay que tener en cuenta algunos criterios y dar algunos pasos; pienso y así lo he propuesto al presidente Barco, que en este momento es especialmente importante para el país realizar un nuevo examen total de la educación en Colombia pero no referido únicamente a su funcionamiento presupuestal, a su funcionamiento

administrativo, a sus contenidos, a su filosofía, o a sus instrumentos. Creo que hay que examinarlo todo, debe hacerse un gran ejercicio nacional sobre qué es este sistema educativo, para saber qué pasa con él; hacerlo para poder organizar otras hipótesis, para poder darle un sentido a otros esfuerzos.

Comparto la tesis de que Colombia necesita, entre sus cambios constitucionales, un cambio en los artículos correspondientes de la Constitución, para decirle a la nación qué hipótesis de sociedad nos guía, qué es lo que queremos construir, por qué hacemos una lista de derechos y deberes en nuestra Constitución, qué principios políticos estamos dispuestos a compartir todos los colombianos. Cuando le demos respuesta a esas preguntas en lo que hagamos como reforma de la Constitución, tendremos que seguir mirando otras cosas para detallar los instrumentos con los cuales realizaremos lo que proponga la Constitución y entre esos instrumentos tendremos que mirar la totalidad del sistema educativo, un sistema educativo que tenemos que evaluar, sobre la base de que educar al hombre es educarlo en todas sus dimensiones, como un ser completo, como un ser que necesita educación física, educación intelectual, educación ética, educación emocional, psicológica, educación estética.

Nuestro sistema educativo ha cambiado frente a lo que existía hace veinte años, veinticinco años, hay cambios significativos, importantes. Ha habido un gran esfuerzo de educadores colombianos por buscar una nueva visión de lo que deben ser esos sistemas y reflejarlos en la legislación,

en los programas, en las actividades de las instituciones educativas, públicas y privadas; pero infortunadamente en todos esos años nunca se ha presentado la oportunidad de hacer un examen total. Ese examen total lo requerimos con una doble visión: la del pasado que es indispensable siempre en todo sistema educativo para entender que éste existe para transmitir la herencia colectiva, para que las generaciones actuales le digan a las nuevas, a las futuras generaciones, qué es lo perdurable, lo importante de lo que conocen, de lo que saben, de lo que piensan. Pero un sistema educativo tiene que pensar que si va a transmitir esa herencia lo hace para seres humanos que van a vivir en una sociedad futura, a los cuales vamos a tratar de darles unos instrumentos de diversa naturaleza para que puedan desempeñarse en esa sociedad. Sin embargo, como han dicho muchas personas que han examinado este tema en Colombia y en el mundo entero, porque es un reto planetario, la paradoja es que nos toca educarnos o educar para un mundo que desconocemos. No es sencillo, suponer cuáles van a ser las características de la sociedad, en veinte años, porque los cambios llevan un ritmo de tal naturaleza que necesariamente hay que hacer algo de prospectiva o de futurología para que no resulten obsoletos los instrumentos que con la mejor intención proporciona la sociedad ahora a la actual generación, pensando que le van a servir en su desempeño futuro.

Evaluar la educación

Los cambios en la educación, en los sistemas educativos, tienen además, otro factor muy importante para considerar que hace más difícil

el manejo del problema y es que no hay cambio educativo que se pueda evaluar con seriedad mientras no transcurran entre doce y quince años para ver las consecuencias de lo que se ha hecho. Colombia necesita entender que los cambios estructurales que requiere no se darán, no serán posibles, sin una nueva perspectiva de la educación colombiana y una nueva apreciación de la sociedad sobre lo que hace y debe hacer el sistema educativo en ella. Nosotros hemos señalado desde hace varios años, e insistimos en ello, porque no es una meta lograda aún por el país, que como uno de los supuestos indispensables de la modernización de Colombia, es necesario asegurar como mínimo nueve años de educación gratuita y obligatoria a la totalidad de los colombianos. Si no se hace, será imposible integrarnos a los valores, a los instrumentos de la sociedad moderna, a la construcción de una democracia verdadera, seria, auténtica; será imposible asegurar condiciones de libertad y de justicia.

Educación y desigualdad

Esto tiene que ver con procesos siempre mencionados y que es necesario reiterar: hay una desigualdad en el sistema educativo previa al mismo sistema, que comienza con los problemas de desnutrición existentes en nuestro país, en las realidades sociales que condicionan al sistema educativo para su desempeño; hay un problema previo en las desigualdades que existen en los propios hogares, en las desigualdades que hay en la sociedad, y que muchas veces el sistema educativo ratifica, acentúa, aun cuando no tenga la intención de hacerlo. Para

dar una idea de ello me parece oportuno citar una experiencia de 1971, cuando se hizo una investigación sobre el vocabulario de los niños en tercero de primaria en Bogotá, que se encontraban en escuelas públicas o en planteles privados, y se encontró que mientras un niño de escuela pública de ocho años manejaba un promedio de mil doscientas a mil cuatrocientas palabras, un niño de plantel privado, de la misma edad, ya manejaba un vocabulario de mil ochocientas a dos mil palabras, lo cual da una idea de que antes de que opere el sistema educativo o al menos en el umbral de la influencia del sistema, ya hay unas desigualdades que están cambiando las posibilidades del sistema, están condicionando al sistema educativo en su influjo respecto de los estudiantes y en su capacidad unificadora de la nación porque esa es una de las funciones esenciales de un verdadero sistema educativo.

La verdad es que en una época de cambios de esta naturaleza, tenemos que ponernos de acuerdo en cuáles son o cuáles podrían ser los paradigmas de la justicia social en nuestro tiempo; no hay una respuesta única ni permanente, la propia evolución de la sociedad transforma los valores y las referencias para entender qué es justicia social, y eso se puede explicar en una experiencia muy significativa que es la propia experiencia de la Iglesia. Quien examine la evolución de las encíclicas en un poco más de un siglo sobre estas materias, encuentra que en cada una de ellas a la hora de proponer los elementos de juicio sobre lo que es el paradigma de la justicia social hay una renovación, hay un enriquecimiento propio de

la misma transformación que se ha dado en la sociedad, y los colombianos necesitamos aclarar en nuestra Constitución y a partir de ella, en todas las orientaciones del Estado y de la sociedad qué es lo que entenderíamos como paradigma de justicia social, qué es lo que entendemos como derechos humanos que deben ser aseguradas y que deben inspirar a las instituciones los instrumentos de la vida general del país.

Educación y justicia social

Parte de la justicia social tiene que ser garantizar unos derechos mínimos educativos. Hace un tiempo pudo ser una meta nacional alfabetizar, pero hoy es una meta muy pobre, completamente insuficiente. Hoy es necesario asegurar muchos otros contenidos y funciones propios del sistema educativo. Es necesario asegurar, por ejemplo, que todos los colombianos aprendamos a comunicarnos, a razonar y que, además, busquemos otras metas en el propio sistema educativo pretendiendo ya no solo alfabetizar sino formar.

Educar para convivir implica muchas cosas: implica educar para aceptar el pluralismo, educar sobre todo para inculcar unos valores de amor a la vida y al trabajo, implica educar para las relaciones interpersonales.

Dicen con razón los educadores en casi todo el mundo, que la mayor parte de los trabajos, las actividades que cumplirán los seres humanos que están cumpliendo ya y que van a cumplir cada vez más, tienen que ver con el trato de la gente y, sin embargo, no se les ha educado para la relación interpersonal, no se les

ha educado para el pluralismo; se les ha educado con otra referencia, con otros criterios y esto ha influido en nuestra sociedad. Hay que educar para aprender a manejar los problemas, para entender que siempre hay que manejar problemas y, además, la paz no consiste en que no haya problemas; lo normal en la vida del ser humano es manejar dificultades, retos, encrucijadas y, entonces, el ser humano necesita ser formado dentro del sistema educativo para desarrollar ciertos valores que cuentan en todo esto: aprender a ser creativo, a participar, a administrar; hay que educar para la participación.

Podemos proclamar en la Constitución Nacional, como lo deseamos todos, que ahora vamos a pasar de una democracia representativa a una democracia participante, pero corremos el riesgo de que ese texto muy bien intencionado y sabio de la Constitución se nos quede escrito, como tantas otras cosas. Debemos formar las nuevas generaciones buscando que asuman el máximo de responsabilidades, porque participar es aprender a ejercer responsabilidades, es aprender a ejercer poderes no a delegar poderes; por eso tiene tanta importancia pedagógica desde el punto de vista de pedagogía política lo que busca hoy la nación con el desarrollo de la democracia local, porque para educar para la democracia es necesario vivir la democracia en los más diversos niveles, empezando por los que son próximos al individuo. Siempre se ha dicho que si el hombre no puede influir en las cosas más próximas a él, menos podrá influir en las que están más remotas, más distantes. Si el hombre no puede

influir en la vida de su comunidad, en el gobierno de su comunidad, si no tiene los instrumentos para hacerlo, menos vamos a poder pretender que influya en el manejo de la nación, en el gobierno de la nación.

Educar para la participación

La democracia local, además, desde el punto de vista de la educación para la participación, es una manera de educar con la realidad y no en abstracto porque allí hay otro problema de nuestra educación, las dificultades que tiene para ubicarse dentro de la realidad y para superar la interpretación de la sociedad. A partir de conceptos simplemente abstractos para lograr esa educación, que permita participar, que permita vivir en un sistema democrático, para que esa participación sea eficaz y no simplemente declarativa, hay ciertos temas en los cuales el sistema educativo debe prestar especial atención.

En primer lugar, yo creo que los colombianos tenemos que preocuparnos mucho más profundamente por nuestra historia y por los estudios históricos. Somos una nación con muy precaria memoria colectiva y así es muy difícil entender qué somos, así no es posible encontrarle reactividad a nuestro país, así no es posible entender qué es lo que han estado haciendo las generaciones anteriores y qué es lo que nosotros recibimos de ella y qué es lo que le da sentido a nuestra propia acción sobre nuestra sociedad y sobre nuestro país.

Necesitamos transformar los estudios de historia, en todos los sentidos, en la naturaleza de la

investigación histórica, en los procedimientos de la enseñanza de la historia. Esto tiene una importancia esencial para que la nación logre entenderse a sí misma y para que podamos articular esfuerzos y compartir valores, para que podamos unificarnos como nación, entendiendo que no solo somos veintinueve o treinta millones de seres ocupando un espacio territorial, sino que esos seres compartimos un pasado que influye en nuestro comportamiento actual, en nuestras aspiraciones actuales, que la nacionalidad la hemos estado formando a través de varias generaciones, que la nación no existió porque sí, de manera espontánea, sino que ella es el fruto de un gigantesco proceso cultural, político, económico y social. Entonces podremos entender mucho más por qué existe Colombia, qué sentido tiene ser colombiano, qué le da razón de ser a la participación en esta sociedad y en este Estado.

Necesitamos que el sistema educativo también examine su papel en la divulgación y en la interpretación de las instituciones políticas, del sistema político, para entender los derechos y deberes que se expresan en ese sistema o que ese sistema pretende realizar; necesitamos del mismo modo unos mayores conocimientos de economía proporcionados a todos los colombianos para poder entender nuestro país y para poder captar nuestros derechos y poder cumplir nuestras responsabilidades. La economía política, la historia, las instituciones políticas no deben ser conocimientos de especialistas: son materias indispensables para poder organizar una sociedad

democrática, y para poder vivir en condiciones de libertad, e igualdad, justicia y responsabilidad. También necesitamos, por las realidades de hoy y del futuro, una educación que haga énfasis en la formación tecnológica y en la formación ecológica por todo lo que ello implica en la organización social y en el proceso general del país.

Educación para el ejercicio político

Educación política y educación para la política son cosas afines pero distintas; no hay que confundir educación política con el adoctrinamiento, esas son informaciones necesarias, los sistemas ideológicos, los ordenamientos de ideas, las escalas de valores que guían o inspiran las distintas ideologías pues tienen sentido en el adoctrinamiento para que cada uno de ellos escoja sus preferencias. Pero mucho más importante es la educación para la política, la dirigida a crear una capacidad de reflexión, que respete la libre decisión individual sobre cuáles son las preferencias políticas. Yo siempre he citado un antecedente que me ha causado profunda impresión, que me ha guiado en el trabajo político en estos años. Fue lo que le ocurrió a uno de los más grandes sabios de la humanidad, a uno de los genios científicos más importantes –Albert Einstein–, quien, hace un poco más de cuarenta años cuando estalló la primera bomba atómica, sufrió una profunda conmoción en sus valores humanos y políticos; Einstein, que había trabajado como científico en el proceso de elaboración conceptual y teórica de lo que debía ser la

desintegración del átomo, encontró que involuntariamente él había contribuido a que apareciera un arma capaz de destruir a la especie. En ese momento él comprendió que siendo un científico tenía que ser también un hombre político, comprometido con la humanidad, con responsabilidades ante la humanidad y entonces vio que la única manera de defender a la humanidad del riesgo del holocausto final era trabajar con un gobierno mundial, considerando que cualquier gobierno de un solo Estado que tuviera la bomba atómica exponía a la humanidad a una conflagración definitiva. La única manera de estar realmente seguros de no llegar a ese holocausto final era organizar un gobierno mundial. Entonces Einstein se dedicó a buscar a los más importantes personajes científicos de su época para comprometerlos en esa lucha y muchos de ellos lo apoyaron, pero alguien le preguntó a Einstein en una carta: ¿Cuál es la ideología que usted defiende, buscando como una especie de catecismo político que le organizara las ideas y, sobre todo, los problemas sociales y políticos? Y él contestó: “Yo no tengo ningún catecismo político y no creo en un catecismo político porque pienso que las sociedades cambian, evolucionan, cada una de ellas tiene sus peculiares circunstancias y factores que determinan sus realidades”.

Lo que hay que hacer es formar a los seres humanos con mentalidad analítica e inculcarles valores de responsabilidad y solidaridad social; lo demás llega por añadidura. Si los seres humanos logran adquirir una mentalidad analítica y crítica nadie los puede oprimir, nadie los pue-

de explotar. Si los seres humanos tienen una mentalidad analítica y crítica y tienen valores de solidaridad social, se pueden articular los deberes y derechos de todos. Ese debe ser el sentido de la preparación para una política, el no hacerlo por un adoctrinamiento dogmático, inflexible, sectario, sino trabajando para un desarrollo de principios y valores que sean analizados libre y reflexivamente por cada ser humano. Porque existe la tentación del dogma político, la de proponerle a un pueblo una fórmula como si ella automáticamente pudiera garantizarle la superación de sus problemas. En cada momento de la vida de una sociedad, de un país, pueden existir temas, criterios, perspectivas que deben ser atendidos y considerados en la interpretación de la realidad de ese país; pero la dinámica misma de los cambios sociales fácilmente vuelven obsoleto lo que se considera en un momento dado verdades suficientes y completas para organizar política, social y económicamente una nación.

Cada vez más viviremos en una sociedad internacional, cada vez más serán más intensas y significativas las interrelaciones entre los pueblos en todos los temas, y debemos preparar al ser humano para desempeñarse en la sociedad de esta época y en la que podemos advertir que se avecina, con una perspectiva internacional pluralista.

La educación como unificadora del país

Los colombianos necesitamos que nuestro sistema educativo tenga una acción unificadora de la nación.

Europa que es multilingüística, que es multicultural, que tiene tanta diversidad dentro de ella, se está unificando en su economía, en su organización social y en su organización política; ya no es una utopía pensar en los EE.UU. de Europa, ya hay inclusive un calendario de la búsqueda de esa nueva organización social y estatal.

Con la meta de la unión, los europeos han hecho, a través de sus programas educativos, planes específicos para luchar contra la xenofobia y contra la intolerancia, entendiendo que es el sistema educativo el que más puede contribuir a que haya un respeto recíproco y a que haya una capacidad de convivencia. Israel es muy especial porque tiene un elemento unificador en sus valores religiosos, bien lo sabemos, sin embargo, entre los tres millones y medio de judíos que hoy viven en Israel hay ciudadanos provenientes de ochenta y dos países distintos, que en virtud de la diáspora durante muchas generaciones estuvieron localizados o en el norte de África o en América o en las más diversas regiones del mundo, y, sin embargo, hoy entienden que ellos tienen que lograr, al tiempo que la unidad nacional, el respeto y la supervivencia de esos valores adquiridos por muchas generaciones de judíos, en los escenarios y circunstancias que ellos vivieron, y entonces para ese empeño el sistema educativo en Israel tiene unas responsabilidades especiales.

Nosotros necesitamos que nuestro sistema educativo tenga la posibilidad a la vez de transmitir un

patrimonio común de conocimientos y de respetar las diversidades culturales que dentro de nuestras propias circunstancias tenemos nosotros los colombianos; hay realidades culturales muy peculiares en el país, propias de las dimensiones de nuestro territorio y de las dificultades de comunicación durante muchas generaciones, y en esa diversidad cultural Colombia tiene una riqueza que debe preservar y que no es incompatible con la unidad de la nación sino que debe ser complementaria de ella.

Es fundamental recordar y subrayar que toda la sociedad es educadora, y que son educadores en primer lugar las propias familias. Es allí donde se crea la primera escala de valores; lo es también el escenario de trabajo, lo es la misma realidad urbana, lo son los medios de comunicación como es apenas obvio señalarlo. Detrás de la familia, de la empresa, de la ciudad, de los medios de comunicación, siempre hay una jerarquía de valores implícita que influye en los comportamientos, en la orientación educativa, en las características de todo lo que educa.

En una sociedad como la nuestra, necesitamos también que dentro del sistema educativo (en donde existe la educación pública, responsabilidad del Estado, y la educación privada que expresa la libertad de enseñanza) se tenga en mente—especialmente en la educación privada—una capacidad de integración social. Que no sea la educación privada un elemento de desintegración social sino, por el contrario, un elemento de unidad, de integración social. Aquí hay un reto importante y de-

cisivo para poder establecer si en verdad el sistema educativo quiere unificar a la nación, si es capaz de unificarla, de integrarla o, por el contrario, si el sistema educativo como reflejo de otras realidades sociales, de otros intereses sociales, de otros condicionamientos sociales, lo que hace es dividir a los colombianos, separarlos creando condiciones de privilegios para unos y de discriminación para otros.

Necesitamos naturalmente pensar en el magisterio, en los educadores, y pensar en ellos como protagonistas indispensables del proceso, en su formación, en que sean verdaderos educadores más que especialistas en la transmisión de conocimientos programados. Estoy seguro de que los educadores de hoy manejan estos criterios con mayor claridad y mejor intención que los educadores de hace veinte o treinta años. Hablo en términos generales, porque la sociedad ha ido comprendiendo la necesidad de contar con educadores mucho más calificados. Hablo de la totalidad del sistema educativo. No hay que olvidar que en 1968 en un censo resultó que entre los maestros de primaria en Colombia había más de ochocientos que no sabían escribir ni leer, lo cual da una idea de qué era lo que pasaba en el nivel de los educadores de esa época. Hoy la sociedad tiene otro nivel, otro punto de partida en el promedio de sus educadores, pero aún la sociedad no comprende ni aprecia lo que significa el educador.

Tenemos en Colombia un problema en relación con ciertas funciones esenciales de la sociedad; necesita-

mos dignificar social y económicamente al docente, exaltar la profesión y el primero que tiene que exaltarla es el propio educador, porque siempre se ha dicho que el mejor medio para educar es el ejemplo, se educa por ejemplo y en nuestro país, en los últimos veinticinco o treinta años, no siempre los educadores han acudido a la persuasión y con mucha frecuencia han acudido a las vías de hecho entrando en contradicción con la sociedad. No lo digo para recriminarlos porque muchas veces no ha sido culpa de ellos, en cuanto que hay una organización estatal deficiente en la administración de la educación, pero el hecho de que el maestro se acostumbre a utilizar las vías de hecho, va generando también una escala de valores en el resto de la sociedad, va haciendo creer a las nuevas generaciones que lo único que sirve para cambiar las cosas en el país es utilizar las vías de hecho, que no tenemos una sociedad organizada en torno de una definición verdadera de derechos y responsabilidades, que no podemos reconocer en el Estado una capacidad de manejo de los conflictos en los distintos procesos sociales.

Educación rural

Es muy importante también pensar en la educación campesina y en la educación en general; en la educación rural porque eso tiene que ver con la violencia en Colombia. La geografía de la violencia del país coincide en un alto grado con zonas del territorio nacional en donde la presencia del Estado es muy precaria, zonas de reciente colonización, y en donde los servicios del Estado, los servicios sociales, son muy difíciles.

No se trata de señalar que automáticamente la ignorancia se traduce en violencia, pero es un ingrediente. La injusticia que existe en relación con la educación campesina es fundamental, es discriminatoria; el promedio de escolaridad en el campo en Colombia es inmensamente inferior al promedio de escolaridad urbana y todos los elementos educativos que rodean al campesino, ya no los formales sino los informales, son inferiores a los que existen en el medio urbano. En los últimos treinta años, según señaló una investigación del Ministerio de Agricultura, el 95% de la inversión del Estado se aplicó a zonas urbanas, y tan solo el 5% a zonas rurales: esto también ha tenido que ver con la injusticia, con la violencia, con las desigualdades que hay en el país y que afectan las zonas rurales. Puede ser que la violencia se dé en zonas urbanas, como es el caso de Medellín, pero eso de urbano es muy relativo porque se

trata precisamente de poblaciones de reciente migración que pueden estar en el escenario urbano pero que aún no han sido integrados a él, no han adquirido los valores de convivencia en el escenario urbano porque la realidad económica, social y política de esa ciudad o de esas ciudades aún no ha integrado a esa persona; ese es el caso de Medellín, de los sicarios, eso tiene que ver con esta injusticia, es una secuela, un reflejo de la injusticia existente contra las zonas rurales del país. Parte fundamental del proceso de cambio del país está allí, en el esfuerzo que haga la nación por hacerles justicia a los campesinos en todos los sentidos, en todos los elementos relacionados con la modernización, de sus condiciones de vida, uno de ellos naturalmente es el sistema educativo, por los atrasos y carencias del mismo.

LANZAMIENTO DE LA CANDIDATURA PRESIDENCIAL

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

A pocas horas de inscribir mi nombre como aspirante a la candidatura presidencial del Partido Liberal, esta reunión multitudinaria con tan buenos y solidarios amigos provenientes de todas las regiones del país, constituye la mejor oportunidad para expresar los motivos por los cuales acepto esta responsabilidad y manifestar los principios y criterios que me guiarán en el debate electoral.

Toda generación piensa que sus obligaciones son las más complejas y especiales. Nadie puede decirlo en forma absoluta. Personalmente admiro y respeto las circunstancias en que los hijos de Colombia lucharon por su independencia, se unieron y dividieron en decenas de

episodios para construir las instituciones, dominar el territorio y crear la nacionalidad. Espero hoy que los ejemplos de carácter, los esfuerzos y la visión de los antepasados así como las lecciones derivadas de sus errores, debilidades y excesos nos orienten para cumplir nuestros deberes en esta época cuando parecen multiplicarse los retos de la Nación.

La necesidad de reconciliación

El decenio de los años noventa puede ser el más importante del siglo XX. Las novedades políticas y económicas recientes, por ser las más significativas del planeta desde la Segunda Guerra Mundial, nos ofrecen a los colombianos una gran oportunidad para reorganizarnos y progresar.

En estas nuevas circunstancias no podemos seguir viviendo como si fuéramos una Nación a punto

* Discurso en el acto de proclamación de la precandidatura presidencial, julio 4 de 1989, en **Propuesta Galán**, Cuadernos de la Cátedra Galán, N° 1, Pontificia Universidad Javeriana, 1990.

de perecer todos los días. Tantos problemas como los que padecemos y tantas oportunidades como las que desperdiciamos nos obligan a cambiar. Lo que nos induce a despertar y movilizarnos es el anhelo más auténtico de la Nación, el hastío que ha producido la violencia y la convicción de que no somos ni un país mediocre, ni una Nación de vándalos y delincuentes, sino un pueblo que en medio de sus contradicciones, sus grandezas y envilecimientos está buscando una nueva vida política democrática y una organización económica y social moderna que nos permita dignificar nuestros recursos humanos, desarrollar nuestros recursos naturales y conseguir una mejor calidad de vida para nuestro pueblo.

Cuarenta años de violencia casi continua, a veces volcánica, sanguiñaria y generalizada como sucedió a mediados del siglo y otras veces soslayada, cruel, subterránea y confusa por la acumulación de conflictos y venganzas del más diverso origen como ocurre ahora, nos han enseñado, por una parte, que la intransigencia y el fanatismo solo conducen al dolor y la frustración y por la otra, que las transformaciones no llegan milagrosamente y si queremos alcanzar las condiciones de vida que otros países lograron, tenemos que seguir el mismo camino que ellos siguieron porque sin esfuerzo ningún pueblo ha logrado progresar y vivir en paz.

Necesitamos reconciliarnos para ponernos de acuerdo en lo que deben ser ahora los grandes propósitos nacionales, contemplando nuestras propias necesidades internas y observando al resto del mundo donde

se están quedando atrás tanto los pueblos mediocres, los inmediatistas y los improvisadores, como los oprimidos, los perezosos y los anarquizados.

Ahora las contradicciones son con el exterior

Están cambiando las contradicciones fundamentales para los colombianos. Ya no van a ser las que nos separaron en las diversas guerras civiles o conflictos internos sino las que están surgiendo de nuestra inserción en la vida internacional, no solo en lo económico, lo político, lo social o lo científico y tecnológico, sino en todos esos campos al mismo tiempo, porque las realidades del planeta entero arrollarán a todo pueblo que se quede dormido o se dedique a malgastar sus energías en interminables, mezquinos y suicidas conflictos internos.

Para servir eficazmente a Colombia necesitamos una recta, clara y leal comunicación política que nos permita a los colombianos establecer lo que debe unirnos como Nación, sepultar las prepotencias y las arrogancias, examinar las diferencias económicas y sociales y aceptar que las controversias normales en toda sociedad viva se pueden definir por medio de instituciones imparciales sin apelar a la violencia, a la extorsión o a las luchas personalistas.

La Unidad Liberal

El proceso comienza en el Partido Liberal que al reconstruir el diálogo interno ha podido entender un poco mejor algunas de sus principales responsabilidades en el gobierno. La unidad liberal es apenas la

apertura de una nueva época. Ya permitió aprobar en primera vuelta una reforma constitucional que si bien no satisface anhelos maximalistas y todavía requiere ajustes, es una reforma útil y seria, y tendría consecuencias positivas para la reorganización del Estado una vez se desarrollen en la legislación sus nuevos principios y mecanismos. Gracias a la unidad de los liberales, en 1988 también fue posible impulsar el plan legislativo del gobierno, incluyendo varios proyectos de origen parlamentario.

Sin desconocer el papel y los derechos del conservatismo, de la Unión Patriótica y de todos los partidos y agrupaciones políticas que luchan por sus ideas dentro del orden jurídico, para servir a Colombia, los liberales hemos empezado a crear condiciones políticas muy diversas a las predominantes.

Lo primero es el cambio en el sistema de decisiones internas del partido. Vamos a convenir en el Congreso Ideológico de octubre nuestra agenda para los próximos años y vamos a reconciliar la organización del partido con la expresión más auténtica de la opinión del pueblo mediante la consulta popular. Así podremos estar unidos en los objetivos y en los procedimientos, sin lo cual la unidad de un partido es imposible o falsa.

Dudan algunos que el Partido Liberal tenga la madurez democrática para cumplir todo el proceso. Yo estoy seguro que estamos ante la mejor ocasión para transformar el partido con el concurso de todos y para bien de todos. Por eso empecé mi palabra al suscribir los

acuerdos que condujeron a la Unión Liberal, porque pienso que todos los liberales –gobierno, jefe de partido, expresidentes, congresistas, dirigentes regionales y locales, aspirantes a la candidatura del liberalismo y el pueblo liberal– juguemos limpiamente nuestro juego, sin engaños ni esguinces, demostrando, primero, en la forma civilizada como adelantamos nuestra controversia, que sí somos liberales en nuestros ideales y nuestras conductas y respetando, luego, la voluntad popular para llegar unidos a la elección presidencial. Por eso he dicho que no le puede prometer la paz a la Nación quien primero no contribuya a la paz entre los liberales.

Mi nombre no ha sido propuesto por una sola tendencia del partido sino por parlamentarios, exministros, dirigentes y ciudadanos que han militado en todos los sectores del liberalismo en los últimos treinta años. Gracias a ello tengo la más completa libertad para solicitar la cooperación de todos los sectores liberales en la preparación del futuro gobierno y luego en el gobierno propiamente dicho. Buscaré tal cooperación y la de mis compatriotas en el marco de las normas constitucionales considerando las jerarquías políticas establecidas por la voluntad popular y pensando en la formación de un equipo de gobernantes y administradores públicos que tenga la mejor preparación y la mayor honestidad para cumplir sus deberes.

Mi pasado al servicio de las ideas liberales

Algunas personas han querido cuestionar mi derecho a representar

las ideas liberales. Ello constituye una invitación a referirme a mi pasado político. Mis primeras experiencias políticas comenzaron en los años cincuentas, más exactamente en septiembre de 1956 cuando gané distinciones especiales entre mis condiscípulos al pedir públicamente la elección popular del Presidente de la República en remplazo del gobierno dictatorial. Luego confirmé mis convicciones liberales al unirme a los estudiantes que en las calles de Bogotá exigieron en abril y mayo de 1957 la renuncia de Rojas Pinilla y por eso fui detenido en la cárcel los días 5 y 6 de mayo de aquel año. Toda la época universitaria en los años sesentas la dediqué a proponerle una alternativa liberal a mi generación para que no se identificara con las opciones extremistas ni se sacrificara inútilmente en los montes ni levantara su brazo contra una vida humana. En la revista que fundé, en los periódicos de amplia y modesta circulación donde escribí y en los programas radiales que dirigí en aquellos años, así como en los Congresos Nacionales Universitarios a los que asistí propuse a mis contemporáneos que nos preparáramos para luchar por el cambio social dentro de las reglas de juego de la democracia política y dí siempre el testimonio de las ideas liberales.

En los años 1965 y 1966 tuve a mi cargo la movilización de la juventud universitaria en apoyo de Carlos Lleras Restrepo.

Al lado de Eduardo Santos en “El Tiempo” y de Carlos Lleras en “Nueva Frontera” durante diversas etapas de los años sesentas y setentas comple-

té doce años de vida periodística que me permitieron recorrer, desde entonces, amplias zonas del territorio nacional, escuchar a compatriotas de toda condición social o económica y ejercer las responsabilidades políticas al escribir miles de editoriales y columnas en esas dos tribunas del pensamiento liberal.

Inmerecidamente fui llamado al Ministerio de Educación en agosto de 1970 en el gobierno del Frente Nacional que presidió Misael Pastrana Borrero. Acepté el cargo porque me fue propuesto como una invitación a expresar las ideas de la juventud sobre el sistema educativo que desde hacía varios años era sacudido por las más diversas y profundas conmociones. Propuse una revisión total y cuidadosa de la educación nacional para democratizarla y modernizarla, para llevarla realmente a la población campesina, transformar a los educadores y crear un sistema nacional universitario. Tales ideas, ampliamente debatidas en el Congreso Nacional y en los más diversos foros tuvieron partidarios y enemigos. Fueron años en que las cuestiones educativas llegaron al primer plano del interés nacional, se cumplió una labor concreta y se abrieron los caminos para sucesivos esfuerzos cuantitativos y cualitativos en la educación colombiana.

Serví luego los intereses nacionales en el exterior y cuando era Embajador en Italia y en la FAO, entre otras labores, me correspondió iniciar a fines de 1973 y 1974 las gestiones que dieron lugar a los programas de Desarrollo Rural Integrado (DRI) los cuales fueron apoyados por el

Gobierno desde la administración López Michelsen y han generado importantes obras y transformaciones en zonas de minifundio en numerosos departamentos. Después, consciente de las dificultades que tienen los partidos para realizar en el Gobierno lo que le ofrecen a la Nación en los procesos electorales, así como de la necesidad de transformar los partidos para modernizar la política, me uní a la causa propuesta por Carlos Lleras Restrepo en 1976 con el fin de democratizar al Partido Liberal. Llegué al Senado elegido por los liberales santandereanos en 1978 y confirmado por los bogotanos y cundinamarqueses en 1982 y 1986 para representarlos en las comisiones de Educación y Salud, de Asuntos Económicos y Sociales y de Relaciones Exteriores en casi doce años de trabajo en el Congreso. Desde 1979, cuando propuse un nuevo liberalismo, mis objetivos y mis acciones en estos diez años han sido sometidos a la voluntad popular en siete debates electorales nacionales distintos que me dieron la representación del pueblo en las Asambleas de 21 de los 23 departamentos y en todas las intendencias todo lo cual me ha permitido servir los intereses de la Nación y trabajar por las ideas liberales al lado de muchos colombianos, con el convencimiento de que esas ideas pueden elevar espiritual y materialmente a Colombia.

Ya transcurrió un año desde los primeros acuerdos de Unión Liberal y pronto se cumplirá el primer aniversario de la Convención de Cartagena donde en forma vibrante e inequívoca el Partido Liberal

respaldó los acuerdos, me dio la oportunidad de presentar las tesis por las cuales hemos luchado y le confió la jefatura única al expresidente Julio César Turbay Ayala para consolidar la unidad y emprender una tarea de organización del Partido de Gobierno que él ha cumplido con imparcialidad y eficacia, tarea a la que nosotros, sus adversarios en las circunstancias anteriores, hemos contribuido con la misma buena fe y laboriosidad que el doctor Turbay ha demostrado en el desempeño de sus funciones.

La neutralidad del Gobierno

El Partido de Gobierno apoya al Presidente Barco. Este tema de mi relación con el Gobierno quiero examinarlo hoy con toda franqueza, rectitud y claridad.

El Gobierno tiene la obligación constitucional y moral de ser neutral en las luchas electorales. Celebro la reciente declaración del Presidente Barco sobre este asunto para que todos los agentes del gobierno cumplan el deber político fundamental de respetar la facultad de todo ciudadano de decidir y de dar rumbo a la Nación durante los próximos cuatro años de manera que no haya coacción, fraude o resistencia a la voluntad popular. Todavía no ha llegado el día en Colombia en que sea legítimo y conveniente que los miembros del Gobierno se presenten a las plazas públicas a defender sus acciones y criterios para que los ciudadanos les ratifiquen su apoyo como sucede en las democracias más modernas y maduras. Esto solo será posible cuando nuestras elecciones sean

perfectas y el voto completamente libre sin el ascendente abusivo de la autoridad y cuando el servicio civil y la carrera administrativa se hayan consolidado plenamente. Mientras tanto la neutralidad del Presidente Barco sobre el tema debería dar lugar a un pronunciamiento semejante de los alcaldes liberales y conservadores, empezando por los de Bogotá y Medellín.

La solidaridad de los liberales con el gobierno Barco es la consecuencia lógica de haberle propuesto a la Nación su candidatura presidencial y aun cuando yo no participé en su elección, sí retiré mi nombre para respetar la decisión popular del 9 de marzo de 1986 que le confiaba al Partido Liberal las mayorías en el Congreso y luego consideré indigno y oportunista sumarme a una victoria presidencial que tenía su propio dueño. Por lo anterior, a pesar de las cordiales y reiteradas invitaciones de 1986 y 1987 y de nuestro respaldo a los proyectos gubernamentales en las dos primeras legislaturas, sólo acepté la integración al gobierno en 1988, cuando ella fue simultánea con la reintegración al Partido y correspondía a unas circunstancias políticas nacionales especialmente difíciles en las cuales nuestro concurso eficaz era un deber como colombianos y como liberales.

Precisamente he pedido a los colombianos y a los liberales que demos respaldo al Gobierno del Presidente Barco aun cuando no tengo influencia alguna en sus decisiones. Estoy consciente de la complejidad de las circunstancias que amenazan la suerte de la República y pienso

que una cosa es facilitar a un gobierno todas las posibilidades que estén a nuestro alcance para que sus iniciativas no sean entorpecidas y otra muy distinta obrar con sentido continuista cuando la dinámica de la evolución nacional multiplica y modifica las perspectivas de manejo de los problemas.

Mi criterio es la solidaridad liberal sin continuismo ni improvisación. Porque así como el Presidente Barco tuvo el buen criterio de no dejar a la deriva los programas de rehabilitación nacional, los esfuerzos de descentralización municipal y la concepción de una política exterior latinoamericana emprendidos por las administraciones anteriores, en un gobierno que yo presida no descuidaré estas políticas fundamentales ni menospreciaré las reformas constitucionales que tienen sus raíces en más de doce años de debate nacional, ni dejaré debilitar los planes para asegurar nutrición y agua potable a todos los colombianos, ni reduciré el nuevo aliento que ha obtenido la reforma agraria, ni menos dejaré guardados en los anaqueles los estudios sobre la reforma administrativa y revisión del sistema educativo que acaban de iniciarse y en los cuales, si bien lógicamente no fue requerida mi opinión sobre las personas que podrían adelantarlos ni sobre los criterios de su realización, sí fue una respetuosa sugerencia que hice, en septiembre último, la que pudo motivar al gobierno para emprenderlos.

Un criterio que deseo aportar a la modernización política del país es acabar con la actitud envanecida de creer que todo nuevo gobierno demuestra su capacidad de cambio

si echa por la borda las iniciativas de sus predecesores. Este comportamiento inmaduro le ha costado mucho a la Nación por las obras inconclusas, los proyectos truncos y las iniciativas abandonadas.

Si el pueblo me elige como Presidente consolidaré lo que le conviene a Colombia, revisaré lo que sea necesario y emprenderé planes y programas propios como correspondida a las circunstancias del próximo decenio y a mis propias convicciones sobre la necesidad de darle un renovador impulso a la modernización de Colombia.

Los principios del Gobierno

Deseo señalar los principios del Gobierno que yo presida. Entiendo que mi deber será armonizar y realizar lo que quiere y lo que necesita la Nación.

Creo en la tradición democrática que inició Santander al señalarnos como primera garantía de nuestra libertad el respeto a la ley y a la autoridad que proviene de la voluntad popular. Sé que muchos gobernantes de Colombia, especialmente los liberales de este siglo, se han guiado por esta preocupación política fundamental. Me identifico con ese criterio. No lo entiendo como un culto leguleyo de las normas sino como la consolidación lógica de los valores jurídicos que señalan los derechos y los deberes de todos. Creo que el verdadero respeto a la ley comienza en la seriedad de su elaboración por los legisladores y el colegislador, continúa con la firmeza del ejecutivo al aplicarla y se completa con la imparcialidad de los jueces al declarar el derecho.

Nada de esto tendrá sentido, si la propia Nación no conoce y confía en las leyes y si no cultivamos como primeros valores sociales el respeto a la juridicidad y el cumplimiento de las normas entendiendo que a través de ellas se protege el bien de todos y se garantizan nuestros derechos.

El segundo principio es el fortalecimiento de la democracia para lo cual debemos reconocerle al desarrollo político toda su importancia. Se ha confundido este desarrollo con una apertura democrática que implicaría una tática crítica al origen popular de nuestro sistema político. Yo no creo que nos hallemos en el primer día de la creación desde el punto de vista democrático, pero considero un error desconocer que las restricciones explicables previstas por el sistema del Frente Nacional aplazaron aspectos importantes de nuestra modernización institucional y el crecimiento de la vida democrática. Para madurar políticamente es necesario que los colombianos aprendamos a construir desde la vida local hasta los escenarios nacionales la voluntad colectiva entendiéndola no como la imposición de criterios unilaterales, así sean mayoritarios, sino como el acuerdo construido a base de transacciones respetables de quienes conocemos los modestos alcances de las verdades absolutas en los procesos ideológicos y creemos que los derechos de las minorías forman parte de los principios más auténticos de la democracia.

La integración nacional

El tercer principio es la integración social, económica y física de la Nación. Recorrer el país me ha hecho

admirar más el mérito de quienes lograron consolidar la unidad política de Colombia a pesar de nuestro difícil territorio, pero, a la vez, tantas peregrinaciones por todos los rincones del país me han enseñado que para integrar la Nación no debemos hablar tan solo de las desigualdades entre individuos sino entre regiones, porque el atraso social y la pobreza han creado desventajas profundas para los colombianos que viven en ciertas regiones en comparación con los nacidos en ciudades y lugares donde las condiciones de vida ofrecen un punto de partida muy superior. Pienso, sobre todo, en las desventajas de la infraestructura física y social de las dos costas, tanto la Atlántica como la Pacífica, donde están los peores indicadores de calidad de vida en nuestro territorio. Si bien ahora la internacionalización de todos los procesos económicos, sociales y políticos de Colombia demandará un incremento notable de la inversión pública en nuestros dos litorales, ello no solo corresponde a las propias necesidades del desarrollo nacional sino al deber de redimir a varios millones de colombianos que allí viven agobiados por la miseria de sus regiones y por los limitados horizontes de sus oportunidades de educación, salud, vivienda y trabajo.

En múltiples conferencias dictadas ante los más diversos auditorios del país he señalado éste y otros temas como factores fundamentales del decenio de los años 90. Es necesario insistir en ello para que la Nación decida si prefiere algunas obras monumentales y de altísimas especificaciones como lo proponen algunos o si respalda el examen cuidadoso de las desigualdades territoriales para completar la red

vial que integre a la Nación con sus nuevos y antiguos puertos, sus dos costas, sus regiones agrícolas productoras en el Magdalena Medio y el Piedemonte Llanero y sus nuevos y antiguos centros industriales, como lo proponemos nosotros. Un elemento vital de la integración nacional en beneficio de todas las regiones será la nueva fase de la descentralización municipal y regional que deberá traducirse en una transformación político administrativa de los departamentos, las intendencias y las comisarias así como en la redistribución de recursos y competencias entre la Nación, los departamentos y los municipios.

La internacionalización

El cuarto principio es la internacionalización. Desde su propio nacimiento la República ha sido afectada por factores internacionales que influyeron en la independencia, luego en las políticas de libre cambio, en las relacionadas con la Iglesia, en la pérdida de Panamá, en los conflictos fronterizos, en la evolución económica por la crisis del año 30 y la Segunda Guerra Mundial y más recientemente en los cordones umbilicales que tenemos con el resto del mundo por el café, la política petrolera, los esfuerzos de integración latinoamericana, el narcotráfico y el problema de la deuda externa. Siempre ha habido influencias extranjeras en la vida colombiana solo que ahora y como consecuencia de la globalización del planeta ya el problema no consiste en manejar influencias sino en integrarnos a la evolución mundial en todos los aspectos porque de ello dependerán nuestros derechos, nuestras oportunidades y nuestro

progreso. Por eso los esfuerzos realizados desde hace más de 40 años para que nuestra política internacional no se limite a las cuestiones fronterizas y en cambio se extienda a la consideración de todos los factores que influyen en la economía y la vida del planeta entero, deben tener ahora un nuevo impulso que, más allá de los organismos estatales y los gremios mejor informados que así lo entienden, transforme las universidades, las aulas, los laboratorios, los partidos políticos y toda la sociedad. La internacionalización no puede reducirse a la reestructuración industrial como piensan algunos ni ésta a la eliminación de la licencia previa. Lo que necesitamos es una estrategia que renueve al Estado y a los gremios de la producción para insertarnos gradual y eficazmente con una perspectiva de mediano y largo plazo en la economía internacional.

La concertación

El quinto principio es el de la concertación para identificar metas nacionales y establecer las responsabilidades del gobierno, los empresarios y los trabajadores así como las diversas fuerzas sociales. No creo en el Estado corporativo pero considero un error ignorar a los grupos que representan intereses legítimos porque ello se traduce, en la práctica, en la presión indebida y triunfante de los más fuertes. El deber del gobierno es interpretar los intereses generales y para ello debe conducir a fomentar el diálogo entre los protagonistas económicos y sociales de modo que las inversiones públicas, las políticas de fomento económico y de solidaridad social se establezcan con contraprestaciones claras para el bienestar de todos

los colombianos, en especial de los más débiles.

En una sociedad que se ha visto asaltada por fortunas repentinas, fruto de la especulación o la delincuencia, es preciso exaltar y apoyar al empresario grande, mediano o pequeño cuyo patrimonio es limpio, creativo, respetable y útil para construir estructuras modernas de producción y servicios que nos permitan integrarnos a la economía mundial.

La concertación debe darse en todas sus dimensiones. Así como trabajo por una nueva relación entre país político y país nacional también prestaré mi concurso a todo lo que conduzca a la cooperación entre el país sindical y el país empresarial; a todo lo que asegure la complementariedad entre la Colombia urbana y la rural; a todo lo que establezca mejores relaciones entre el Estado y los empleados públicos; a todo lo que construya la solidaridad entre las generaciones y a todo lo que favorezca el respeto recíproco entre el Tesoro Nacional y los contribuyentes. Las confrontaciones extremas y simplistas entre estos sectores y protagonistas resultan anacrónicas cuando los colombianos queremos insertarnos en la sociedad internacional a la que no nos podemos presentar en forma aislada o paralizados por pugnas irreconciliables.

La paz

A partir de los principios que acabo de enunciar el programa que le propongo al pueblo colombiano se resume en trabajar por la paz, la defensa del buen nombre y el honor de Colombia ante el mundo,

el engrandecimiento de los recursos humanos y el desarrollo económico y social. El gobierno que yo dirija buscará la paz a través de una estrategia integral que incluirá elementos políticos, sociales, militares e institucionales. Si bien algunas personas que han formado parte de grupos guerrilleros se desplazarán de una a otra organización extremista, sin vincularse sinceramente a los procesos de paz y otros como mercenarios han convertido en un sistema de vida la delincuencia ordinaria con la fachada de la rebelión subversiva, también hay guerrilleros que han comprendido la necesidad de abandonar la lucha violenta para trabajar por una nueva sociedad a través de las vías legales. A estos colombianos que prueben su buena fe hemos querido, e insistimos en ello, apoyarlos para su reintegro a la vida institucional en condiciones dignas para ellos pero serias y seguras para la sociedad. No conocemos todas las circunstancias que influirán en el orden público en agosto del año próximo cuando ya habrán madurado las consecuencias de los diálogos en curso. En todo caso en el Gobierno que yo presida fortaleceré resueltamente los recursos humanos, los medios de transporte y de inteligencia de las fuerzas armadas y de la policía para que el gobierno cumpla eficazmente sus deberes constitucionales y cuidaré ante todo la autoridad moral de las fuerzas militares para prevenir los riesgos de corrupción que amenazan a todas las instituciones del Estado por los desafíos del narcotráfico y el degeneramiento de los grupos de autodefensa.

La paz definitiva llegará a Colombia cuando eliminemos ciertos

caldos de cultivo que favorecen las acciones violentas sean ellas promovidas por la subversión o la delincuencia ordinaria; es decir, cuando el Estado domine el territorio ejerciendo en la totalidad del mismo jurisdicción administrativa, judicial y policial; cuando se adopte una política de emergencia para atender los problemas de la juventud, en especial de los colombianos que tienen entre 16 y 29 años de edad quienes por su elevadísimo número y sus condiciones especiales están inseguros o se sienten frustrados al integrarse a la sociedad porque no se educaron o tienen problemas para obtener un empleo. Alcanzaremos la paz cuando se transforme la administración de justicia por un nuevo régimen territorial, el fortalecimiento de la capacidad investigativa, la modernización legislativa y el respaldo social a la misión de los jueces. Para lograr la paz no solo tendremos que realizar plenamente los objetivos del plan de rehabilitación con más recursos y mejor administración sino que será necesario multiplicar las inversiones del Estado en la modernización económica y social del sector rural para compensar la desigualdad determinada por cuarenta años de excesiva concentración de las inversiones públicas en las áreas urbanas.

Toda la Nación debe prestar su concurso a la búsqueda del orden, porque si bien el Estado a través de las fuerzas armadas, la policía y los jueces tienen responsabilidades constitucionales y legales en la materia, el rechazo de la opinión pública y del pueblo a la violencia es indispensable para que el Gobierno pueda cumplir su misión.

El buen nombre de Colombia

Desde hace quince años en Italia y durante el presente decenio en Venezuela, los Estados Unidos, España, Gran Bretaña, Canadá, Argentina, Francia, Panamá y Ecuador he tenido oportunidad de dialogar con miles de compatriotas residentes en el exterior y he comprendido por eso sus problemas ocasionados por las múltiples circunstancias que han deshonrado el buen nombre de nuestro país en el extranjero. En un gobierno que yo presida la situación de estos compatriotas tendrá especial atención para proteger sus derechos, mantener sus vínculos con la patria y trabajar por el honor de Colombia.

Contra la inflación y el desempleo

En materia económica y social la primera preocupación de mi gobierno será la lucha para controlar la inflación y fomentar el empleo. Esto significará reducir el déficit fiscal, sanear la moneda, estimular a los sectores productivos y atacar la inflación de costos en todos los aspectos, especialmente en lo que tiene que ver con la eficiencia de la administración pública y la calidad de los servicios públicos.

Café y petróleo

La suerte del café y del petróleo serán por muchos años puntos vitales para la economía nacional. En ambos dependemos de factores internacionales cuyo buen manejo demandará el fortalecimiento de la capacidad negociadora de Colombia y la atención cuidadosa de las necesidades de la inmensa población que

deriva directamente su subsistencia del café así como de las regiones para los cuales la explotación, el transporte y la refinación del petróleo se han convertido en elementos fundamentales de su desarrollo.

Mantendré mi criterio de defender firmemente los intereses de Colombia para el mejor aprovechamiento de los recursos naturales a través de políticas de sana inspiración nacionalista y del fortalecimiento de la posición negociadora del Estado frente a la inversión extranjera en hidrocarburos, pero respetaré los derechos legítimamente establecidos y no aceptaré procedimientos intimidatorios o terroristas para manejar estos problemas.

La política social

La política social se debe orientar con mayor atención hacia ciertos temas estructurales: el fortalecimiento de la familia como punto de partida de la organización social; la duplicación de la escolaridad promedio de los colombianos que hoy apenas llega a dos años en las zonas rurales y a cuatro años para la población urbana; la atención de los problemas de las minorías étnicas como la pobreza de medio millón de indígenas y las deplorables condiciones de la población negra en la Costa Pacífica; la seguridad económica y social de las personas mayores de sesenta años de edad cuyo número se triplicará en el próximo decenio.

Convocatoria a la Nación

No le propongo a la Nación y al Liberalismo objetivos y tareas que se agoten en el período del próximo gobierno. No prometo milagros ni

paraísos. Ofrezco todas mis energías para coordinar entre 1990 y 1994 los esfuerzos que todos los colombianos debemos hacer desde ahora, en el próximo gobierno y en las administraciones sucesivas para transformar nuestra patria, sacarla del baño de sangre en que se ahoga y elevarla ante sí misma y ante los demás pueblos del mundo. Si modernizamos nuestras instituciones y nuestras conductas políticas para integrarnos como una verdadera Nación unida y solidaria, nada ni nadie podrá detener el progreso de Colombia.

Convoco en apoyo de estos propósitos a todos los hijos de Colombia y en especial a las mujeres cuya fuerza moral es indispensable para vencer las fuerzas enceguecidas de la criminalidad que han querido imponer su voluntad sobre los colombianos. Pienso que el testimonio político de las mujeres tiene en estos momentos especial significado para construir la formidable energía espiritual y creadora que emana siempre de una Nación verdaderamente unida. Las invito a cumplir una tarea digna de lo que ha hecho la mujer colombiana en otras horas, cuando el destino de la Nación ha estado comprometido por serias amenazas e incertidumbres.

Al aceptar la presentación de mi nombre como aspirante a la Candidatura Presidencial del Liberalismo, saludo a todos los colombianos y emprendo la campaña electoral libre de cualquier clase de incomprensiones o heridas con los miembros de mi Partido y de las demás fuerzas democráticas. Me comprometo a examinar con mis compatriotas todos los problemas nacionales y todos los factores de evolución que determinarán el destino de Colombia.

Afronto esta responsabilidad fortalecido por el apoyo de todos ustedes y de los colombianos que me han confiado sus más nobles esperanzas en el recorrido que he hecho este año por la mayoría de las regiones del país.

Invito de nuevo a mi Partido a incrementar sus mayorías en el Senado, la Cámara y todas las corporaciones. Propongo a los liberales que dirimamos esta noble competencia interna asegurando al mismo tiempo la victoria en todas las capitales y la mayor cantidad posible de alcaldías. Le garantizo al Liberalismo que si se me confía la candidatura presidencial llevaré al Partido una gran victoria en mayo de 1990.

ESCRITOS SOBRE GALÁN

MENSAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

*Virgilio Barco Vargas**

Estamos aquí reunidos para acompañar los restos mortales de Luis Carlos Galán, amigo y copartidario ejemplar, el joven dirigente político más admirado por el pueblo colombiano. También estamos aquí para rogar por Colombia. Roguemos a Dios para que nos dé a cada uno de nosotros, a cada colombiano, todo el coraje y toda la fortaleza que necesitamos para afrontar el desafío del terrorismo.

Colombia es la mayor víctima de una organización internacional dedicada al crimen del narcotráfico. Una organización gigantesca y poderosa como jamás había existido en el mundo. Se alimenta de los vicios de consumidores, en distintas partes del planeta. Actúa con tanta sevicia criminal que con razón ha

despertado repugnancia, desprecio e indignación en el mundo entero. Cuenta con sofisticados y modernos implementos para desplegar sus nefastas actividades. Su riqueza les ha hecho ganar la complicidad o la indiferencia de miles de personas en todos los continentes. Es una organización internacional que busca corromper la sociedad y destruir la democracia.

Una vez más, esta vez embargado por la tristeza, reclamo la solidaridad internacional para luchar contra esta organización donde participan criminales de muchas nacionalidades, y para defender los valores de la civilización y de la democracia.

Colombia entera se ha puesto de pie contra el terrorismo. La tristeza que nos embarga no es muestra de debilidad sino base de nuestra férrea determinación de sacar adelante a

* Sepelio del doctor Luis Carlos Galán, Bogotá, 20 de agosto de 1989.

una democracia amenazada y de cumplir con nuestro deber, con mayor decisión y serenidad que nunca.

Galán es el símbolo de la lucha contra el narcotráfico, de la defensa de la democracia, de la justicia social, la moral y la civilidad. Por su mente no pasó la posibilidad de buscar un enriquecimiento fácil ni siquiera por medios legítimos. La suya es una vida que se caracterizó por la austeridad, la sencillez, y el apego a los más altos valores que han distinguido nuestra nacionalidad.

Su lucha y la de su grupo en contra de la organización criminal del narcotráfico fue frontal y sin concesiones. Las amenazas no lo apartaron de sus compromisos con la nación ni lo desviaron de sus legítimas ambiciones de imprimirle al curso de nuestra historia el sello de su recia personalidad.

Galán es el símbolo de la nueva Colombia. Conociendo las dificultades que tan duramente nos afectan, trabajaba con tenacidad, optimismo y esperanza, porque sabía que, a

pesar de tanta barbarie, Colombia saldría adelante.

Gloria Pachón, su esposa y compañera de todas las horas, sus tres hijos, sus padres, sus hermanos y hermanas, sus familiares, amigos y seguidores, están rodeados por el más sincero y profundo sentimiento de condolencia de todos sus conciudadanos. Ellos, en especial su esposa y sus hijos, saben que el afecto de Luis Carlos Galán por ellos se encarna hoy en el afecto y en la admiración de millones de colombianos que, consternados, pero erguidos y decididos, no van a dejar marchitar los ideales que obsesionaron su quehacer político.

Colombia, conmovida; Colombia, adolorida; Colombia, sí, fortalecida con su ejemplo, se inclina con reverencia y admiración ante su tumba. El sacrificio de Galán tiene que ser la semilla poderosa de las virtudes que con tanto rigor él practicó. Es ahora cuando Galán va a cosechar sus mejores victorias. Ese es nuestro compromiso. Y, que no haya duda, ese es mi compromiso.

LUIS CARLOS GALÁN
¡UN JAVERIANO POR EXCELENCIA!

*Carlos Julio Cuartas Chacón**

Ira y dolor se confunden en el alma, en esta hora de la vida en que los colombianos todos, sin excepción alguna, recibimos merecidas condolencias por la muerte de un compatriota eximio, asesinado cobardemente, ante la mirada horrorizada de su pueblo.

Su muerte fue anunciada con morbosa claridad y nuestra nación, bendecida con abundancia por la Providencia, no fue capaz de salvar la vida al mejor de sus hombres, a quien tantos señalábamos para dirigir los destinos de Colombia y encontrar el rumbo perdido.

La democracia, mejor dicho, la maquinaria, le negó su favor, se

resistió estúpidamente a reconocerlo como el líder, tal vez el único, con autoridad moral indiscutible, capaz de renovar el aliento de su país. Sin embargo, rebelde en su obsesión patriótica, con tenacidad inigualable, insistió en alcanzar el poder, seguro de su capacidad para ejercerlo en servicio de la nación entera. En hombros de fieles seguidores que no cesaban de aclamarle, alegre y optimista, rebosante de vida, llegó a cumplir la cita con la muerte que miserables apátridas habían acordado en su espantosa alma. El dijo: ¡ahora! y la historia contestó: ¡nunca!

Muerto Galán, sin embargo, el país entero, unánimemente lo proclamó como el Presidente que Colombia sí necesitaba; reconocimiento tardío y triste que no puede sorprendemos aunque carece de toda lógica.

* Decano Académico, Facultad de Ingeniería, en *Hoy en la Javeriana*, N° 1.000, 31 de agosto de 1989.

En Luis Carlos Galán Sarmiento depositó el Señor lo mejor de las virtudes que dan valor al hombre. La fuerza de su espíritu formada en su hogar y templada en nuestra Universidad, lo lanzaron con vigor a las alturas del panorama nacional, donde el pueblo colombiano sin demora, lo reconoció con afecto y esperanza.

Se podría decir que Galán era mucho más para su patria, para un país en el que airosos se pasean los “cafres”, lamentablemente con poder. Sin embargo, ese hombre que dejó su cuerpo para el mausoleo de los “Inmortales”, ¡mostró con creces lo que un colombiano puede ser!

En medio del luto que cubre a la nación y a nuestra amada Universidad, llorando ante un “javeriano por excelencia”, que encarnaba los valores que proclaman y buscan con angustia nuevas generaciones, a veces sumidas en la confusión y el escepticismo, debemos renovar sin condiciones la voluntad de consagrar la vida con sus fortalezas y debilidades, sin descanso y con coraje, al servicio de Colombia en la empresa más cara a su porvenir: la formación de profesionales que tras la huella de Galán, en el futuro puedan defender, lo que hoy lloramos de vergüenza: los intereses verdaderos de la patria.

SEGUIR A GALÁN

*Juan Camilo Franco**

“La vida en el fondo es muy corta para dilapidarla, pero la vida es apasionante para gastarla en servicio de nuestra patria.”

Luis Carlos Galán S.

Ser mejor, significa el ser que se supera a sí mismo cada día, mediante la voluntad y el propio compromiso, algo lejano a la idea individualista de *ser mejor que el otro*, pisotearlo y anularlo, transgredirlo y matarlo.

El ser humano es un ser competitivo, hay competencias sanas y justas, hay competencias malogradas e injustas. Hay seres humanos sanos y justos y los hay desbordados e individualistas, inescrupulosos y mezquinos.

La violencia es aplicada por quienes no están en la capacidad de buscar y encontrar soluciones afables a los conflictos, por egoístas exaltados que solo viven para sí, abriéndose paso a toda costa, cerrando el paso del otro, agrediendo al otro.

Luis Carlos Galán fue víctima de la violencia que dio fin a su vida; fue asesinado por la intolerancia de criminales portadores de intereses mezquinos y corruptos, el 18 de agosto de 1989, a la edad de 45 años.

“Queremos una Colombia donde quepan todas las ideas y donde la discusión pacífica de los problemas colombianos sustituya a la violencia”.

Usted puede ser una de las personas que lo conoció, lo recuerda y lo vive; o de las que no lo conocieron pero lo recuerdan y lo viven; o quizás es una persona que hasta ahora oye

* Guión del Audiovisual que lleva el mismo nombre, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, septiembre 2009.

hablar de él y podría recordarlo y vivirlo.

Recordar y vivir, dos verbos presentes en la vida de Galán; el primero, un verbo que hace referencia al pasado, a la historia, a todo aquello que nos trajo hasta HOY, hasta el punto en que el segundo verbo hace presencia, vivir en este momento pensando en el mañana. No podemos vivir en el pasado, no podemos vivir en el futuro, vivimos en el AHORA siendo concientes de dónde venimos, pensando para dónde vamos.

Galán, dedicó gran parte de su vida a recordar y analizar profundamente sus raíces y las raíces de Colombia en el mundo. Dedicado también a pensar en el futuro, en mantener lo que para él era conveniente mantener, pensando en cambiar todo lo que era conveniente cambiar, todo aquello que se hallaba oxidado, estancado, todo aquello que le impidiera ser mejor, que impidiera ser mejor a Colombia.

¿Mejor?, Sí!, ¡mejor!

1943- Nace en Bucaramanga, Santander, Colombia, Luis Carlos Galán Sarmiento, tercero de 12 hermanos, hijo de Doña Cecilia y Don Mario, dos santandereanos de recia estirpe.

Un contacto directo y constante con el entorno, las fincas, la familia, los vecinos, los paseos de río, así fue la infancia de Galán; algo bastante diferente al panorama digital actual, donde se crece entre pantallas, programas de televisión, videojuegos y la sensación de estar *conectados*

permanentemente con el mundo a través de internet.

Luis Carlos Galán, persona familiar y alegre, un ser humano cálido y respetuoso, cercano a sus semejantes, siempre estaba dispuesto a escuchar al otro; dispuesto a escuchar y aprender del otro. Amor entrañable por sus padres, por su esposa Gloria y sus hijos Juan Manuel, Claudio Mario y Carlos Fernando.

“A mi mamá le debo la vida, a mi papá le debo el espíritu.”

Viajes y cargos en el exterior le brindan a Galán la oportunidad de divisar una “internacionalización”, de anticiparse a lo que hoy en día es entendido como una red global de relaciones, le permite entender y profundizar en las problemáticas de Colombia desde otras culturas.

Galán, destacado siempre en los cargos que asumió, pasión constante por la búsqueda de ser mejor para Colombia. Un hombre que buscaba trascender, conciente de sus propias falencias y trabajador incansable por superarlas; una persona transparente que no tuvo nada que esconder a los demás pues fue sincero consigo mismo, un hombre que creía en sus propias capacidades y por ello no veía la necesidad de limitar las capacidades del otro.

Un ser mejor como Galán es aquel que procura su bien y el de los demás, es aquel que está abierto al diálogo, a escuchar y respetar al otro, pero también es quien se muestra seguro de sus decisiones y firme en sus convicciones; el ser

mejor es aquel que busca el cambio y la renovación propia y de su entorno a favor de algo más puro y justo. Luis Carlos Galán fue un ser mejor durante cada etapa de su vida, para sí mismo y para Colombia.

Usted está viendo este video, ¿con qué propósito? – con el propósito similar que Luis Carlos Galán denotó a través de su vida: recordar. ¿Recordar para qué? Para ser conciente del momento presente, de la opción que usted tiene: seguir el ejemplo de Galán y efectuar cambios positivos para el futuro.

“El presente no se supera si no existe la capacidad de imaginar el porvenir que lo trascienda. Imaginarlo no es solo un derecho de las nuevas generaciones, sino uno de sus principales deberes con el resto de la especie.”

Una de las principales preocupaciones de Galán fue la educación, evidencia de ello a sus 27 años de edad cuando asume el cargo de Ministro de Educación de Colombia.

En este punto Galán se vio llamado a abogar por la educación del otro, por buscar maneras de brindar oportunidades educativas a un nivel nacional.

Pero cargos como Embajador, Ministro de educación, ¿cómo los obtuvo?, la respuesta es sencilla y ejemplar: preparándose para ello Galán nos da un testimonio de la importancia de la educación.

Desde su adolescencia, Galán fue una persona activa, denotaba un

gusto especial por la lectura, por el análisis; no somos seres pensantes para dejar pasar por alto los problemas que nos afectan directa o indirectamente. Galán desde muy joven adopta una responsabilidad frente a sí mismo y frente al país.

“Los jóvenes estamos en el periodo de la preparación. Aun no hemos llegado al de la acción. Somos espectadores, aun no somos autores. Es prudente esperar. Estamos en el periodo de robustecimiento ideológico; primero debemos consolidar un criterio inteligente, denso e independiente.”

Galán sostiene una postura especial, es una persona que se pronuncia, que no se queda pasivo ni callado frente a lo que considera inconsistente. Hacia 1963- Circula el primer número de *Vértice*, revista de las juventudes liberales javerianas, fundada y dirigida por Galán; su constante entusiasmo e interés por los temas nacionales lo llevan a trabajar al periódico “El Tiempo”, en donde muestra una madurez excepcional para su edad en esa época. Allí tiene la oportunidad de ser editorialista y asistente de la dirección del periódico, además de ser miembro de la mesa directiva y columnista permanente. Su notable labor le permite realizar varios viajes a Estados Unidos, Europa y Asia.

“La educación debe ser el incesante nacimiento espiritual del hombre; el sendero que le abra los caminos hacia el interior de su ser, en donde está su fuerza creadora, su poder libertador. De ahí que la acción y el papel de la educación no terminan

nunca y deben cubrir todas las etapas de la vida del hombre.”

La necesidad de Galán por expresar sus pensamientos e inquietudes sociales lo llevan a la co-dirección del semanario Nueva Frontera, y a partir de allí dedicado por completo a una vida pública dentro de la política, donde podemos vislumbrar el camino que Luis Carlos Galán empieza a abrir para Colombia, un camino forjado con esfuerzo y dedicación, con estudio, con voluntad. Un camino concebido desde las raíces de Colombia, pero encaminado hacia el sueño de una Nueva Colombia, distinta, mejor, no solo desde la política y el nuevo liberalismo Galanista, sino desde las relaciones humanas en todos los niveles, desde la igualdad y la justicia, desde la pluralidad de pensamientos.

“La justicia, como la libertad y la vida, hay necesidad de conquistarlas todos los días, para que se afiancen y puedan dar sus frutos de paz y plenitud. La lucha por estos ideales no termina nunca, porque en esencia dichos bienes constituyen la íntima y constante aspiración de nuestro ser.”

Las inquietudes de Galán poco a poco nos dejan ver, que el liderazgo de un hombre no reside en sus propios intereses, sino en los intereses de un colectivo, de una nación. Más allá de la sectorización del poder reinante en Colombia en esa época, Galán procura con paso firme ser una luz en medio de la turbiedad persistente en la politiquería, encontrando una credibilidad gigante por parte del pueblo colombiano, por ser transparente, una persona

preparada, no se trata de actuar por actuar, ni de hablar por hablar; no hay forma de amar a otro si no se ama a sí mismo, de la misma manera no hay forma de dar apoyo a alguien si no se han construido bases sólidas para brindar dicho apoyo al otro.

“Yo no les creo a los Mesías, no quiero ser señalado como un aspirante a Mesías porque eso sería engañar al país y sacarlo de la responsabilidad que debemos asumir todos.”

Se podría pensar que nadie es mejor ni peor que nadie y Galán tenía claro eso; todos tenemos algo que aprender y algo que enseñar. Sin importar la edad, el nivel de educación ni el nivel laboral, debemos estar dispuestos a aprender del otro y a enseñar al otro cuando tengamos la preparación y madurez necesaria para ello. No es suficiente con buscar oportunidades de realización propia, es MEJOR cuando también buscamos oportunidades de crecimiento para los demás.

Galán fue un hombre que pensó y abrió nuevos caminos para la solución de problemas nacionales, creía profundamente en la educación, encendió una luz de esperanza en la Colombia de esa época, una luz que sigue brillando décadas después de su asesinato, una voz guía que reclama una democracia concebida y anclada desde el orden, la libertad y la justicia; una democracia que AUN no hemos alcanzado, pero que es posible alcanzar en tanto asumamos la responsabilidad que tenemos para con nosotros mismos y para con Colombia.

“Nadie elige su deber, éste se impone al hombre por la circunstancia en que nace y el nuestro consiste en llenar el vacío generacional que se aprecia en Colombia. Este deber es intransferible porque es nuestro destino. Cumplirlo o no depende únicamente de nosotros.”

Todos los días, el ser humano se hace “espectador” de las problemáticas de su entorno, ya sea desde un entorno familiar o desde un escenario como puede ser el país, el continente, o el mundo globalizado. Los medios de comunicación, si bien cumplen con una labor informativa, también hacen que nos acostumbremos a ser espectadores y nada más allá de ello.

Pero, ¿Es suficiente con ser espectadores de los conflictos? O, ¿Estamos viviendo para ser más que espectadores, testigos y actores de la solución de dichos problemas?

Seguir a Galán, un joven que tuvo el sueño de una Colombia mejor, un

joven que asumió un compromiso con voluntad y entrega, carisma y firmeza, que nos dio la esperanza, nos abrió un camino de nuevas y mejores posibilidades, no para observarlo desde lejos, sino para seguir construyéndolo, fortaleciéndolo, día a día, en todas y cada una de las situaciones. Luis Carlos Galán, una persona sólida, su memoria nos reclama la misma solidez, la misma preparación, transparencia, la misma capacidad de proyectarnos en sueños, construyendo en la realidad inmediata.

“Ni un paso atrás,” decía Galán. Con esto lo invita a usted hoy a caminar, a recorrer, a avanzar, a encontrar nuevas cosas, a darle un sentido más apasionante a nuestro creer, a nuestro obrar.

“La vida en el fondo es muy corta para dilapidarla, pero la vida es apasionante para gastarla en servicio de nuestra patria.”

LUIS CARLOS GALÁN

*Bernardo Gaitán Mahecha**

Luis Carlos Galán es un mito, no como aquellos que se construyen sobre irrealidades o sueños, sino de los que de tiempo en tiempo aparecen en medio de sociedades perplejas por las circunstancias políticas y sociales que se viven.

Desde muy joven, Galán percibió esas circunstancias y dentro de sus arrestos juveniles intentó cambiarlas. En Luis Carlos Galán se da perfectamente el fenómeno de los predestinados. Por hechos meramente casuales llega a la tribuna más importante, *El Tiempo*, y desde allí se empeña en denunciar una tras otra las falencias de la política. Llegado a temprana juventud al Ministerio de Educación por nombramiento que le hiciera Misael

Pastrana, influido por la ya notoria importancia del periodista, esto le sirve de estribo para que, salido del ministerio, fuese nombrado embajador ante el Quirinal en Italia, experiencia que le sirve para aquilatar sus sueños de cambio, especialmente de la política. Se comunica con Carlos Lleras quien lo invita a participar con él en la creación y publicación de la revista *Nueva Frontera*, y así es como regresa a Colombia a vincularse con el ex presidente, y en esa escuela descubre la posibilidad de hacerse a una dirección política fundando El Nuevo Liberalismo, con tesis de renovación que se basan esencialmente en la modificación de las costumbres para moralizarlas, y refrescar la democracia aboliendo el llamado *manzanillismo* y el uso del bolígrafo, que no era otra cosa que la escogencia de candidatos a dedo; era una empresa de gigantes para moralizar la política.

* Texto tomado de la Revista **Vniversitas**. Bogotá (Colombia) N° 119: 15-16, julio-diciembre de 2009.

Luis Carlos Galán propuso renovaciones importantes, como la de la consulta popular para la selección de los candidatos a la Presidencia de la República. Le correspondió vivir en una época de crisis y enarboló una bandera de búsqueda de justicia, equidad y paz para los colombianos. Intuyó la llegada de la globalización y vinculó a gentes nuevas o jóvenes en la actividad política. Su herencia ha quedado en cabeza de sus tres hijos, quienes hoy prácticamente dominan la política y ejercen presión constante sobre todos los organismos del Estado para que se mantenga encendida la llama de renovación. Galán se opuso a la segunda candidatura de López Michelsen, habiendo presentado su nombre y dividiendo al Partido Liberal oficial al que sindicó de ser activo clientelista, y de este modo pudo llegar a la Presidencia Belisario

Betancur a cuyo gobierno vinculó su lucha contra el narcotráfico, lucha que le costó la vida al ministro Lara Bonilla y años más tarde al mismo Galán en la plaza de Soacha cuando era ya seguro ganador en las elecciones a la Presidencia de la República en 1990, incorporado de nuevo al liberalismo oficial. La cruenta muerte de Galán se suma a su prestigio personal, y por obvias razones se convierte en mártir de la democracia. Pese a estos ideales rotos, sin herencia fuerte que los mantenga, lo recordamos con nostalgia por lo que pudo haber sido y no fue. La violencia frustró a otro luchador político que forma parte de los mitos en Colombia, con Gaitán, Uribe Uribe y otros cuya vida truncada prematuramente y violentamente era fundamental para la vida de la nación.

EVOCACIÓN DE GALÁN

*Roberto García Peña (AYAX)**

Al cumplirse cuatro años del alevé asesinato de Luis Carlos Galán, viene a nuestro recuerdo todo cuanto nos unió a su vida, tan rica en virtudes de la inteligencia y el carácter. Nos correspondió acogerlo en EL TIEMPO cuando ocupábamos la dirección del diario, previa la autorización del doctor Santos, quien en un periódico de la Universidad Javeriana había tenido oportunidad de leer un interesante artículo suyo. Más o menos simultáneamente ingresaron al periódico Enrique Santos Calderón y Daniel Samper Pizano. Los tres –Galán, Santos y Samper– se hicieron fraternales amigos. Los tres aportaron a EL TIEMPO un saludable aire de juvenil renovación. Galán nos asistía de modo especial en los temas relacionados con la economía. Desde un principio nos

sorprendieron el brillo de su inteligencia y la sagacidad de sus sesudas observaciones.

Corrieron los días y cada vez era más cierta la madurez de su claridad mental. Nos preciamos de haber conocido a Galán muy cabal y hondamente. Y ello porque el destino nos deparó la fortuna de asistirlo desde las horas iniciales de su brillante carrera hacia la gloria. Esa gloria que por artera decisión de la delincuencia no logró plenamente en la Tierra, mas que ya debe haberla alcanzado en el celestial mundo de los elegidos; porque Galán fue desde el amanecer de su inteligencia un elegido, dados los muchos dones de su mente, y la fulgurante virtud de su esclarecido espíritu. Y decimos que lo conocíamos entrañablemente porque tuvimos el privilegio de tenerlo en EL TIEMPO, cuando apenas comenzados sus años mozos llegó

* *El Tiempo*, 22 de agosto de 1993, p. 5-A.

al periódico –previa la autorización del doctor Santos– sin otro título que el de sus claros talentos y su precoz cultura en temas al parecer tan áridos como los referentes a la economía, ciencia que a la sazón cursaba –simultáneamente con la de jurisprudencia– en la Universidad Javeriana. Y así como decimos se inició como comentarista de temas económicos, naturalmente con los tropiezos comunes al aprendizaje de todo menester que por vez primera ensayamos. En tiempo menor del imaginado en un aprendiz del no fácil quehacer, Galán empezó a manejar un estilo más desenvuelto y ágil, y a poco andar sus glosas merecieron el honor de la columna editorial del periódico y en su dirección nos asistió intelectualmente. Designado ministro de Educación por el presidente Pastrana, apenas cumplidos sus 26 años, resolvió apresurar su grado, y como ya había terminado sus estudios y su tesis, pidió al Padre Giraldo improvisar un acto privado, y un mediodía nos reunimos en la oficina del prestigioso decano, los padres del graduando, Mario Galán Gómez y Cecilia Sarmiento de Galán, el Padre Giraldo, el secretario de la facultad, acaso uno de sus hermanos, y quien estos recuerdos escribe. Así, en la intimidad familiar se hizo Doctor en Leyes y Economía Luis Carlos Galán Sarmiento, flamante juvenil ministro de Educación, importante cartera con cuyo ejercicio tomó Luis Carlos contacto con la Administración en un ramo muy afín

con las predilecciones de su espíritu. Y como Ministro le correspondió firmar su propio diploma.

Como atrás decimos, en EL TIEMPO Luis Carlos Galán hizo amistad fraterna con Enrique Santos Calderón y Daniel Samper Pizano, por ese entonces iniciándose ellos ya, con igual fortuna en “el oficio más hermoso del mundo”, según lo definió Albert Camus. También conoció en el periódico a la inteligente colega Gloria Pachón, quien habría de ser su esposa ejemplar, valioso y seguro apoyo moral para Luis Carlos en todas sus horas de combatiente idealista. Idealista sí, porque eso fue Galán a lo largo de su malvadamente truncada vida. Idealista promovedor de ideales en la vasta cauda humana que fervorosamente nos rodeaba. Ideales de un idealismo moral e ideológicamente más puro, más austero, más auténticamente liberal. Y en su intenso batallar por la honestidad de las costumbres colombianas, estuvo siempre en primera fila, entre los más tenaces adversarios de aquel flagelo. Ese cáncer nefando que está destrozando el cuerpo, ya casi sin vida de la Patria. Por eso lo mataron. Porque su ardiente palabra de caudillo del pueblo perjudicaba sus siniestros fines. Porque, ¿por cuál otra razón podrían tronchar una existencia, espiritualmente tan diáfana, tan próxima ya a la magistratura que la voluntad de las mayorías le tenía señalada?

LA EDUCACIÓN Y LA POLÍTICA

*César Gaviria Trujillo**

Gracias a la Universidad Javeriana y a la Fundación Luis Carlos Galán por esta invitación para disertar sobre educación y política. Es particularmente especial el hecho de hacerlo en la presentación de la “Cátedra Galán siglo XXI” y en esta Universidad tan cara a los afectos de Luis Carlos, que tanto influyó en su formación y cuyo papel ha sido tan importante en educar generaciones de colombianos que se han entregado a la tarea de construir a Colombia y sus instituciones, a lo largo de nuestra historia.

Cuando hice una reflexión sobre el papel de la educación y la política en nuestra sociedad, así como sobre el pensamiento y las acciones de

Galán en estos campos, pensé en esbozar cuál debería ser el gran propósito que en materia educativa nos permitiera transformar a Colombia, tal como lo buscaba afanosamente Galán. Buscar hacia donde se dirigen nuestros propósitos, así como nuestros sueños y nuestros ideales.

Tendríamos que comenzar por ubicarnos en esta coyuntura histórica y reconocer que nos enfrentamos al reto de que nuestra educación no ha respondido bien al desafío generado por los nuevos modelos de desarrollo, centrados en la competencia económica internacional y en las demandas políticas, económicas, científicas, tecnológicas, sociales, culturales y éticas que han surgido desde la última década del siglo pasado.

De una manera creciente, muchos analistas hablan de una sepa-

* Conferencia del Secretario General de la OEA, en la presentación de la Cátedra Galán siglo XXI, Bogotá, 18 de agosto de 2004.

ración radical entre nuestro sistema educativo y nuestras necesidades de equidad y desarrollo. Y estas limitaciones se extienden a todo lo ancho de América. Apuntan a la baja calidad de la mayor parte de la educación pública, a su declinante rol en la promoción de la movilidad social, a la debilidad de la educación técnica-vocacional en el ámbito de secundaria y a la proliferación de sistemas universitarios sobre expandidos, caracterizados por muchos establecimientos, la mayoría de baja calidad. Ha faltado hacer de la educación un gran propósito nacional a pesar de que ha habido esfuerzos de instituciones o personas que, por períodos cortos, han mejorado esta situación.

Tenemos que responder a estos desafíos para poder formar ciudadanos autónomos, informados, eficientes, responsables y tolerantes, capaces de asumir una actitud crítica frente a la información, que valoren la práctica democrática, la solución pacífica de los conflictos y la búsqueda de consensos y, por lo tanto, puedan acceder a una calidad de vida que asegure el desarrollo de las instituciones democráticas y la paz social.

También es necesario que esos ciudadanos adquieran el conocimiento, los valores y las habilidades para adaptar o crear innovaciones tecnológicas que les asegure un adecuado ingreso al mundo del trabajo, y que nos permitan competir internacionalmente y asegurar una mayor igualdad en los ingresos; y que además adquieran la habilidad de razonar y la capacidad de aprender por cuenta propia. Necesitamos formar

personas inteligentes y productivas, en condiciones de analizar y elegir opciones, de argumentar y explicar sus opiniones y de comprenderse a sí mismos y a los demás. Ciudadanos así formados, en vez de actuar con docilidad o conformismo, serán capaces de respetar y valorar la diversidad, y evitar los brotes de violencia urbana y rural.

Yo soy de la idea de que la educación es el factor fundamental para nuestro crecimiento económico y para hacerle frente a los retos de la globalización. Ella es el más crítico aspecto, en materia de justicia social, para disminuir la inequidad y mejorar la distribución del ingreso. Es el componente más importante de la lucha contra la violencia. Es el principal factor para que la política se pueda dar de una manera que permita enfrentar los graves problemas que aquejan a la sociedad colombiana, y para que las decisiones políticas tengan legitimidad a los ojos de todos.

También tenemos que preparar mejor a los colombianos para la paz y para la democracia. Y estos son todos propósitos que se ha trazado la familia Galán Pachón y Galán Sarmiento, y las personas que en nombre de la Javeriana han desarrollado los objetivos de la Fundación. Esta noche nos congregamos entonces para ver cómo, recogiendo las enseñanzas que nos dejó Galán, influimos para hacer de la educación ese poderoso instrumento que cumpla con todos estos fines simultáneamente.

Esta noche quiero referirme al Galán que conocí cuya pérdida hoy recordamos. Los quince años que

han pasado desde su muerte empiezan a ser suficientes para decantar lo que él significó en la vida colombiana y el derrotero que nos trazó a todos sus conciudadanos. Vamos a traer a nuestra memoria a Galán y sus ideas, a Galán pensador, a Galán educador, a ese gran pedagogo político que replanteó de plano el análisis de la política y su papel en la sociedad colombiana.

Pero eso no lo podemos hacer en menos cabo de su visión ética de nuestra sociedad, la que siempre estuvo guiada por los más elevados principios en relación con el comportamiento social y el ejercicio de la política. Sin duda hay muchas maneras de recordarlo, pero debemos privilegiar esta porque es la que nos permite no sólo mantener la vigencia de su pensamiento, sino también medir qué tanto han perdurado sus ideas, qué pertinencia tienen hoy, y de qué manera nos sirven para entender nuestra realidad y para interpretar hoy la sociedad colombiana en toda su complejidad.

Las suyas eran sin duda ideas liberales, pero nos quedaríamos cortos si redujéramos la definición de su pensamiento a esa expresión. Porque él no solo defendió esas ideas sino que generó nuevos procedimientos y actitudes para hacerlas avanzar, atemperarlas a nuestros tiempos, para que dieran los extraordinarios frutos que aun hoy percibimos. Él defendía sus ideas y principios con tanto tesón y vigor que estas han desbordado por completo a su tiempo y quedaron grabadas de manera perenne en el alma de todos los colombianos, aunque no todos compartieran su proyecto político.

Galán hizo un enorme esfuerzo por tratar de entender lo que ocurría en el mundo. Se preparó para la globalización. Asimilaba a diario nuevos conocimientos, nuevos enunciados, nuevas reflexiones y los iba extendiendo a la totalidad de su análisis. Antes que cualquier otro dirigente colombiano, entendió la trascendencia de los medios audiovisuales e hizo un uso intenso de ellos. Percibió la importancia de la claridad del mensaje. Galán también se asomó a la intensa globalización política que se ha extendido de manera paralela y simultánea con la económica.

Buscaba así respuestas apropiadas a los retos y desafíos que enfrentábamos entonces. Nunca estuvo satisfecho con las soluciones simplistas que son tan atractivas en la política. No creía en milagros, ni en fórmulas simples o sencillas. Entendía que nuestros problemas son complejos y las soluciones también. Era, en todo el sentido de la palabra, un político moderno en tiempos en los cuales el ejercicio de la política era un poco feudal, demasiado individualista y limitada por las realidades electorales.

Había en nuestra sociedad personas de las que se podía decir que tenían más trayectoria o experiencia. Pero la suya era una experiencia más relevante, más relacionada con la Colombia de entonces y con el entorno internacional que empezaba a cambiar de una manera vertiginosa. Él se anticipó y empezó a avizorarlos grandes cambios que vendrían con el fin de la guerra fría. Él alcanzó a registrar la mayor interdependencia

económica, política y social que nos fue trayendo desde los finales de su vida la revolución de la informática y las telecomunicaciones. Esa mayor interdependencia que trascendió nuestras fronteras y unió los destinos de personas, pueblos, clases sociales, religiones y razas.

No es posible ejercer la política, tal como la concibió Galán, sin tener esa visión, sin someterse a ese bombardeo de mensajes, ideas, conocimientos, y sin tener una formación que permitiera asimilar todo ese flujo y derivar de él una interpretación.

Pero Galán no deja para sí esa visión del mundo y de la sociedad colombiana. Su principal tarea consistió en enseñare a la gente a pensar, en ayudarle a los colombianos a entender la realidad de entonces. Sin duda, cuando escuchamos sus premoniciones y admoniciones, tenemos que decir que Galán preparó a un gran grupo de colombianos para entender la realidad urbana, medir las consecuencias del narcotráfico, de los paramilitares. Se dedicó a concebir una política para hacerle frente al problema del alzamiento armado y para darle un rumbo reformista a nuestra política, a las acciones sociales, económicas y a nuestras instituciones.

Pero más allá de estos aspectos políticos están los educativos que alcanzó a esbozar para aproximarnos a la educación y a la formación de ciudadanos como los que acabamos de describir. A Luis Carlos Galán, por ejemplo, le preocupaban mucho los problemas del financiamiento. También tenía preocupaciones por

la manera como nuestro sistema educativo discrimina a los indígenas, los hijos de familias que viven en el campo, a los hijos de familias analfabetas y aquellos que demandan educación especial. Le preocupaban las disparidades que se empezaban a presentar entre la educación pública y privada; los problemas de la repitencia, el analfabetismo funcional, la capacitación de los maestros, los gastos por estudiante, la falta de autoridad de los directores de escuela y tantos otros que hoy tienen aun absoluta relevancia.

Los colombianos empezamos a conocerlo por sus escritos en el diario *El Tiempo*, precoz logro fruto de la admiración que le profesaba don Eduardo Santos por el vigor de su pensamiento, por su capacidad para movilizar ideas, por su altura de miras en un momento de confusión en el pensamiento occidental. Allí empezó a adquirir esa amplia visión de nuestras realidades, problemas y desafíos que hemos apenas esbozado. Tuvo que poner en blanco y negro sus opiniones, y con ello adquirió una experiencia y una claridad sin par. Tal vez no hay otra profesión que contribuya más a la formación de un hombre de estado que el ejercicio periodístico.

Fue en el Ministerio de Educación cuando tuvimos la oportunidad de empezar a conocer su faceta de hombre público. Ello fue una prueba de fuego para el joven periodista en el período de más intensa disensión o disentimiento que haya vivido Colombia y en particular los jóvenes. Las ideas marxistas ejercían entonces una fascinación especial

sobre nuestros jóvenes y constituían una guía moral y política de la que no muchos se lograron escapar. El existencialismo separaba a los jóvenes de sus obligaciones sociales y a las instituciones del Frente Nacional empezaban a mostrar sus limitaciones.

En nuestras universidades surgieron entonces movimientos imbuidos de una mística y de convicciones profundas sobre cómo hacerle frente a las injusticias en nuestra sociedad, ya con gérmenes de alzamiento y rebelión armada. Allí estaba entonces el Galán audaz de contra parte, tolerante, inteligente, informado, celoso del estado de derecho, practicante del libre examen, listo para la discusión de las ideas y haciendo un esfuerzo enorme por conseguir que ellas encontraran caminos pacíficos en el seno de nuestra sociedad. Creo que fue mucho lo que alcanzó, lo que contrarrestó, pero aún así muchos se sacrificaron en un idealismo que entonces aparecía como una verdad ineluctable. Galán dio estas batallas porque estaba preparado por Don Mario; porque sabía que era posible luchar por la justicia social sin lucha de clases; porque su formación universitaria le abrió los ojos del mundo y pudo ver más allá de nuestra Colombia.

Hay que señalar que a finales de los 70, cuando se empezó a generar un sentimiento antipolítico y centenares de miles de jóvenes de todas las clases sociales se empezaban a sentir como alienados del rumbo que estaba tomando la sociedad colombiana, él irrumpió para realizar una vasta tarea de pedagogía política que aleccionó sobre los elementos

esenciales del Estado, su rol trascendental en la vida moderna, sus responsabilidades contemporáneas, y la necesidad de hacer conciencia pública de retos y desafíos. No tengo duda del inmenso aporte que él hizo con sus conceptos y opiniones sobre el sistema político, con su actitud de ampliar la discusión más allá de la denuncia de las injusticias de la sociedad colombiana.

A Galán le preocupaban los vicios que impedían que nuestro sistema electoral nos llevara verdaderamente a elecciones limpias y transparentes. Le inquietaba muchísimo la independencia del Congreso en su función de hacer las leyes y de fiscalizar. Le preocupó muchísimo el tema del equilibrio de los poderes públicos y la independencia de la justicia. Trabajó intensamente en el tema del fortalecimiento de los partidos políticos con una visión moderna, e hizo énfasis en la financiación por parte del Estado de las campañas electorales para preservar la independencia de los elegidos, evitar el excesivo peso de dineros mal habidos e impulsar la equidad en la contienda democrática.

Concibió los partidos como verdaderos articuladores de las muy disímiles fuerzas que funcionan en la sociedad, de tantos actores con diferentes intereses y propósitos. Y esas ideas hacían parte de un gran proyecto de renovación de las costumbres políticas, esencial en la propuesta del Nuevo Liberalismo. Es difícil encontrar un dirigente mas comprometido con su nación, mas imbuido de los problemas de nuestra democracia.

Todos recordamos el vigor con el que reclamó transparencia y responsabilidad en el manejo de los asuntos del Estado. Galán concebía el Estado desde el ángulo de una administración moderna que permitiera prestar los servicios públicos de una manera equitativa y eficaz. Una y otra vez señaló su preocupación porque las instituciones públicas cumplieran sus funciones básicas. Era totalmente consciente del gran daño que le producen a la democracia las fallas del Estado en el cumplimiento de sus funciones básicas. Creía en la centralidad del Estado como principal referente de la política. Ello era esencial no solo para el bienestar de los ciudadanos, sino también para la democracia.

A Galán también le inquietaron los temas de la competitividad de Colombia y la necesidad de que el Estado proveyera la infraestructura necesaria para que nuestro país pudiera competir internacionalmente y para que internamente las industrias se prepararan para esa competencia internacional. Como lo he dicho en otras ocasiones, fue a Galán a quien por primera vez le escuché la idea de la globalización, palabra entonces ajena a nuestro vocabulario. Ya por esa época tenía claros sus retos y desafíos.

Con todos estos argumentos podemos entender a cabalidad su expresión juvenil según la cual la política es más que el arte de gobernar: es la ciencia que se dedica a estudiar el destino de los seres humanos.

Ese era su mensaje para una Colombia urbana cuyas inquietudes, preocupaciones y problemas

empezaban a ser diferentes de la Colombia del Frente Nacional. Galán nunca fue enemigo del Frente Nacional. De veras creía que había cumplido un papel importante en atenuar las pasiones políticas, pero miraba con honda preocupación que se trataran de perpetuar algunas de esas reglas y costumbres. En primer lugar porque se había perdido el sentido de la crítica, de la fiscalización, de la oposición. Se fue volviendo demasiado cómodo ese arreglo de compartir el poder y tomar las instituciones públicas como un botín que se repartían quienes guiaban los destinos del país que eran siempre los mismos. Galán entonces decidió enfrentar los vicios de la política con coraje y determinación, sin concesiones.

Y esas eran situaciones que muchos colombianos jóvenes y no jóvenes empezaron a mirar con fastidio, desdén, rechazo. Por eso fue tan importante la presencia de Galán para decirnos que ese no tenía que ser el orden natural de las cosas, y que era posible que la política jugara en sus vidas un rol trascendente y positivo. Él le dio a la política una gran dignidad afirmando su sitio destacado entre las profesiones humanas. Creó de nuevo la idea de que la política era algo más que acceder al poder o ganar elecciones. Le devolvió el sentido al hecho de que la política enaltece y no envilece. Y al enaltecer la política como en un poderoso instrumento para transformar la realidad, atrajo a centenares de miles de ciudadanos a participar en la vida pública.

De esa manera, Galán le devolvió a muchos colombianos el sentido de la participación política en los

asuntos del Estado. Con ello el electorado liberal o de cualquier otra denominación política adquirió un mayor sentido de independencia. El gran papel que ha adquirido ese electorado, que vota con esa independencia, sumado a las instituciones de la Constitución del 91, es lo que ha permitido la renovación de la dirigencia colombiana de una manera sin par en comparación con los otros países latinoamericanos o cualquier otra región del mundo.

Galán trajo a la atención pública temas de derechos humanos seriamente amenazados por acciones arbitrarias de muchas autoridades, por la cada vez mayor presencia de actores armados que rompían el monopolio de la fuerza por parte del Estado, por la impunidad. Estaba seriamente comprometido con los nuevos derechos que han ido surgiendo con mayor intensidad en las dos últimas décadas: los derechos de la mujer, los niños, los indígenas, los migrantes. Fue un muy celoso defensor de la libertad de expresión y de la libertad de prensa en momentos en los cuales ella estaba amenazada por actores intolerantes de nuestra sociedad.

Galán tuvo siempre una visión crítica, aguda y penetrante de nuestra sociedad. Pero él no era un pesimista, ni creía en un determinismo que nos asociara a la violencia perpetua o que hiciera de nuestros problemas algo intratable. Todo lo contrario. Creía en la capacidad de la sociedad colombiana para reaccionar ante el enorme cúmulo de problemas. Para detenerse ante el abismo, hacer una profunda re-

flexión y empezar de inmediato la tarea de darle un nuevo rumbo a Colombia, a sus instituciones, a la política.

Fue un gran crítico del papel del Partido Liberal en la administración del Estado. Le preocupaba hondamente el exceso de dispersión, desjerarquización y de parlamentarización en el que se estaba avanzado. Le preocupaba la corrupción y también el hecho de que el liberalismo se estuviera convirtiendo en una simple sumatoria o confederación de dirigentes regionales con propósitos solo electorales. Estas ideas tuvieron un gran impacto en su momento y encontraron un gran eco entre las jóvenes generaciones de colombianos.

No obstante, tenemos que reconocer que esas ideas tienen hoy más vigencia que entonces. Él se anticipó y avizó lo que se nos vendría encima y no tengo duda de que su pensamiento político constituye hoy un componente fundamental de la reorientación que el país demanda para hacer que las ideas liberales nos sirvan de guía para actuar y no solo para pensar.

Recientemente, al trabajar en el prólogo para un libro que ha escrito Humberto de La Calle sobre la Constituyente, próximo a ser publicado, tuve la oportunidad de examinar el significativo papel que entonces jugó Galán para ayudar a la administración Barco a concebir un proyecto político progresista, tolerante, pluralista, de profundas reformas a las instituciones políticas colombianas.

Estábamos en esa época muy preocupados por la enorme dificultad que había encontrado Colombia para transformar sus instituciones políticas. Llevábamos entonces tres gobiernos sucesivos dando tumbos en ese tema. La reforma a la justicia era lo que se veía como un imposible. Se decía que habíamos tirado al mar las llaves del cambio político o que la nuestra era una sociedad bloqueada, para reflejar lo difícil que representaba reformar nuestras instituciones.

En mi condición de Ministro de Gobierno tuve muchas oportunidades de cambiar impresiones y preocupaciones sobre este tema con Luis Carlos Galán. Hoy recuerdo muy especialmente sus palabras de estímulo a nuestra primera propuesta de plebiscito y Constituyente.

Si queremos medir qué tan acertado era su análisis de la sociedad colombiana y qué tanto se anticipó a nuestros tiempos, vale la pena recordarlo cuando en 1988 decía que “todos sabemos que la crisis en la que se encuentra Colombia es una de las más difíciles que se haya presentado en casi dos siglos de vida republicana porque han surgido peligros para la democracia y la libertad que no conocieron las generaciones precedentes. Las crisis, sin embargo, son la gran oportunidad para hacer un cambio histórico. En medio de las dificultades y horrores de esta época cruenta y dolorosa debemos tener fe y esperanza, porque nada puede detener un gigantesco proceso de cambio que se impondrá en nuestra época”.

Esos intercambios se tornaron más intensos cuando acometimos las tareas de diseñar un cambio constitucional que retomara el camino reformista y sirviera de plataforma a la unión liberal que entonces estaba en ciernes. Recuerdo su entusiasmo con la idea de consignar de manera expresa en la Constitución los derechos ciudadanos, durante la primera vuelta de ese proyecto de reforma que a mí me correspondió tramitar en el Congreso. Recuerdo, por ejemplo, el convencimiento que tenía de la necesidad de crear el sistema acusatorio, de atenuar los mecanismos de cooptación, de movernos más vigorosamente en la modernización, en la capacitación de los jueces, en la dignificación de la justicia.

Recuerdo también su satisfacción con el Plan Nacional de Rehabilitación y con la política de paz que en la administración Barco concebimos con Rafael Pardo a la cabeza.

También trabajó intensamente en el Congreso para hacer realidad al vigoroso proceso descentralista, de autonomía regional que comenzó en la administración Betancur, apoyando decididamente la elección popular de alcaldes y la mayor participación para los municipios del impuesto de ventas.

Hago algunas de estas reflexiones no solo por su trascendencia, sino porque muchos ven a Galán solo desde el ángulo de lo que significó como protesta, como expresión de disenso, como rebeldía con el estado de la nación, y a veces olvida que alcanzó a dejar huellas

indelebles en nuestras instituciones. Porque sin duda Galán era un gran constructor.

Tuve la ocasión de apreciar cómo fue escogiendo ideas, propuestas, juicios sobre nuestras instituciones y cómo esperaba estar al frente del proyecto político que transformaría las instituciones de Colombia. Infortunadamente ello se truncó y nos dejó a nosotros la tarea de seguir construyendo, guiados por su ejemplo y su pensamiento.

Después de su muerte y en plena campaña presidencial, la Constituyente surgió más que como un gran movimiento de protesta como uno de esperanza. Y mucho tuvo que ver en ello su sacrificio. Por eso fueron jóvenes profesores y estudiantes los

que impulsaron la séptima papeleta, movimiento que encarnó un deseo de cambio que se esparció por toda Colombia con una intensidad insospechada.

Creo que he hecho estas reflexiones en la certeza de que hemos ido encontrando los hilos del pensamiento de Galán en nuestros tiempos; descubriendo cómo sus ideas y comportamientos son el paradigma que debemos adoptar para hacer que nuestra nación avance en los objetivos que a todos nos unen en democracia, en justicia social, en libertad, en respeto por los derechos ciudadanos, en prosperidad y bienestar.

Muchas gracias.

**LA UNIVERSIDAD JAVERIANA
SIENTE EL DOLOR DE COLOMBIA**

*Jorge Hoyos, S.J.**

A la familia Galán Pachón¹

Profundamente conmovido por el vil asesinato de nuestro querido exalumno Doctor Luis Carlos Galán Sarmiento, pienso que debo enviar un mensaje. Ante todo un mensaje de condolencia y solidaridad a la Familia del Doctor Luis Carlos Galán, su digna esposa, sus hijos, sus padres y hermanos y demás familiares, los acompañamos en la pena y ofrecemos por ustedes y por Luis Carlos, nuestras oraciones al Señor. Este mensaje va también para la Familia Javeriana: Exalumnos, alumnos, profesores, empleados; todos hoy nos sentimos heridos en el alma. Este

mensaje es especial para exalumnos, alumnos, profesores y empleados de la Facultad de Derecho de la Universidad Javeriana: el Doctor Luis Carlos Galán ennobleció con sus virtudes, su espíritu Javeriano, su talento y su deseo de servicio, ennobleció a esta casa Javeriana a la Facultad de Derecho. Sin ningún protagonismo creería que debo también enviar un mensaje a la Patria Colombiana adolorida, sin ninguna connotación de baja política, sino con un sentido amplio de la polis, deseando el bien común y debo pedirle a mis conciudadanos que nos unamos todos para salvar a Colombia en este momento de su angustia. Realmente, el asesinato de Luis Carlos Galán golpea en su corazón a la Patria Colombiana, pero nos invita a todos a imitar su deseo de bien común, su deseo de hacer una Colombia grande y amable, esta invitación de unión, de paz

* **Hoy en la Javeriana** N° 1.000, 31 de agosto de 1989.

1. Mensaje del Rector de la Universidad, enviado a través de la Emisora Javeriana, 22 de agosto de 1989.

y de trabajo por Colombia: creo es el mejor homenaje a la memoria de Luis Carlos Galán, brillante exalumno de esta Universidad Javeriana. Que Dios nos acompañe.

Discurso²

“...El día de hoy es un día de luto para Colombia, y es un día de tristeza para esta casa Javeriana, los bárbaros, los apátridas le han quitado la vida, a uno de nuestros exalumnos bandera de esta Universidad, qué triste para el Rector de la Universidad Javeriana, convidar a estos jóvenes en el día de hoy al triunfo y a la alegría, cuando uno de nuestros exalumnos, un alumno del alma, ha entregado su vida por la Patria y no sabemos por qué. Todavía no hace un año, en los primeros días de noviembre de 1988, en este mismo salón Félix Restrepo, en este mismo micrófono, dos exalumnos nuestros distinguidos, candidatos o precandidatos a la Presidencia de la República nos hablaban a nosotros: Ernesto Samper Pizano y Luis Carlos Galán Sarmiento; Ernesto nos hablaba de Democracia y Paz, y Luis Carlos, nos hablaba de Educación y Paz. Terminó Ernesto Samper sus palabras, con estas palabras de Bertolt Brecht: “Primero vinieron por los campesinos y a mí no me importó porque no soy campesino; después vinieron por los obreros y a mí tampoco me importó porque yo no pertenezco a ningún sindicato; luego se llevaron los curas y a mí

no me importó porque yo no soy creyente; ahora vienen por mí ¡pero ya es demasiado tarde...!” (Revista Javeriana, p. 365).

Vinieron por Ernesto, la Providencia del Señor lo salvó de fallecer, los sicarios, los apátridas fueron al aeropuerto Eldorado por él.

En la misma conferencia, Luis Carlos Galán nos dijo a propósito de Educación: “¿Qué tiene que ver el sistema educativo, la educación colombiana, con la violencia, con la dificultad para lograr la paz? Yo creo que para contestar esta pregunta había que plantear otra simultánea: ¿Por qué el ser humano es violento? Cuándo el ser humano decide ser hostil, y cuándo en él se multiplican los deseos de destrucción, en qué medida el sistema educativo puede ayudar a que eso no ocurra, o que esas energías se canalicen con un sentido no destructivo, sino constructivo, el ser humano es agresivo, es violento, cuando se siente frustrado, cuando ha fracasado, cuando percibe algún tipo de complejo de inferioridad. Al contrario cuando se siente seguro con todo lo que pueda implicar seguridad, cuando se siente realizado, no es violento” (Revista Javeriana, p. 344). *Amigos, Amigas*: la Universidad, sus directivos, sus profesores, les han entregado a Ustedes todo lo que es necesario para que no se sientan frustrados, se sientan seguros, listos para servir a Colombia; ustedes no serán violentos, no pueden ser violentos, se les ha educado para la paz, la paz a la que escribió Pablo VI diciendo: “Opus institiae pax”, la Paz es el fruto de la Justicia.

2. Apartes del texto leído durante la ceremonia de graduación de Arquitectos y Diseñadores Industriales, el 22 de agosto de 1989.

La paz es el don de la justicia. A ustedes se les ha inculcado en cada uno de sus trabajos de grado, sus proyectos; yo sé que ustedes no se sentirán frustrados. La Providencia viene por ustedes, los llama a un servicio, porque para eso los preparó la Universidad. Yo quiero insistir en estas palabras de Luis Carlos Galán, que las dejó para Ustedes como el testamento de un exalumno nuestro brillante que honró a la Universidad y a la Patria: *“LA VIOLENCIA ESTÁ LIGADA CON EL PROCESO EDUCATIVO, NO EN FORMA PROPORCIONAL, PERO SÍ COMO UNO DE SUS INGREDIENTES, LA VIOLENCIA ESTÁ LIGADA CON LA CRISIS DE VALORES, CON LA DESCOMPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD, CON LA CRISIS DE LA FAMILIA, Y TODO ESTO TIENE QUE VER CON EL SISTEMA EDUCATIVO” (Ibidem).*

Yo digo que el sacrificio de Luis Carlos Galán tiene que ver con el grado, con el diploma, que ustedes están recibiendo el día de hoy; yo no los estoy engañando. A Ustedes se les ha formado, de parte de sus familias y de parte de esta familia Javeriana, con unos valores profundos, que van más allá del inmediatismo de cada instante, que van más allá de la ambición de lucro; la ambición de lucro tiene perdida a Colombia; a Ustedes se les ha formado para otra cosa, para las realizaciones en la ciencia, en el servicio, en la construcción de la paz, en el servicio a los hermanos. El Señor Jesús en el Sermón de la Montaña, dijo de pronto con más énfasis que yo, porque yo tengo ganas de llorar: *“Bienaventurados los constructores de la paz porque ellos serán los llamados hijos de Dios”.*

LUIS CARLOS GALÁN

*Juan Diego Jaramillo**

“Galán no pertenece ya a su familia, ni a su partido: es una herencia moral de los colombianos”.

Tuve el privilegio de conocer a Luis Carlos Galán. Guardábamos una estimación mutua que nos apresurábamos a manifestar cada vez que nos veíamos, por casualidad, en los recovecos de un coctel... Porque no teníamos amistad social, ni política. Entonces Galán, al saludar, sonreía entero, con los ojos, y ponía inmediatamente el tema político.

Nunca vi, en lo que los sajones llaman "*small talk*", la pequeña conversación banal, intrascendente, que sostienen los que no tienen tema para hablar pero se han quedado atrapados en un corrillo... Con Galán se hablaba directamente, siempre al grano, siempre en profundidad.

Le vi alguna vez recostado en una columna de la Embajada Americana, unas semanas después de retirada su candidatura presidencial, para dejarle paso a Virgilio Barco. En un salón repleto de gente, estaba completamente solo, casi, digamos, taciturno...

Yo tenía el convencimiento, y lo tengo aún, de que esa fue la oportunidad fallida de Galán, y que fue un error monumental haber declinado la candidatura, en vísperas de una elección clientelista, en la que no existía pureza política... En las elecciones de mitaca, en el viejo sistema, todo estaba corrompido, pero luego, en la presidencial, la opinión libre siempre volvía a aflorar...

Galán no pudo llegar nunca a una elección libre. Por eso su mayor lucha parlamentaria fue concebir el famoso "tarjetón", que tenía el propósito de volver secreto el voto y de

* **El Tiempo**, 22 de agosto de 1992, p. 5-A.

romper el vínculo de dependencia entre los electores y los elegidos.

Y su mayor tragedia fue no haber podido usar el tarjetón, con el cual –no cabe duda– Galán habría sido el actual Presidente.

A los tres años del cobarde sacrificio de Galán, es evidente que ha quedado vivo en la conciencia moral de los colombianos, un mensaje de restauración.

Sabemos que las cosas sí pueden cambiar. El prestigio de Galán trasciende no solamente los ámbitos de su propia familia, sino los de su partido. Ya no sería justo, ni honrado, seguir hablando del "proyecto político de Galán", como lo hace Gaviria, como si se tratara de un proyecto de partido. He visto a muchos conservadores aplaudir con nobleza la memoria del ilustre colombiano, y llorar con rabia la oportunidad fallida.

Porque Galán tenía liderazgo. Él le inspiró a las nuevas generaciones el ideal de la lucha contra la corrupción, y el de la defensa de los valores del espíritu. Es el adalid, y el mártir, de toda una generación, posterior al Frente Nacional, que no se acostumbra a la vieja política como la está ejerciendo el actual Presidente...

Lo que el país nuevo tiene que hacer es acostumbrarse a elegir a los hombres que quiere.

En el viejo sistema se elegía a quien más detestaba la opinión. Era

el peso aplastante de las maquinarias, que desvirtuaba las tendencias de la opinión...

Álvaro Gómez Hurtado, por ejemplo, es una víctima permanente del viejo sistema. No hay duda de que es un hombre honrado, inteligente, con liderazgo y capacidad. Pero el país no está dispuesto a elegirlo, tal vez porque no fue liberal... En los próximos años, cuando pase su tiempo la opinión lo recordará con nostalgia, y sus herederos hablarán del "Proyecto Político de Alvaro Gómez", que no será otra cosa que la ilusión que tiene la gente de bien de salir de la decadencia...

Pero no lo habrán elegido.

Y el país tiene que acostumbrarse a elegir en libertad. Para eso nos dejó Luis Carlos Galán la institución política del "tarjetón" y la memoria de la rebeldía. Galán tenía carácter. Y tenía corazón. Y hay que aprender a concebir la política –a diferencia del PRI mexicano– como una lucha combativa y tenaz por la construcción moral, y física, de una nación.

La construcción del bienestar y de la prosperidad, contra las fuerzas de la decadencia que son las mismas de los intereses creados.

No hay política sin lucha. No hay política sin confrontación. No hay política sin victoria. Esta es la parte vital de Galán que le faltó comprender a César Gaviria.

DECLARACIÓN

*Consejo de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Socioeconómicas**

Roberto Suárez Franco
Presidente Consejo
 Hernán Posada Saldarriaga, S.J.
 Francisco Camacho Amaya
 Jorge Cubides Camacho
 Gustavo Cuello Iriarte
 Juan Carlos Esguerra Portocarrero
 Rafael H. Gamboa Serrano
 Ramón Eduardo Madriñán De La Torre
 Rafael Nieto Navia
 Juan Camilo Restrepo Salazar
 Bernardo Gaitán Mahecha
 Carlos José Gómez Jiménez
 Víctor Bravo Casas
Secretario

El Consejo de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Socioeconómicas de la Pontificia Universidad Javeriana fiel intérprete del pensamiento de sus directivas, profesores, alumnos y demás personas vinculadas a ella, se

solidariza con el dolor de la esposa, los hijos, los padres y demás familiares y amigos del doctor LUIS CARLOS GALÁN SARMIENTO. Lamenta profundamente la desaparición de quien fue honra de nuestra Universidad. Exalta su personalidad íntegra, su ejemplar trayectoria universitaria, su inmaculada actividad pública y su intachable vida familiar, reflejo fiel de las virtudes del abogado javeriano. Comparte los sentimientos de pesar y frustración de todos aquellos que depositaban en tal excelsa figura esperanzas de una patria mejor. Rechaza enfáticamente este crimen de características monstruosas, de la misma manera como repudia toda forma de violencia y de quebrantamiento de los derechos de la persona humana, vengan estas acciones de donde vinieren. Exige de la autoridad del Estado acción eficaz tendiente a sancionar drásticamente a los responsables. Hace votos porque

* *Hoy en la Javeriana*, N° 1.000, 31 de agosto de 1989.

Colombia recupere la vigencia de la justicia y del derecho, fundados en la naturaleza total del hombre. Hace un llamado a la juventud colombiana y a todas las personas empeñadas en la construcción del verdadero orden a cerrar filas para la recuperación de la auténtica civilización cristiana. Promete seguir

proclamando los principios de una moral indivisible, que prevalezca sobre toda ordenación contraria a la equidad, y continuar luchando para que Colombia llegue a ser ejemplo de convivencia pacífica, de progreso continuo, de responsabilidad ciudadana y de justicia social.

UN LLAMADO A LA REFLEXIÓN !!

*Estudiantes de la Facultad de Derecho**

... "Llamamos a toda mujer y a todo hombre interesados en que los valores de la libertad y la democracia sobrevivan; a todo colombiano dispuesto a contribuir para que las energías políticas y espirituales de la Nación logre la apertura de un nuevo camino que nos permita a todos los compatriotas y a los habitantes de este país alcanzar seguridad y dignidad en nuestra vida material y moral..." Luis Carlos Galán

Las instituciones, la Nación y la vida de la república están amenazadas de muerte. Somos testigos y víctimas de la guerra declarada por el narcotráfico. Nuevamente ha truncado de manera alevé y sin ningún derecho, no solo el presente sino el futuro de los colombianos.

El imperio de los narcotraficantes es la amenaza que actúa excruciantemente con el afán infame de denigrar al ser humano. La indignación crece al observar al hombre que permite seducir su conciencia bajo el pretexto de la comodidad y el lucro. Se invierten los valores éticos y se promueve la destrucción de la sociedad: asesinatos, sentencias con claros matices de intimidación, droga que destruye el porvenir de los jóvenes, colombianos apátridas que venden sus conciencias, escuelas del sicariato con el fin de engendrar los mercenarios de la barbarie de la mafia, capos y esclavos que luchan en procura de la destrucción de la esperanza de Colombia.

La historia es capaz de ponernos en presencia de personas, acontecimientos y momentos importantes de la vida de nuestra patria. Es a través de ella que conocemos los diversos personajes que han tenido

* **Agora -Vértice**, Bogotá, 25 de agosto de 1989.

ingerencia en la actividad nacional, y solamente valiéndonos de ella, podemos convivir con quienes han regido en todos los tiempos los destinos de nuestra patria. De esta manera, nos encontramos con la figura de un hombre, consciente de toda la magnitud de su compromiso con la sociedad, dotado de unas cualidades humanas e intelectuales escasas en nuestros días, e impulsado diariamente por su inquebrantable espíritu de lucha. Ya desde sus primeros años, Luis Carlos Galán sobresalía como estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad Javeriana; sus convicciones e inquietudes de tipo político lo llevaron a plantear un nuevo estilo de proceder en la vida pública. Sus ideas evocaban con rebeldía un profundo sentimiento por los valores de la comunidad: la democracia, la libertad, la justicia y la tolerancia de ideas que fortalecerán la convivencia en un Estado de Derecho. Su doctrina configuró una nueva forma de pensamiento, una renovación y una lucha constante en defensa de las instituciones. Clara muestra de su liderazgo fue su facilidad para difundir sus ideas, labor que inició de manera muy exitosa dentro de la facultad a través de la revista *Vértice*, publicación ésta que le abrió las puertas a uno de los diarios de mayor influencia a nivel nacional.

Posteriormente desempeñó cargos de importancia llegando a finales de la década de los setenta a fundar el Nuevo Liberalismo, movimiento del cual nos quedan hoy algunas bases para el destino de nuestra patria, y que nos deja a las nuevas generaciones la convicción de que el crimen podrá acabar con la existen-

cia de las personas, pero jamás lo hará con las ideas ni con el espíritu de lucha. Se extingue una generación, pero se forma otra, dispuesta a ofrecerlo todo.

Los estudiantes no solo repudiamos el asesinato de quien fuera un ilustre abogado, maestro y político javeriano con vocación magnánima de prócer, sino que aceptamos con decisión y firmeza la guerra que nos ha sido declarada.

Se nos dice que somos la esperanza de un pueblo: seamos luz en momentos de tinieblas y esperanza que desde ya busca activamente la reivindicación de los valores propios de Colombia.

¿Seguiremos esperando en la pasividad y en la indiferencia?

¿Seguiremos impulsando teorías que solo podrán ser concretadas en un futuro muy lejano?

¿Seguiremos siendo egoistas y partícipes del letardo que invade a la universidad?

Todos nos preguntamos ¿Qué hacer? Responder que somos impotentes y aferrarnos a la idea de que estamos derrotados, es doblegarnos sin haber intentado un cambio, una lucha. Empecemos hoy mismo, actuando sobre nuestro radio de influencia y:

1. Llenémonos de valor civil para impedir, cueste lo que cueste, cualquier forma de violencia.
2. Asumamos con el liderazgo y la vocación que cada carrera uni-

- versitaria exige, el compromiso de servir a Colombia.
3. Cuestionemos cada acto de nuestras vidas para revisar si mantenemos una sola moral.
 4. Tengamos el valor y la determinación de respaldar y colaborar con la autoridad cuando ella actúe legítimamente; así como exigir, sin temor alguno, que actúe cuando omita sus obligaciones.
 5. Tengamos el coraje y la voluntad de no ser permisivos con todo aquel que consume droga.
 6. Guardemos la fe y la esperanza de que hallaremos la salida a esta avalancha de calamidades.

"En el nombre de Dios, de mis mayores y de la libertad, siempre adelante, ni un paso atrás y lo que fuere menester sea".

SUEÑO Y COMPROMISO DE UN JOVEN UNIVERSITARIO

*Gerardo Remolina Vargas, S.J.**

“*Sueño y compromiso de un joven universitario*” es el tema del encuentro que estamos iniciando en el día de hoy. ¡Bienvenidos! ¡Queremos que se sientan en su casa!

La Universidad Javeriana y la Fundación Luis Carlos Galán se sienten profundamente emocionadas al contemplar este auditorio lleno de juventud; al ver sus jóvenes rostros llenos de expectativa y avidez; al ponderar la carga de inteligencia que hay en sus mentes; al intuir la energía de su corazón; y al sopesar la fuerza de su voluntad.

¡Gracias por venir! Los felicito por estar aquí dispuestos a reflexionar seriamente sobre las ideas y el ejem-

plo de un ilustre joven universitario, de un Javeriano que, a la edad en que ustedes se encuentran, comenzó a forjar sus sueños en favor de la patria. Sueños que lo llevaron a ofrendar su vida como supremo holocausto de sus ideales.

Tres son las invitaciones de este encuentro:

- Una invitación a *soñar*.
- Una invitación a *comprometerse*.
- Una invitación a asumir plenamente su papel de *jóvenes universitarios*.

Y todo ello, en el encuentro con alguien que *soñó*.

Con alguien que *se comprometió*.

Y con alguien que *vivió plenamente su ser de joven universitario*.

El encuentro con Luis Carlos Galán y sus ideales juveniles, ex-

* Palabras del Rector de la Pontificia Universidad Javeriana, en la inauguración del Encuentro de Estudiantes Universitarios 2004, 10 de agosto de 2004.

presados en los tres escritos que hemos puesto en sus manos, es el catalizador que seguramente producirá en ustedes esa maravillosa reacción de *soñar*, de *comprometerse* y de *vivir plenamente su juventud universitaria*.

1. Una invitación a soñar

“*Bienaventurados los que sueñan sueños y saben realizarlos*”, decía el poeta. Esta inscripción se halla grabada en la entrada de uno de los edificios de nuestra Universidad, sobre una colage hecho de manos que se sobreponen en una actitud de esfuerzo y de colaboración: de solidaridad.

Bienaventurada la juventud porque es la edad propicia para soñar. Para trascender, con la fantasía, la cotidianidad de un mundo que nos aplasta con su crudeza, de una sociedad que nos asquea con su realidad, de un presente que nos asfixia con sus marasmos.

Soñar es imaginar un mundo mejor, un mundo diferente: un mundo en el que se respete la vida, en el que haya equidad, en donde el pluralismo sea una realidad; en el que la inclusión sea la ley; en donde haya empleo digno; en el que la calidad y la seguridad social permitan vivir con dignidad... Soñar es romper los esquemas y los cuadros opresores de nuestra realidad social, de la indiferencia y del odio, de la corrupción y la opresión, de la violencia y la guerra. Soñar es proyectarse hacia el futuro. Soñar es imaginar un mundo en paz. Soñar es propio de los jóvenes; Por eso queremos invitarlos a soñar!

2. Una invitación a comprometerse

La palabra “compromiso”, en castellano adolece de una cierta ambigüedad: compromiso puede ser un arreglo hecho entre las partes para concertar y evitar conflictos; un convenio en el que, aunque no se esté muy convencido, se cede parte de los intereses personales o grupales para sortear situaciones incómodas o embarazosas. Significa, incluso, una cierta componenda en la que se disimulan algunos aspectos del problema en aras de una concordia ficticia o de una paz mal entendida. Este compromiso está totalmente excluido en nuestra invitación.

El compromiso en su sentido más genuino es la obligación contraída, la palabra dada, la fe empeñada. Comprometerse es pasar del sueño a la realidad. Es asumir la vida con toda su crudeza. Es aceptar el desafío que nos hace la historia y tomar con responsabilidad inquebrantable el destino que nos ha tocado vivir. Comprometerse es exponer la propia vida por una causa grande.

Los jóvenes –como dice Galán– (“Sueño y Compromiso de un Joven Universitario”, p. 12), están obligados –más que nadie- a no marginarse en ningún momento de la realidad, de los problemas y de la crisis contemporánea. Y él mismo afirmaba en primera persona del plural: “*No tenemos derecho a volverle la espalda a la inmensa tragedia que agobia a Colombia* (ib.) Comprometerse exige sacrificar la propia comodidad y la seguridad personal para darle la cara a los retos que se nos imponen.

Por las urgencias que vive nuestra patria, por la dura realidad que agobia a nuestros compatriotas, por los pobres y los desplazados, por una Colombia en paz, sin narcotráfico y sin terrorismo, con equidad y con justicia, los invitamos a comprometerse.

3. Una invitación a asumir plenamente su realidad de jóvenes universitarios

El tiempo de la universidad es uno de los períodos más fecundos en la historia de los hombres. Es la época en que se siembran a mayor profundidad las ideas y se fundamentan académicamente las convicciones que han de regirnos en la vida. Es el tiempo de la preparación profesional y científica que permitirá afrontar con inteligencia y con profundidad los problemas para encontrarles soluciones reales.

Es el tiempo de la siembra y de la espera; pero de una espera a la vez activa y paciente. El tiempo de la universidad es para alcanzar, como afirma el Gran Canciller de nuestra Universidad, una solidaridad bien informada; o si preferimos, una solidaridad adulta: *“una conciencia instruida de la sociedad y de la cultura, con la cual contribuir generosamente en el mundo tal cual es”* (Kolvenbach, en “Orientaciones Universitarias, PUJ, No.29, p. 86).

Y la solidaridad se aprende a través del “contacto” más que de “nociones”. *“Cuando la experiencia directa toca el corazón, la mente se puede sentir desafiada a cambiar. La implicación personal en el sufri-*

miento inocente, en la injusticia que otros sufren, es el catalizador para la solidaridad que abre el camino a la búsqueda intelectual y a la reflexión moral” (Kolvenbach, ib.).

Pero la solidaridad bien informada exige el estudio paciente, serio y profundo. Es preciso, como decía Galán, “que fundamentemos nuestra autoridad para solucionar los problemas colombianos en el hecho de conocer tales problemas. Antes, todo será prematuro y extravagante”. (“Sueño y compromiso... p.12).

“Los jóvenes estamos en el período de la preparación. Aún no hemos llegado al de la acción. Somos espectadores, aún no somos actores. Es prudente esperar. Estamos en el período del robustecimiento ideológico; primero debemos consolidar un criterio inteligente, denso e independiente. Una vez definamos nuestro criterio de análisis y de juicio, nos corresponde estudiar con él los problemas nacionales; después de examinar con esas consideraciones los problemas colombianos, ya podremos ofrecer soluciones objetivas y seremos capaces de afrontar esa responsabilidad tremenda que se nos va a venir encima: la responsabilidad de reconstruir un país que hoy se halla en lo moral, anárquico; en lo económico, colonial; en lo político, demagógico y en lo social absurdamente injusto” (“Sueño y compromiso, p.12).

La invitación es hoy, pues, a vivir a fondo su realidad de universitarios: de jóvenes generosos y solidarios con quienes sufren y son víctimas de múltiples injusticias; jóvenes que

se preparan científicamente para ofrecer soluciones reales al país. Sólo las soluciones inteligentes son reales.

Por ello, queremos hacer nuestras las palabras de Galán: *“Nos comprometemos a reflexionar sobre los males de la República y prepararnos para aplicar la debida terapéutica en el momento oportuno.”* (Ib.).

El día de hoy, es suyo, para reflexionar. ¡Aprovéchenlo!

El día de mañana es suyo, para actuar. ¡Comprométanse y prepárense!

Como afirmaba Gabriel Turbay, en frase que hacía vibrar de entusiasmo a Galán, *“Cuando la juventud de la universidad se pone en pie, siempre la patria ha podido esperar algo grande”*.

¡Bienvenidos y muchas gracias!

FAMA Y GRANDEZA

*Gerardo Remolina Vargas, S.J.**

Nos hemos reunido en esta noche, fecha en la que hace quince años cayó fulminado en el campo de batalla uno de los grandes hombres de nuestra reciente historia colombiana. Lo hacemos con el fin de recuperar su memoria, de exaltar la lucidez y el vigor de su pensamiento, y de ensalzar la valentía de su espíritu. Cayó víctima de los poderes tenebrosos de la corrupción y el narcotráfico, y como campeón de la honestidad y de la coherencia. Su figura, que hoy se yergue victoriosa, nos permitirá extraer de su ejemplo, lecciones que aún no hemos aprendido y de cuyas enseñanzas continúa adoleciendo nuestra patria.

Luis Carlos Galán fue un hombre grande. Brilló con luz propia, y

aunque iluminó por un breve espacio nuestra historia, sus destellos continúan alumbrando los senderos que debemos transitar. Por eso queremos exponerlo de nuevo a la consideración de nuestro pueblo, proponerlo a la reflexión de nuestros gobernantes, y someterlo de manera especial al examen de nuestra clase política.

En la historia han existido hombre grandes y hombres famosos.

Los hombres famosos no son necesariamente hombres grandes. Los hombres famosos dan de qué hablar. Pero su paso por la historia, sobre todo en épocas como la nuestra en que predomina la frivolidad, es vertiginosamente fugaz. Son flor de un día. Desaparecen en un abrir y cerrar de ojos. Son como luces fatuas o juegos pirotécnicos. Duran lo que un suspiro. Carecen de raíces profundas y por eso los arrebató el tiempo. Su gloria es superficial, no

* Palabras del Rector de la Pontificia Universidad Javeriana, en la Presentación de la Cátedra Galán Siglo XXI, 18 de agosto de 2004.

va más allá del aplauso pasajero, y muy pronto se ven sepultados en la noche del olvido.

Los hombres grandes, por el contrario, dan qué pensar. Por eso se convierten en símbolos: son realidades que, como todo lo humano, llenan un espacio perecedero de la historia, pero lanzan hacia el más allá; hacen trascender. Superan el espacio y el tiempo. Los hombres grandes viven tiempos imperecederos, porque roturan con profundidad los surcos de la historia. Sus huellas se encuentran arraigadas en lo más noble del espíritu. Sus obras son duraderas e iluminan a las generaciones que los han de suceder. Son personajes que encarnan los valores más profundos de los pueblos.

Pero fama y grandeza no son incompatibles. Han existido también hombres grandes y han sido a la vez famosos. Son aquellos que por la profundidad de su pensamiento, por la audacia de su acción, por la solidez de sus realizaciones, y por haber encarnado los más grandes valores humanos, han dado de qué hablar, pero también han dado qué pensar y han adquirido una fama que desafía el desgaste producido por el tiempo. Los hombres grandes y famosos son símbolos que nos permiten hablar con elocuencia de lo imperecedero que quisiéramos realizar. Sin embargo, la fama no es la medida de la grandeza. “No eres más porque te alaben, ni menos porque te vituperen –dice el Kempis– ; eres lo que eres delante de Dios”.

Luis Carlos Galán fue un hombre grande y a la vez famoso. Nos

detenemos hoy ante su memoria, pues nos da qué hablar su brillantez de espíritu y el atractivo de su personalidad política; y nos da qué pensar la profundidad de sus ideas y la honestidad de su compromiso con Colombia. Queremos asimilar la consistencia de su fama y la solidez de su grandeza.

Doctor César Gaviria Trujillo: su presencia enaltece este escenario desde el cual queremos lanzar la “Cátedra Galán Siglo XXI” dentro de la conmemoración del XV aniversario del sacrificio de Luis Carlos Galán Sarmiento. Una cátedra que pretende ser un espacio abierto *“para promover el debate sobre las ideas y valores que guiaron la vida pública de Luis Carlos Galán y cimentaron su proyecto político de servicio al país”*. Usted estuvo a su lado en los duros momentos de sus campañas políticas. Usted lo acompañó en sus luchas. Usted pudo apreciar de cerca la grandeza de su espíritu y los nobles ideales que perseguía con sus acción política. Usted retomó sus banderas. Usted guió los destinos de nuestro país durante cuatro años y ha estado al frente de la Organización de Estados Americanos, organización que busca defender y solidificar la democracia en nuestro Continente. Gracias por acompañarnos en este lanzamiento de la Cátedra Galán Siglo XXI de la Pontificias Universidad Javeriana, y por haber aceptado ayudarnos a profundizar en la realidad de este hombre grande y famoso, orgullo de la patria.

¡Muchas gracias!

LA EDUCACIÓN Y LA POLÍTICA

*Gerardo Remolina Vargas, S.J.**

En nombre de la Pontificia Universidad Javeriana, y en el mío propio, deseo saludar muy cordialmente a todos ustedes, y agradecerles el haber aceptado la invitación a participar en este encuentro, primer Foro de la “Cátedra Galán Siglo XXI”.

Quiero saludar de manera muy especial y afectuosa a los Filósofos y Catedráticos Javier Muguerza y Miguel Giusti, quienes nos ilustrarán con sus reflexiones acerca de la temática de este encuentro. Mi saludo se hace extensivo a la doctora Myriam Jimeno Santoyo, así como a los doctores Iván Marulanda y Alonso Salazar, quienes han aceptado generosamente iluminarnos con sus luces.

Un saludo especialmente calurosos a doña Gloria Pachón de Galán, a doña Cecilia Sarmiento de Galán, a sus hijos e hijas, a sus nietos y demás familiares y amigos.

Y todos ustedes, ilustres participantes en este Foro, reciban en este acto mi más afectuoso saludo de bienvenida. La Universidad Javeriana quiere ser su casa en este día memorable.

La “Cátedra Galán Siglo XXI” de nuestra “Alma Mater”, inaugurada anoche con la excelente disertación del Dr. César Gaviria Trujillo, ex-Presidente de la República de Colombia y Secretario de la Organización de Estados Americanos, pretende abrir un espacio para la realización de foros, conferencias y eventos abiertos especialmente a

* Palabras del Rector de la Pontificia Universidad Javeriana, en la Sesión inaugural del I Foro de la Cátedra Galán Siglo XXI, Bogotá 19 de agosto de 2004.

los universitarios del país, que sirva para promover el debate sobre las ideas y valores que guiaron la vida pública de Luis Carlos Galán y cimentaron su proyecto político de servicio al país.

Damos inicio a esta cátedra, en continuidad con la “Cátedra Galán” que había sido instituida en la Universidad Javeriana en el año de 1990, y que hoy queremos relanzar dándole apertura con dos temas que fueron piedras sillares de la actividad desarrollada por Galán a lo largo de su vida: la Educación y la Política.

1. La educación

La educación fue una de sus grandes pasiones. Cuando había terminado sus estudios de Derecho, pero era aún un candidato al título de abogado, fue llamado para asumir en 1970 el cargo de Ministro de Educación Nacional en el gobierno del Presidente Misael Pastrana Borrero. Se convirtió así, a sus 27 años, en el Ministro de Estado más joven en la historia del país. Él mismo, como Ministro de Educación, tuvo que firmar su diploma que lo acreditaba como Abogado Javeriano.

Sólo 22 meses duraría su permanencia en esta cartera, pero su preocupación por la educación sería una constante el resto de sus días. La XVI sesión de la Conferencia General de la Unesco escucharía en París su voz de joven Ministro que afirmaba: *“Bastantes jóvenes desafortunadamente piensan que la violencia es el único instrumento eficaz para los cambios sociales. (...) Sin embargo, muchos jóvenes mantenemos la esperanza en conseguir*

las transformaciones mediante la evolución mental y espiritual que determina la educación”.¹

Y en ese mismo discurso, hace una lúcida y brillante proclama de la formación integral:

“La nueva educación –afirmaba– debe ser integral y completa. Integral en cuanto al desarrollo de los integrantes del hombre (cuerpo, mente y sentimiento) y completa porque debe abarcar todas las edades y estamentos sociales. En el fondo, la educación debe ser el incesante nacimiento espiritual del hombre, el sendero que le abra los caminos hacia el interior de su ser, en donde está su fuerza creadora, su poder liberador”.²

Un año después, el novel Ministro sería el principal impulsor de la Reforma Universitaria de 1971.

Y ayer hizo 15 años, el 18 de agosto de 1989, pocas horas antes de su sacrificio, disertaba en la Cámara de Comercio de Bogotá sobre varios temas educativos poniendo de relieve la necesidad de elevar la motivación de los maestros y de exaltar su papel en la sociedad.

“Educar para una nueva Colombia” fue el título de su discurso en el acto de instalación del seminario “La Agenda Educativa de la Década de los años 90’s para la Colombia

1 “La Crisis de la Educación 1970-1972”, Fundación Luis Carlos Galán – Ministerio de Educación Nacional, Santafé de Bogotá 1w993, p. xxxi.

2 *Ib.* p. xxvii

del siglo XXI". De esta brillante intervención, bien vale la pena citar algunos apartes que reflejan su sentido realista y concreto de la labor educativa, enmarcada en una amplia visión de futuro. Así, por ejemplo, afirmaba:

*"Si educar es preparar a los hombres del porvenir, ello supone plantear el problema de la sociedad en la que se quiere vivir e identificar las metas de la Nación, sus posibilidades y necesidades colectivas con perspectivas que vayan más allá de la próxima generación."*³

Su concepción integral de la educación está de nuevo claramente expresada en las siguientes palabras, llenas además de un profundo realismo:

*"(...) resulta necesario subrayar que el sistema ya no sólo tiene que considerarlos problemas de la educación intelectual, ética, física, emocional y estética, por ejemplo, sino ciertos problemas concretos de la sociedad colombiana como la necesidad de crear valores para superar los impulsos negativos y destructivos, la violencia individual y social, la injusticia, el atraso, la mediocridad, el aislamiento, la indiferencia por las responsabilidades familiares, el autoritarismo, la intolerancia, el escepticismo y la marginalidad frente a las cuestiones cívicas, la corrupción y la deshonestidad".*⁴

3 Educación en los 90 para el Siglo XXI", Documentos – Fundación Luis Carlos Galán, No. 39, agosto 1990. p. 7, p.10, col.1ª.

4 *Ib.* p.12, col.1ª.

A Galán le apasionaba el tema de la educación porque sabía que la principal riqueza de un país la constituyen sus recursos humanos, y que en Colombia el valor extraordinario de sus gentes se halla en una inmensa parte desperdiciado:

*"Estoy convencido –afirmaba– que el mayor despilfarro de los colombianos es el que tiene lugar en los recursos humanos. Estamos obsesionados por las políticas macroeconómicas y empezamos a interesarnos por mejorar la productividad en relación con la tierra, las minas, las máquinas, los productos, los procesos fabriles y últimamente la administración; sin embargo, entre uno y dos millones de colombianos pertenecientes a la población económicamente activa todavía son analfabetas y en el resto de la población aún existe una utilización racional mínima del potencial humano".*⁵

2. La política

Nadie que aspire a realizar la transformación de una sociedad puede ser ajeno a la política. Ésta, que en su sentido más genuino es el arte de procurar orientar y movilizar los poderes sociales hacia el bien común, exige un conocimiento concreto de la sociedad y la voluntad decidida de comprometerse con ella.

En Luis Carlos Galán, la acción política fue la expresión más vehemente de su espíritu. Desde sus primeros años como colegial, y poste-

5 *Ib.* p.13, 1ª-2ª-col.

riormente como joven universitario, se implicó de manera resuelta en la movilización de las fuerzas sociales, comenzando por las de sus compañeros de colegio y de Universidad.

El 4 de julio de 1989, mes y medio antes de su muerte, escribía:

“Mis primeras experiencias políticas comenzaron en los años cincuentas, más exactamente en septiembre de 1956—tenía 13 años—cuando gané distinciones especiales entre mis condiscípulos al pedir públicamente la elección popular del Presidente de la República en reemplazo del gobierno dictatorial. (...) Toda la época universitaria en los años sesentas la dediqué a proponerle una alternativa liberal a mi generación para que no se identificara con las opciones extremistas ni se sacrificara inútilmente ni levantara su brazo contra la vida humana. En la revista que fundé (Vértice, 1963) en los periódicos de amplia y de modesta circulación donde escribí y en los programas radiales que dirigí en aquellos años, así como en los Congresos Nacionales Universitarios a los que asistí propuse a mis contemporáneos que nos preparáramos para luchar por el cambio social dentro de las reglas de juego de la democracia política y dí siempre testimonio de las ideas liberales. En los años 1965 y 1966 tuve a mi cargo la movilización de la juventud universitaria...”

De todos ustedes es suficientemente conocida, al menos a grandes rasgos, la trayectoria política de Luis Carlos Galán: el Ministerio de Educación Nacional, su desempeño diplomático, la fundación del Nuevo

Liberalismo, el Congreso de la República, las luchas en la palestra periodística, la campaña para su elección Presidencial, el precio de sangre que pagó por sus profundas convicciones políticas y su lucha frontal contra de los vicios más aberrantes del país.

Galán impulsó una “nueva manera de hacer política”, que su movimiento definió *“como una toma de conciencia sobre los problemas reales de la sociedad colombiana; el aporte de una respuesta a los problemas, a través de la elaboración de un proyecto político global y la búsqueda de una participación democrática activa de todos los colombianos.”*⁶

Esta nueva manera de hacer política fue propuesta como un modelo democrático tridimensional basado

- En primer lugar, en principios éticos y morales, tales como la honestidad, la transparencia y el espíritu de servicio público.
- En segundo lugar, en las características políticas, socioeconómicas y culturales de los colombianos, y
- Finalmente, en la educación como método para lograr el establecimiento de una democracia participativa, una integración de los sectores de la población marginados del debate político, y el desarrollo de una opinión pública con mentalidad política, crítica y analítica.⁷

6 Juan Manuel Galán, “El Rojo de Galán”, Editorial Planeta, 1998, p. 19.

7 cfr. ib. p.56

Esta relación directa entre la educación y la política fue uno de los elementos claves de su acción:

*“Necesitamos educar para la democracia—afirmaba Galán en 1989—. Educación para entender la política, y educación para actuar en política”.*⁸

Confiamos en que la “Cátedra Galán Siglo XXI” abrirá a los universitarios, tanto Estudiantes como Profesores, así como a las clases dirigentes del país, un espacio académico nuevo, sereno e imparcial, que permita reflexionar críticamente sobre los grandes problemas del país y comprometerse a actuar participativamente sobre ellos, con una conciencia renovada de su responsabilidad social.

Para quienes estamos al frente de la educación Superior en el país, educar para una auténtica acción política es un imperativo categórico;

comenzando por una educación cívica elemental que conduzca a una armónica convivencia ciudadana; que avance con el reconocimiento del otro como diverso de sí mismo; que enseñe a asumirlo como persona de igual dignidad y parte de uno mismo; que me permita aceptarlo como sujeto de derechos y deberes, y como alguien a quien me une el deber fundamental de la solidaridad. Una educación que asuma la tarea de hacer reconocer lo público frente a lo privado; que cree la pasión por el bien común de la sociedad; que estimule la participación y el compromiso; que enseñe a conocer a fondo los problemas y a buscarles soluciones reales, es decir, inteligentes.

Ojalá la “Cátedra Galán Siglo XXI” nos permita pasar de la indiferencia al compromiso, y de la apatía al apasionamiento ciudadano.

Muchas gracias!

8 “Educación en los 90 para el Siglo XXI”, Documentos - Fundación Luis Carlos Galán, No. 39, agosto 1990. p. 12, col.2ª.

UN ESTUDIANTE DE DERECHO MÁS ENTRE NOSOTROS

*Felipe Rey Salamanca**

Puedo asegurarles que cuando un hombre grande se funde con la historia, nosotros los jóvenes tenemos dos responsabilidades inquebrantables: estudiar su vida y terminar su obra. Este auditorio nos ha reunido llenos de fe en Colombia para recordar a Luis Carlos Galán, para verlo, para oírlo, para invitarlo a sentarse como un estudiante más entre nosotros. El hombre por quien me oyen y por quien les hablo estuvo hace poco muy cerca de aquí, estuvo caminando primero y corriendo después para llegar a clase, estuvo riendo, estuvo estudiando para el examen del jueves, estuvo escribiendo, estuvo aquí como están ustedes.

Durante lo que va del día hemos oído voces mas sabias que las nuestras, lo hemos visto a él en la pantalla inamovible con su elegancia natural, hemos escuchado el testimonio de su amigo que se resiste y se resistirá a perder tan gratos recuerdos, leeremos tres de los artículos que escribió siendo estudiante en esta universidad hace cuarenta años, tendremos la oportunidad de discutir sus ideas políticas, y al final, cuando caiga la tarde, habrá un panel en el cual quien lo desee podrá participar.

Se perfectamente que muy pocos aquí lo vieron y desafortunadamente no soy yo uno de ellos. A casi todos de los que estamos reunidos nos queda tan solo un recuerdo, el de su muerte en Soacha hace ya quince años, cuando vimos sin entender a un pueblo entero llorar de rabia. Ahora que hemos crecido, ahora que no somos niños sino jóvenes, ahora

* Estudiante de Derecho de la Pontificia Universidad Javeriana. Intervención en el acto de instalación de la Reunión de Estudiantes Universitarios “Sueño y Compromiso de un joven universitario”, 10 de agosto de 2004.

que tenemos algo de experiencia, ahora que estudiamos, ahora que trabajamos, miramos hacia atrás y nos sentimos afortunados de oír a quienes lo oyeron, de ver a quienes lo vieron, de conocer a quienes lo conocieron y de seguir a quienes lo siguieron. En parte es por eso que al ver el video sentimos algo extraño, sentimos lo que se siente cuando la historia viene a nuestra casa sin nosotros estar preparados para recibirla. El problema es que seguirá viniendo, seguirá tocando, tocando y tocando hasta el día en que jóvenes o viejos le abramos por fin la puerta.

Pero los tiempos pasan, y mas temprano que tarde las emociones de hoy no serán sino recuerdos del mañana, cuando otras generaciones, otras juventudes, se reúnan aquí y juzguen nuestra historia. Por eso yo quisiera ver en ustedes a una juventud inteligente que escucha antes de hablar y dialoga para hallar la verdad sin decir mentira alguna. Yo quisiera ver en ustedes a una juventud tolerante que se relacione con la diferencia en vez de combatirla. Yo quisiera ver en ustedes a una juventud agradecida que no cambia a Colombia por un sueldo en el extranjero. En fin, yo quisiera ver en ustedes a una juventud generosa que valiente luche contra las tragedias nacionales sin reclamar nada y entregándolo todo.

La de hoy es una oportunidad casi perfecta para decirle al país entero que una generación inteligente, tolerante, agradecida y generosa viene en camino para hacer realidad sus sueños y los sueños de Colombia. Es lo que necesita esta nación in-

cierta y por construir, atravesada por la muerte pero que ansía vivir. Una Colombia en donde el derecho de cada uno a soñar sea también el derecho de los demás a existir, a ser reconocidos en su dignidad, a compartir el mismo pan, la misma tierra grande con sus aguas, sus plantas, su aire limpio para respirar. Comencemos el gran viaje y sigamos los caminos que en su mapa de sueños dibujó Luis Carlos Galán hace mucho tiempo, hagamos más que camisetas con la bandera de Colombia, más que gorros, más que pulseras, y verán como otras generaciones, menos contrariadas, menos temerosas, menos agotadas, se encontrarán aquí para recordar algún día nuestros nombres.

Quienes estamos reunidos y deseamos con todas nuestras fuerzas ver a la nación en paz, no podemos sino ser los mejores ante cada una de nuestras acciones. Se preguntarán ustedes, como me lo he preguntado yo muchas veces, ¿a que estamos obligados los jóvenes, cuáles son nuestros deberes para con la sociedad? Pues bien, nuestro primer deber es cumplir todos los deberes exigibles al más corriente de los ciudadanos, es decir, respetar la vida, venerar el trabajo como valor social, defender la paz y repudiar la guerra, ver en el otro la oportunidad mas sagrada de vernos a nosotros mismos. Pero la sociedad también le implora a los jóvenes que se rebelen en contra de toda injusticia, venga esta de donde venga, venga del Estado disfrazada de ley, sentencia o decreto, venga de las guerrillas, venga de la empresa, venga de los paramilitares, venga de la iglesia, venga de los narcotraficantes, venga

de la sociedad misma, que se rebelen en contra de toda barbaridad como se rebeló Luis Carlos Galán cuando siendo todavía un niño salió a las calles y junto a muchos otros denunció la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla, que se rebelen como se rebeló Luis Carlos Galán cuando de joven sacrificó las fiestas por escribirle a Colombia editoriales que aun hoy los colombianos leemos, que se rebelen como se rebeló Luis Carlos Galán cuando prefirió aquella noche hace quince años morir asesinado que permitirle a los asesinos seguir asesinando.

Pero la sociedad también nos debe algo a nosotros los jóvenes. Pedimos educación porque si aquí somos cuatrocientos, allá afuera en Colombia cuatro mil quinientos jóvenes buscan afanosos alguna opción de supervivencia. Pedimos trabajo para que en las calles mimos, payasos y malabaristas rueguen por última vez caridad. Pedimos, en fin, que la sociedad le cumpla a los jóvenes del 2004 lo que le prometió a los niños del 91, cuando una nueva constitución, un nuevo pacto social, le juró a nuestros padres que sus hijos crecerían oyendo y viendo el paraíso de la paz y no el infierno de la guerra.

Luis Carlos Galán escribió lo siguiente en uno de los artículos que trabajaremos esta tarde: “los jóvenes estamos obligados, mas que nadie, a no marginarnos en ningún momento de la realidad, de los problemas y de la crisis contemporánea”. Tenía razón Luis Carlos, no podemos

marginarnos, pero tampoco pueden marginarnos. Que nos abran las puertas de los diarios, de la radio, de las empresas, que nos abran las puertas del Estado. Que nos abran las puertas de los grandes diarios porque soñamos con hacerle saber a Colombia lo muy comprometidos que estamos, porque soñamos con decirle al país entero que una nueva generación de hombres y mujeres se ha levantado para escribir día a día su historia. Que nos abran las puertas de la radio política, que nos abran las puertas de las empresas grandes, medianas y pequeñas. Que nos abran las puertas del Estado porque no queremos esperar hasta los treinta para hablar en el Senado, porque a pesar de todo, a pesar de haber nacido en un palacio incendiado, de haber crecido sordos por las bombas, de haber vivido y seguirlo haciendo atemorizados, porque a pesar de todo, a pesar de ser los hijos de la guerra, somos y seremos los padres de la paz.

Yo quiero oírlos y no seguir atrayendo sus palabras con las mías. Solo me gustaría pedirles una última cosa: cuando todo esto termine y mañana el sol inaugure un nuevo día, vuelvan a la Universidad de Antioquia, vuelvan a los Andes, vuelvan a la Distrital, vuelvan al Externado, vuelvan a la Nacional, vuelvan al Bosque, vuelvan a la Autónoma, vuelvan al Rosario, vuelvan a todas las universidades del país y griten por última vez, muy duro y para siempre: Colombia, con los jóvenes, siempre adelante, ni un paso atrás y lo que fuere menester sea.

LA VIDA DE LUIS CARLOS GALÁN, UN EJEMPLO QUE SE HA DE SEGUIR

*Gabriel Rosas Vega**

Con el corazón desgarrado y un profundo dolor de patria, me aproximo a esta tribuna para darle el adiós al cuerpo inerte de nuestro líder, de nuestro amigo, Luis Carlos Galán. Digo que al cuerpo, porque su espíritu, su pensamiento, su inspiración, su ejemplo, su amor por Colombia permanecerán vivos en nuestras mentes.

Quienes obnubilados por el pasajero y vil encanto del dinero, hecho con base en el dolor de sus congéneres, creen haber triunfado en sus oscuras y desalmadas intenciones, se equivocan, pues la victoria la lograrán los colombianos de bien, que agrupados en un haz de corazones y de voluntades continuaremos la

lucha emprendida por Luis Carlos. Ese es un compromiso que con él adquirimos hace años y que habremos de cumplir rigurosamente.

En estas horas de angustia, movidos por la rabia causada por el sacrificio de la preciosa vida del compañero, podríamos caer en la tentación de estimular la venganza. Pero no. Esa no puede ser, ni podrá ser jamás nuestra manera de actuar. Siguiendo su ejemplo, continuaremos la lucha con los mismos ideales y los mismos argumentos que él utilizó. El mejor homenaje que le podemos hacer sus seguidores es perpetuar su pensamiento, su obra y su imagen.

Cuando, con dificultad inmensa, la pluma rebeldemente se niega a aceptar los designios del desalmado acto, realizado por un grupo de

* Palabras del Ministro de Agricultura en el sepelio de Luis Carlos Galán, 20 de agosto de 1989.

miserables atraídos por un puñado de pesos que arderá en sus manos manchadas con la sangre inocente hasta el fin de sus vidas, se atropellan en mi mente los recuerdos y los pasajes que juntos recorrimos en un periplo de esperanza y de fe en Colombia.

Por allá, por el ya lejano año de 1978, con la bondad que lo distinguía, pero también con la convicción que lo hacía mover hasta los más grandes obstáculos, nos convocó para poner en marcha un proyecto político encaminado a fortalecer la vacilante democracia colombiana, a modernizar las vetustas estructuras de nuestra política y a colocar en sitial de vanguardia al partido de nuestros afectos: el Partido Liberal.

Atraídos por ese magnetismo contagioso, que tornaba en realidad cualquier proyecto, aceptamos gustosos acompañarlo en tan apasionante empresa. Era tan claro el mensaje, tan coherente el planteamiento y tan edificante el propósito, que no podía haber vacilaciones en la decisión. Aún resuenan en mi atribulada cabeza sus atrayentes palabras: Gabriel, nuestra obligación es trabajar por el país, porque lo primero es Colombia.

Tanto énfasis le daba a este aspecto, que en un discurso pronunciado en la Sociedad Económica de Amigos del País, en noviembre de 1979, dijo cosas como estas: “Lo primero es Colombia, porque nada serio se puede hacer y decir en política si no se proclama una concepción sobre Colombia. ¿Cómo entendemos a Colombia? ¿Cómo quisiéramos

que fuese? ¿Cómo interpretamos su evolución para bien de sus propios habitantes y respecto de una América Latina donde ha influido con mayor profundidad de lo que imaginan los observadores superficiales y con menores alcances de lo que quisiéramos quienes conocemos sus potenciales humanos y físicos?”.

Más adelante decía: “Como es apenas obvio, no tendremos ningún derecho a proponer un camino a los demás pueblos latinoamericanos, mientras en nuestra propia casa no hayamos demostrado la sinceridad de nuestras convicciones democráticas y de los ideales que proclamamos. Para cambiar a los demás, –señalaba–, debemos ser capaces de cambiarnos a nosotros mismos”.

Tan grande era su amor por Colombia, que siempre estuvo dispuesto a sacrificarse por ella. La unidad del país era el punto focal de su acción y de sus intereses. El mensaje de libertad que marcó nuestro nacimiento con el preámbulo insurgente de los comuneros estaba para él vivo y a divulgarlo con la magia de su verbo se dedicó, en su por desgracia corta, pero fructífera existencia.

La obsesión por Colombia era de tal naturaleza que se atrevió a proponer la construcción de una patria nueva, o sea, una República en la cual los nuevos protagonistas de la vida nacional, las distintas generaciones que hoy actúan en la vida del país, puedan resolver los problemas fundamentales, los que constituyen los obstáculos más

grandes para que la nación se desarrolle, se transforme y todos sus habitantes tengan la garantía real de la satisfacción de sus derechos fundamentales. Desde luego, su propuesta de una Colombia nueva no significaba desconocer los esfuerzos de las generaciones anteriores. Empero, creía que la generación que él representaba debía iniciar el proceso de cambio y transformación que el país reclama. Es cierto, anotaba, que toda generación inicia su actividad a partir de los hechos creados por las generaciones anteriores: sus aciertos y equivocaciones. Se hereda un patrimonio material y espiritual, es decir, recursos, instituciones y factores. Pero toda nueva generación está obligada, dentro de sus circunstancias, en su tiempo y con sus elementos, a dar respuestas nuevas a los problemas del país.

Con base en esta apretada síntesis de los ideales que inspiraron la vida y la obra de Luis Carlos Galán, el mejor de los amigos, el líder sin mancha y sin rencores, y el artífice de una corriente honesta de pensamiento, me atrevo a formular un interrogante que deseo contesten en silencio y en lo más hondo de sus corazones: ¿Tendremos derecho acaso sus compañeros de lucha y sus seguidores a arriar las banderas de sus ideales? Con la fuerza que me da su memoria, por ustedes respondo: ¡No! Nuestra obligación ineludible es proyectarla en el tiempo y en el espacio para bien de esta bella nación que debemos rescatar del caos y de la anarquía en que unos apátridas la han querido colocar. Para tener derecho a figurar en la historia del país, para ganar el respeto de las

futuras generaciones y para vivir tranquilos con nuestra conciencia, es menester que nos apliquemos a este objetivo.

En este punto quisiera rescatar una de las preocupaciones que últimamente más le mortificó: la falta de solidaridad entre los colombianos.

Es un hecho que la tendencia individualista de la sociedad colombiana viene abriendo espacios propicios para la descomposición que en mala hora nos ha invadido. Con indudable torpeza el país se mueve en un clima de insolidaridad, de falta de amor por la patria, de carencia de propósitos colectivos, de egoísmos incontrolados. Parece que los colombianos fuéramos extranjeros en nuestra propia tierra.

Aunque ustedes bien lo saben, no sobra recabar sobre el perjuicio que para la solución de los problemas causa esta manera de ser y de actuar. Sin propósitos comunes y sin solidaridad, no podremos salir adelante.

Advertidos de esta circunstancia y ante el cuerpo sin vida del líder, los convoco a que, en homenaje a su memoria, tomemos la decisión de cambiar el rumbo de los acontecimientos. Que la solidaridad entre todos nosotros aparezca como un refulgente amanecer. Reemplazar el egoísmo por el desprendimiento y la magnanimidad deben ser en el futuro la razón y el motivo de nuestras acciones. Es imperativo que el país reaccione, que recobre el aliento, que se sacuda de este inmovilismo que lo tiene postrado.

La única justificación de su sacrificio es que los colombianos, y en especial el Partido Liberal, incorporen a su tarea sus ideales, su proyecto político, el ejemplo de su vida y el deseo incancelable de lograr la convivencia.

Puesto en marcha el proceso de integración de nuestro grupo al partido, aceptamos la invitación que nos hiciera el señor presidente Barco para participar en su gobierno. De esta manera, ingresé al gabinete como ministro de Agricultura, al igual que otros compañeros lo hicieron en diferentes cargos de la administración. En tales condiciones hemos representado, dentro de la administración pública, la línea política que inspiró Luis Carlos Galán, poniendo a prueba las propuestas que a lo largo de estos años le hicimos al país. Hemos querido demostrar en la práctica, las bondades que contiene la renovación del Partido Liberal que propuso y que tanto anheló.

Por eso es que, en alguna forma, tenemos la autoridad para solicitarle a nuestros compañeros, no obstante el dolor que en esta hora nos invade, a rodear las instituciones, a apoyar la gestión del gobierno y a conservar la serenidad, con la certeza de que esta actitud es la que habría adoptado Luis Carlos para salvar el orden democrático y las instituciones.

Luis Carlos Galán es otro mártir de la democracia. ¡Dios mío, que sea el último, que su vida ejemplar guíe nuestra conducta, que triunfen sus ideas sobre las armas, que la orfandad de sus hijos y la soledad de su viuda, inmensas e invencibles, sean consoladas por la aplicación de sus ideales!

Recordemos su consigna: ¡En el nombre de Dios, de nuestros mayores y de la libertad: siempre adelante, ni un paso atrás y lo que fuere menester, sea!

GALÁN EL PILO

*Juan Manuel Santos Calderón**

Si Luis Carlos Galán resucitara y mirara a su alrededor, sentiría una gran frustración. No entendería el extremo de degradación política a que hemos llegado.

Eran tres los arcángeles de Eduardo Santos: Daniel Samper Pizano, Enrique Santos Calderón y Luis Carlos Galán Sarmiento. Así les decían en EL TIEMPO, donde los tres trabajaban en la segunda mitad de los años sesentas.

Todos los viernes iban a comer a la casona de mi tío abuelo, el ex presidente Santos, en la carrera 13 con calle 67. Siempre les daban la sopa de arvejas que mi hermano mayor detestaba casi más que al coliflor. Para mortificarlo, los sábados por la mañana no le preguntábamos de

qué habían conversado sino qué les habían dado de comida.

Los tres trabajaban hacinados en una oficinita en el tercer piso del viejo edificio de EL TIEMPO, en la Jiménez con séptima. Los tres tenían un afiche de su personaje favorito pegado en la pared encima del escritorio, que describía bastante bien el carácter de cada uno. Daniel tenía a Cristo, Enrique tenía a Marx y Luis Carlos a Rafael Uribe Uribe.

Un buen día pasó el doctor Eduardo Santos por esa oficina y entró en cólera al ver los afiches. Los mandó quitar de inmediato: "EL TIEMPO no era ni clerical ni comunista. Y Rafael Uribe Uribe no había sido santo de su devoción".

A Enrique ya le gustaba la rumba y desde entonces le encantaba discutir y pelear. En cambio, Daniel y

* *El Tiempo*, Bogotá, 16 de agosto de 1996, p. 5-A.

Luis Carlos tenían fama de parcos y zanahorios. Daniel muy mama-gallista, Galán muy pilo. En esa época conoció a Gloria, la madre de sus tres hijos y su fiel y constante compañera de luchas, hasta que la muerte los separó.

Esos tres arcángeles protegidos de Eduardo Santos, tomaron rumbos diferentes. Luis Carlos y Enrique cayeron en desgracia. El primero por meterse a la política. El segundo por revolucionario. La buena conducta de Daniel fue debidamente reconocida en el testamento del ex presidente.

Galán llegó a EL TIEMPO porque a Eduardo Santos le llamó la atención que un joven dirigiera una revista liberal (Vértice) en una universidad tan conservadora y confesional como la Javeriana del padre Giraldo. Y luego Galán, que ya había hecho sus primeros pinitos en la política, dio el salto a la vida pública porque a Misael Pastrana le gustó un artículo que escribió sobre la Unctad desde Nueva Delhi. Lo nombró ministro de Educación, inclusive antes de graduarse. Y como ministro le correspondió firmar su propio diploma de grado.

Pasado mañana se cumplen siete años de su asesinato. Mientras la gente conmemora el aniversario desplegando la bandera de Colombia o colocando su afiche en lugar visible, sus dos buenos amigos, Enrique y Daniel, están de pelea. Me dicen que Daniel no quiere saber de Enrique por los ataques a su hermano Ernesto.

¿Qué pensaría Luis Carlos Galán de esta pelea entre sus dos amigos?

Galán vivía obsesionado con la necesidad de cambiar "la forma de hacer política". Le horrorizaban el manejo clientelista del Estado y el grado de corrupción a que había llegado la política colombiana. Aprendió tarde, y a punta de golpes, que en la política nada es blanco o negro, que para cambiar las cosas había que llegar al poder, y que para llegar al poder tenía que ser menos fundamentalista.

Pero nunca negoció sus principios. Era un hombre recto que entendía el ejercicio de la política como un servicio a la comunidad, y no al revés. Si hoy resucitara y mirara a su alrededor, sentiría una gran frustración. Estoy seguro de que no entendería el extremo de degradación política a que hemos llegado. Ni podría explicarse que después de todo lo que ha sucedido, no pase nada. Como si su lucha hubiese sido en vano.

No hay duda de que en la pelea entre sus amigos se identificaría con la posición que asumieron su señora y sus hijos. Y que sentiría el mismo desagrado por la burda utilización de su nombre y su memoria.

Sin embargo, no creo que condenara a Daniel por colocar el amor a su hermano por encima de los principios que defendió toda su vida como periodista. Eso sí, como buen amigo le habría recomendado que mantuviera un discreto silencio. Y hasta de pronto habría creído en

la buena fe de Daniel, cuando dijo en su entrevista que el juicio a su hermano ha sido el más cristalino de la historia reciente.

Dudo mucho que donde llegaran a presentarse circunstancias parecidas, Enrique haga semejante demostración de lealtad fraternal. Y le

agradecería que no lo hiciera. Por su bien y por el mío. Pero también por mantener vivos la memoria de Galán, y los principios que inspiraron a Eduardo Santos. Porque al fin y al cabo los tres arcángeles creían en lo mismo: la necesidad de cambiar la forma de hacer política, si queremos salir del atraso y el subdesarrollo.

LA TRAYECTORIA DE GALÁN

*Alfredo Vásquez Carrizosa**

Luis Carlos Galán, dueño de una airosa juventud, hubiera podido ser elegido presidente de la República, cuando fue sacrificado en la plaza de Soacha en 1989. Fue un horrible asesinato que no tenía explicación alguna. La Gente se preguntaba al saber la infausta noticia, cómo era posible que semejante magnicidio se cometiera en un centro pacífico de habitación cerca de la capital.

El magnicidio entró como una bestia feroza a Colombia y empezaron a registrarse los muertos ilustres. Antes o después de Galán se contaron Carlos Pizarra León Gómez, Bernardo Jaramillo, José Antequera, Carlos Mauro Hoyos, sin olvidar al director de este diario, Guillermo Cano. Ninguno de los cuales tiene identificado el origen de su muerte.

Es el fracaso más espantable de lo que llamamos justicia penal, en un país, donde se cometen homicidios más que en cualquier otra nación, y donde se acabaron los procesos de culpabilidad.

Galán dejó un rastro inconfundible en su vida pública que comenzó siendo periodista, como ministro de Educación en la administración Pastrana. Pasados algunos años, estuvo en el Congreso, no tardó en dar señales de independencia de criterio y empezó a militar en una corriente autónoma del Partido Liberal. Quiso apartarse del clientelismo en la faena diaria del político que gustaba mejor trazar un programa propio en el cual cupieran los jóvenes incontaminados por el roce con los taúres del Congreso.

* *El Espectador*, Bogotá, 20 de agosto de 1993, p. 3-A.

Permaneció en el Partido liberal y no quiso militar en la izquierda.

Por cierto que para los años 80, el liberalismo carecía de jefes con programa y se aglutinaba en torno de unos jefecillos con cola de paja. La irrupción de Galán en la política traslucía el intento de disidencia o de ruptura de la disciplina partidista; que colocaba al joven político en el dilema de buscar el porvenir, fuera del cuadro tradicional o dentro de él. O Galán seguía los pasos de Gaitán o tomaba otro rumbo.

Nuestros partidos tradicionales han sido dos corrientes del pensamiento nacional sin programa específico. Cada candidato a la presidencia inventa un catálogo de soluciones para los problemas nacionales, que se olvidan al día siguiente de la posesión. Nadie le pide a los ciudadanos que se inscriban una de las dos corrientes del pensamiento nacional, sino que se pide el voto y con ese sacrificio basta. Más que partidos, liberalismo y conservatismo representan a las familias de la influencia de la política nacional.

No tenemos una derecha y una izquierda bien definidas. En 1934, el presidente Alfonso López Pumarejo introducía los atisbos de un régimen de izquierda, y en 1938, el presidente Eduardo Santos, con la misma enseñanza liberal, ordenaba un régimen de derecha. Del propio modo que, en 1946 el presidente Mariano Ospina Pérez, ubicado en el Partido Conservador, predicaba doctrinas sociales propias de la democracia cristiana, y en 1950, el presidente Laureano Gómez, igualmente conservador, quería un régimen de derecha, con algunas conferencias suyas sobre el

sufragio universal como la fuente de todas las desgracias.

Galán tuvo unos años de indecisión y francamente quedó en el Partido Liberal. Así militó durante su última campaña con liberales de centro sin mirar a la izquierda ni a la derecha. Se explica, por lo tanto, que tuviera como jefe de campaña electoral a César Gaviria, quien no había militado en la vieja época del galanismo. Con ello, Galán se aproxima al partido tradicional, con un liberalismo claro. De esa manera desarmaba Galán a quienes veían en su candidatura un reto para el liberalismo.

Por cierto que la candidatura Gaviria, nació en el cementerio, en la homilía del hijo mayor de Galán. Aunque, la sucesión del caudillo civil que era Galán, no implicó la continuidad del pensamiento, sino la inauguración de uno nuevo con el “neoliberalismo” de 1990, que predica la desregulación de la industria, la privatización de las empresas estatales y la apertura de las aduanas. Nada de lo cual estuvo en el pensamiento de Galán.

Sin haber llegado a la presidencia de la República por el infortunio de una muerte cruel, Galán ocupa un sitio innegable en el plano de las ideas colombianas. La honestidad de su vida pública es ejemplo para la juventud y una de las cualidades más firmes de su carácter.

Nos hace falta el libro con la estampa del pensamiento de Galán.

EL SACRIFICIO DE LUIS CARLOS GALÁN

*Jaime Vidal Perdomo**

Se conmemora el séptimo aniversario del asesinato de Luis Carlos Galán en uno de los momentos críticos de la vida nacional, en el año peor que haya vivido el país después del mes de agosto de 1989, cuando el joven caudillo cayó víctima de las balas en un acto político realizado cerca de Bogotá. Contrasta la heroicidad de su vida y de su muerte con el letargo que parece observarse en ciertos comportamientos ciudadanos, o la indiferencia frente a los graves daños que ha sufrido la nación en la lucha de la cual fue víctima.

Galán personificó una etapa de la vida de Colombia. Su empuje político y la atracción que suscitaba entre la gente apresuró el proceso generacional colombiano. Antes de él se pensaba en la reelección presi-

dencial, sobre todo el Partido Liberal. Su vertiginoso ascenso político y sus reales posibilidades de llegar a la presidencia de la República bajaron la edad de los candidatos y abrieron el camino para que hombres más jóvenes pudieran acceder al solio de Bolívar. Es una incógnita de nuestro devenir político saber si se sucederán de la misma manera las cosas o se apelará a personajes más experimentados en el manejo del Estado, después de las dos presidencias que siguieron a su sacrificio.

El deterioro de la acción política, del que hoy en día se quejan en vastos sectores de la opinión pública, fue anunciado por Galán en los vigorosos documentos de su trabajo y en los fogosos discursos de su brillante carrera de orador. Quiso él hacer del Liberalismo un partido moderno y hacer avanzar nuestra democracia. La historia irá registrando cuánto del

* *El Espectador*, Bogotá, 19 de agosto de 1996, p. 3-A.

progreso político que Colombia tuvo en su pasado reciente y del que se aspira tener en un futuro, posterior al pantano en que nos encontramos, tienen su sello de inspiración.

Suele preguntarse, en el análisis histórico, si vale la pena pagar con la vida la lucha por unos ideales políticos y sociales. El pragmatismo que alienta a ciertos espíritus contestará que no, que siempre hay manera de acomodarse, que lo fundamental es continuar. También en las aspiraciones revolucionarias del cambio ha existido ese dilema. Luis Carlos Galán y Camilo Torres murieron y entraron en la leyenda, mientras otros más prácticos logran congeniar con lo que puede considerarse como la negación de la causa.

En Colombia se ha pagado muy caro el combate contra el narcotráfico; tuvo el país ese reconocimiento universal. El imperdonable pecado de la campaña presidencial pasada, cualquiera sea el reparto

de responsabilidades que se haga entre quienes la dirigieron, es haber olvidado todo el sufrimiento y la sangre derramada, y que después de Luis Carlos Galán, de Rodrigo Lara, los jueces y magistrados muertos y los periodistas asesinados, nadie podía sacar provecho político de los dineros con los que se produjeron tantos males.

Ese es el drama que el país padece y que divide hasta el fondo las conciencias. Esa angustia que pesa sobre tantos hombres y mujeres de la nación no se supera con artificios políticos o jurídicos ni con la fantasía de los proyectos ni con la manipulación del poder. Hay paz en la tumba de Galán porque fue fiel a su compromiso con la patria y con su pueblo; pero no habrá para quienes traicionen su memoria. Es sobre ese recuerdo de nobleza y lealtad, incorporado ya en los grandes valores nacionales, que tiene que edificarse la Colombia que debe venir.

**CARTA AL RECTOR
DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**

*Margarita Vidal**

Reverendo Padre Gerardo Remolina, S.J., Rector; Ingeniero Carlos Cuartas, Decano Del Medio Universitario; Doctor Guillermo Hoyos, Director Instituto Pensar, Pontificia Universidad Javeriana.

Señora Gloria Pachón de Galán e hijos, familia de Luis Carlos Galán, compañeros Javerianos, juventud de Colombia

Quiero agradecer la enorme distinción que tuvieron conmigo al querer que dirigiera unas palabras en la apertura de esta semana de conmemoración de la muerte de uno de los más insignes colombianos de los últimos tiempos: Luis Carlos Galán Sarmiento, vilmente asesinado hace 15 años por la mafia del narcotráfico. Desafortunadamente,

sensibles motivos personales me impiden estar de cuerpo presente en este día por lo cual presento mis disculpas pero como colombiana y amiga de Luis Carlos quiero hacer una breve presentación de una persona a la que tanto admiré por sus múltiples valores de estadista, de hombre rebelde ante el dolor de la patria, de joven comprometido hasta la muerte con sus ideales y su pensamiento.

En marzo de 1988 realicé con Luis Carlos Galán la entrevista que acaban de ver. Uno más de los numerosos fuegos de artillería a que lo sometí a lo largo de su vertiginosa carrera política desde que fuera, a sus 26 años, uno de los más jóvenes ministros en la historia del país. Siempre me respondió con inteligencia y brillantez, con honestidad y valor, exponiendo la profundidad

* Bogotá, 10 de agosto de 2004.

de su pensamiento y la gran claridad de sus ideas, buscando exactitud y justicia en sus juicios y exhibiendo una envidiable capacidad de síntesis. Sin eludir preguntas capciosas y temas espinosos, iba desgranando conceptos, proponiendo soluciones.

Desde entonces, mi nervio periodístico se activaba con sus ejecutorias y mi curiosidad se acentuaba al compás de sus logros o fracasos y de su deslumbrante dialéctica. Hoy, a mis 30 años de un ejercicio profesional en el que he entrevistado a gran parte de quienes han sido, son, o quieren ser, dirigentes y constructores de nuestra realidad, puedo decir que nunca conocí a otro, que como él, tuviera un conocimiento tan profundo de los problemas que agobian al país y un compromiso de vida en la gestión política tan arraigado y tan insoslayable. Ni tanto amor y tanta pasión por su país. Galán había recorrido numerosas veces, centímetro a centímetro, la geografía nacional en sus peregrinajes de estudio e investigación. Conocía cada una de sus regiones, de sus idiosincrasias, de sus dolores y sus potencialidades. Hablaba con la gente, interpretaba sus anhelos y sus frustraciones, se untaba de pueblo, sufría con su miseria y su aislamiento, trasegaba en el barro político. Se indignaba ante las inequidades. Fustigaba a la clase dirigente. Se apartaba del viejo y punible método de hacer política a base de gamonalatos, de compra de votos y conciencias. Conservó una coherencia total entre su pensamiento y su acción, en un país donde el ejercicio político tradicional es tornadizo y traicionero. Interpretó con lucidez la historia de Colombia,

analizó y diagnosticó el presente y previó las consecuencias (que hoy sufrimos) de un accionar tan torpe y dislocado, de una dirección tan miope y oportunista del Estado.

Lógica y razón distinguieron sus planteamientos de cambio y de renovación. Su honestidad sin sombras y la transparencia de su vida lo acreditaban ante sus seguidores cuando invocaba unión y solidaridad para la creación de nuestra conciencia de país indispensables para lograr una sociedad más justa, donde el marginamiento, la pobreza, la falta de oportunidades, dejaran de ser el caldo de cultivo para la hecatombe social que hoy, 15 años después, nos avergüenza y entristece. Clamó por la transformación de las costumbres políticas y combatió la corrupción que corroe al país hasta sus cimientos. Sabía que la inequidad histórica que nos abrumba había que corregirla y se preocupó por el problema de la tierra como una de las causas fundamentales de la violencia. Porfió en la necesidad de una solución política con la guerrilla y pronosticó que el cáncer del narcotráfico carcomería al país desde su base, corrompería a la juventud con el dinero fácil y arrastraría a Colombia a una pérdida aún mayor de los valores. Se enfrentó con valor a los grandes capos de la droga, los desafió y sufrió en el corazón de ver caído en esa lucha desigual a Rodrigo Lara Bonilla, su gran compañero de jornada. Supo que de no propiciar soluciones inmediatas a la recuperación del Estado, en grandes extensiones sin Dios ni ley, de la justicia social, de la adecuada administración de Justicia, se agotarían sucesivos gobiernos,

fuerzas militares y presupuestos. Supo además que tal desbarajuste nos enajenaría la credibilidad y la imagen exterior. Conocía necesidad absoluta de reestructurar los partidos políticos y de abrir el compás a otras opciones. Criticaba la vergonzosa puja por las prebendas del Poder en el Congreso.

Sabía que el primer factor de riqueza en nuestro tiempo es el conocimiento y sostenía que, en una época en la cual la clave del progreso está en la capacidad de utilizar información científica y tecnológica, Colombia carece de verdaderas políticas en el campo de la ciencia y la tecnología.

Luis Carlos Galán tuvo la estatura total de un hombre de su tiempo, como dije una vez, de un ser con el idealismo necesario para cambiar el mundo, pero también con la objetividad indispensable para no sentirse depositario del Arca de la Alianza. No me ubico entre quienes lo tienen en posición de estatua, por el contrario, lo recuerdo como era: la inteligencia suma, pero también un ser llano, divertido, con la sonrisa a flor de labios, con una conversación hecha de cosas trascendentes y comunes a las que él les daba una dimensión distinta. Que estudiaba profusa e interminablemente, que esgrimía una capacidad de análisis fuera de serie, que asumía su liderazgo como algo natural, que tenía una totalizante vocación de servicio, que se sabía predestinado y que sabía que lo iban a matar pero no quiso evadir la cita con la muerte porque, a pesar de los ruegos de quienes lo querían bien, no quiso retirarse, ni

darse tan solo una tregua frente a las profusas amenazas, porque eso habría sido traicionar a quienes creían en él y lo tenían como la más grande de sus esperanzas.

Fue también un hombre que supo amar, que adoró a su familia y que leía versos.

Con su muerte la negra mano del delito segó su vida preciosa hace 15 años, un luctuoso 18 de agosto de 1989, 18 meses después de producida esta entrevista. Irónicamente la fecha de mi cumpleaños!. Ese día, en un hotel de Atenas, al encender el televisor para saber noticias después de un largo viaje por Tierra Santa, me golpeó en el pecho la imagen de esa tribuna de Soacha y la noticia de su magnicidio. Desde entonces, la pesadumbre hizo un nido más amplio en mi corazón y la esperanza de una vida mejor para los colombianos sufrió una vasta prórroga. No he dejado, sin embargo, que el desaliento me atenace porque sé que el pensamiento de Luis Carlos Galán está hoy más vivo que nunca. Que su ejemplo, su compromiso y su amor a Colombia tienen unos depositarios: todos los que están escuchando este mensaje, jóvenes de todas las tendencias y todas las posiciones, toda la juventud del país a la que invito a seguir el camino que trazó Galán, de compromiso con Colombia, y a conocer su pensamiento registrado en publicaciones completas y prolijas. A comprobar que este hombre magnífico que desde los 13 años ya estaba comprometido con su patria fue también un joven rebelde que no se quiso conformar con el statu quo y que tuvo una causa: cambiar

nuestra tragedia de nación lacerada y sufriente por un futuro de justicia social, de democracia y de orden. Ese futuro es hoy y ustedes los llamados a recoger esas banderas y esa causa.

Gracias nuevamente por esta invitación, gracias por escucharme.